

BOLETIN
DE LA
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES
ARTE - ARQUEOLOGIA - HISTORIA

Año LII :-: Segundo trimestre :-: Madrid :-: 1945

El Paraninfo de la Central, antes Templo
del Noviciado,

Y los muy nobles Retablo y Sepultura subsistentes

El 30 de agosto de 1944, en la Biblioteca Municipal de Madrid, trabajaba yo, ante una caja de variados impresos madrileñistas¹ que habían pertenecido al docto y tan entusiasta "Curioso Parlante" don Ramón Mesonero Romanos; y en el muy heterogéneo paquetón de impresos de diverso formato (muchos con apuntes marginales de don Ramón) saltó uno en formato diminuto y de escasas paginitas, en papel nada fino. En otro papel, aprovechado de cubierta, y de color, se dice, a letra de mano: "El techo del Paraninfo de la Universidad Central, por Emilio Castelar." Aparte esa cubierta, comienza el impreso en hoja numerada con la cifra de la página 195, y el título "Variedades", y "El Techo del Paraninfo de la Universidad Central". Y luego, a párrafos largos y sin más separación, se llega a la página 229, que es la última allí visible impresa (la 230 quedó en blanco, hoy con sello del Ayuntamiento, en color), y bajo del último párrafo, donde poner y como poner una firma manuscrita, impresas las dos solas palabras: "Emilio Castelar"...

La lectura de las 34 paginillas (formato de 14×11 cm.), que fué inmediata, me entusiasmó, e inmediatamente pensé en dar nueva publicidad al texto, el que, con ser descriptivo, es admirablemente oratorio, y con ser de tan extremado político, es cual de correcto monárquico, al referirse a la Reina, y quien dijo en él calurosas palabras cristianas y preciosas frases de comprensión

¹ «L-168-30-Caja 55.»

de tantos temas de orientaciones filosóficas bien meditadas y bien diversas a la vez.

No conocí a don Emilio Castelar sino de vista. Tampoco le escuché ningún discurso. Cuando yo venía a Madrid a sólo exámenes de "libre" de Letras, 1886 a 88, y cuando ya en Madrid, desde mis cursos de dos doctorados (1890-3), no tenía yo el menor afán de asistir al Parlamento (¡que ignoraba que me esperaba: a ser, yo, diputado, pronto, y, consecutivamente, senador, y reelegido diez veces!), y no estuve, pues, presente a su último o su penúltimo discurso, entre sí muy espaciados ambos: sólo a Cánovas escuché, una vez, por entonces, ¡no sé si única vez de subir yo a las tribunas! Pero entre mis amistades en mi tierra valenciana, una muy apretada tuve con don Fernando Bernabé, que de jovencito ya fuera, en Elda (provincia de Alicante), amiguísimo de "Emilio", y el relato de esa amistad, y el tener yo por ella como idea de un tanto de valenciano en Castelar, me hacían mirarle con simpatía, con no ser "de mi escuela", ni tampoco de mis preferencias literarias la prosa oratoria magnificente, esa que suele llamarse "arrebataadora". Del político, sí que aprecié bien y siempre, sus rectificaciones patrióticas: cuando fué jefe del Estado, y cuando, muchos años después, retirándose él de la política, aconsejó a los castelarinios (Almagro, Abarzuza...) el apoyo a la Regencia de doña Cristina y la colaboración con Sagasta. Excuso añadir que a tales fechas (y muchas anteriores) Castelar ya no era catedrático de la Central, voluntariamente apartado de su cátedra de muchos años, de hecho y de derecho.

Decidida tuve la idea de publicar el "hallazgo", que fui teniendo por de cosa desconocida de todos en estos tiempos, cuando supe por el Rector de la Universidad de Madrid, mi gran amigo don Pío Zabala, que él conocía también el texto y que él lo admiraba también. Pues una alumna suya lo aportaba en su tesis doctoral, a la sazón no calificada todavía y no leída. Decidí, en el acto, aplazar mi publicación, y solamente he vuelto a ocuparme del asunto, tras de varios meses, el día en que ya supe leída la tesis, y bien favorablemente calificada, siendo ya hoy graduada "de doctora" en Historia, la señorita doña Susana González Rubio: el grado ha sido en fines del mes de abril.

Creí siempre que el texto castelarinio debía acompañarse de la vista de la techumbre, pero con la dificultad grave de no poderse seguir viendo arriba las cabezas de los no menos de 108 hombres célebres, archiilustres, sino con guía o quión gráfico en la mano,

pues ni con los más excelentes gemelos se ven siempre los letreros en color rojo que cada uno ostenta. He tenido al caso que trabajar muchos mediodías, y gastar la vista, al principio en balde. Castelar no sigue un orden en las citas, y su texto no creo yo que deba publicarse sin ingerirle como le ingiero, entre corchetes o entre paréntesis, la precisa nota localizadora. En la casa de cada cual, el texto de Castelar se podrá leer sencillamente; pero en el paraninfo necesita puntero, y el que vaya apuntando el puntero, necesita el centenar de notitas de localización que yo sistemáticamente añado al texto. Por ello, por lo gráfico, ya pensé en el BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES, la veterana revista ilustrada (en su año LIII), la que llamaría "mía" por haber sido el más copioso de todos sus colaboradores. Intentaremos alguna fotografía, ¡bien difícil!, y se dará en fototipia; pero además se dan esquemas gráficos también, sistemáticamente enlazados con las notas entrecorchetadas del texto castelánico: con ellos, y buenos gemelos, se podrá oír bien la lectura en el mismo paraninfo, como ya allí la han escuchado, en parte, mis habituales oyentes de los ya inveterados cursos de conferencias, las de todos mis miércoles de catedrático jubilado.

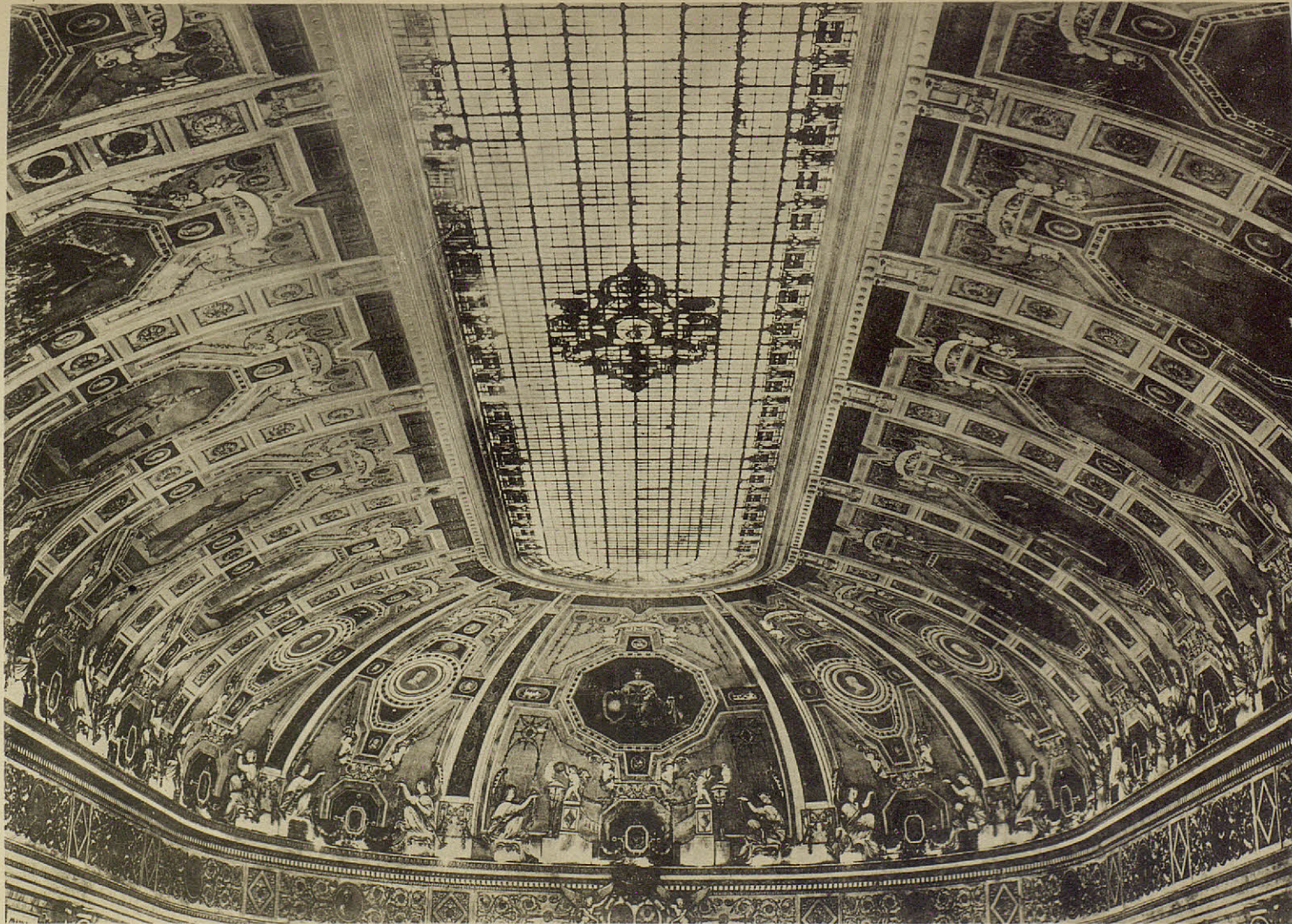
Para pensar en el BOLETÍN DE EXCURSIONES tengo otra razón, bastante. Que llevo en olvido, ¡a través de no menos de cuarenta años!, la publicación en él de inéditas seis pinturas e inédita alguna escultura, y la pétreo arquitectura del espléndido retablo, que procede del templo del Noviciado de Jesuitas de Madrid. Precisamente, como explicaré, el primer trabajo de investigación colectiva, en la que fué mi cátedra de Historia del Arte (octubre de 1905), nos vino a revelar las pinturas, olvidadas, desconocidas del todo, y también las esculturas y la misma arquitectura, estas últimas lejos de la calle Ancha de San Bernardo: ¡todavía inédito el conjunto! Y como la tal iglesia del Noviciado es, en sus paredes, el actual paraninfo mismo, ¡tan metamorfoseado!, es oportuno el caso de estudiarlo en su "hoy" (1858-1945), y en su "ayer" (arquitectura del siglo XVIII, y el retablo a regio magnífico regalo de Felipe V), dando, en dos partes, el estudio. Para lo gráfico del templo "de San Ignacio, Obispo de Antioquía" (mártir en Roma el 20 de diciembre del año 107 después de Cristo), al texto único del Ponz, nos cabe añadir vista de la fachada (de una Litografía) y fotografía además de las torres y cúpula, a vista de pájaro, como "a vista de avión"..., ¡milagros de vistas de avión en 1830, antes de haber fotografía y antes de haber aviación!, que ya me

he consentido en otro trabajo... gracias a la maqueta de Madrid de dicho año 1830!

Ahora, comencemos con el íntegro texto de Castelar, con mis notas entre corchetes (las de numeración, y otras), o las aparte del texto, las biográficas, principalmente.

El Paraninfo de la Universidad Central.

Lám. I



Espalter, pintor (1809 †1880) y Ponzano, escultor (1813 †1877). La bóveda del Paraninfo de la Universidad de Madrid. Se ven (de izquierda a derecha) los sectores 7.º y 6.º (apenas), 5.º, 4.º, 3.º, 2.º y 1.º del Sur; el céntrico del Oeste, y los 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º y (apenas) los 6.º y 7.º del Norte.

PRIMERA PARTE

El texto de Castelar: "El Techo del Paraninfo"

La Universidad Central ha enriquecido el gran poema de nuestras artes con una nueva imperecedera página. La apoteosis de todas las ciencias; la exaltación de los genios, que han iluminado con sus destellos el áspero camino de la humanidad hacia su perfeccionamiento; la consagración de un recuerdo de eterna gratitud a los que han sondeado los secretos de la naturaleza, del espíritu y de la sociedad, pertenecía por derecho propio al templo donde todos los progresos del entendimiento humano tienen esclarecidos intérpretes, y todas las ciencias inviolable santuario. La Universidad Central, para cumplir este fin de su instituto, ha llamado a sí esclarecidos artistas; y a impulsos de su inspiración, del buril¹ y del pincel ha surgido un mundo de recuerdos imperecederos, de personificaciones sublimes, un poema cuyos cánticos, esculpidos en piedra, recordarán eternamente los esfuerzos, los sacrificios hechos por dilatar los horizontes del pensamiento humano; poema escrito con los ojos puestos en la inmortalidad, la primer musa del genio, para orgullo de las generaciones presentes, y enseñanza de las generaciones venideras. Este poema, centelleante de gloria, es el techo del Paraninfo de la Universidad Central.

Cuando penetramos en el gran salón, cuya pintura ha hecho ya pluma mucho más hábil y reputada que la mía, pobre y ligera; cuando penetramos en el gran salón y advertimos su magnífico techo, la esplendidez de los colores, la combinación maravillosa de tantos reflejos, el lujo de la arquitectura plateresca, la

¹ «Buril» es instrumento de grabador de planchas: viene del latín «boro», «borare», taladrar; úsase para abrir y trazar líneas en los metales. «Cinzel» es instrumento de escultor en mármoles: viene del latín «scindere», hender, y se utiliza para labrar a martillazo. Castelar evitaba, al parecer (con su evidente errata de tecnicismo), la que creería cacofonía, de decir: «a cinzel y a pincel».

animación de las figuras rodeadas de arreboles de gloria, los bustos de tantos genios, de tantos mártires que han consumido su vida por hermohear y engrandecer el espíritu: los nombres inmortales que centellean como las estrellas en un cielo sin nubes; todo, todo cuanto alcanza la vista, todo eleva el pensamiento a la contemplación de los eternos tipos de la verdad, de la bondad, de la hermosura, que son el espíritu de la ciencia; todo infunde ese religioso respeto que sólo sentimos cuando entrevemos algo que rompe la dura cadena del tiempo y se pierde en la eternidad, donde se halla la verdadera patria del hombre, el centro de nuestras almas.

En esta gran obra de arte es todo armónico. La arquitectura del salón representa admirablemente una época decisiva de las ciencias, una de esas épocas genesíacas, en que se renueva el espíritu de la humanidad: el Renacimiento. La arquitectura es el arte por excelencia simbólico. Desde los primitivos tiempos, los pueblos han puesto piedras sobre piedras en el espacio para expresar las ideas guardadas en su conciencia. Por eso un edificio debe representar fielmente una idea; porque la arquitectura es un símbolo. El género arquitectónico que predomina en el salón recuerda la época del nacimiento de las grandes academias platónicas; la resurrección del ideal clásico a los ojos atónitos del mundo; el triunfo del derecho sobre la fuerza, de las nacionalidades sobre el feudalismo; el descubrimiento maravilloso de la imprenta, que venía a dar la eternidad al pensamiento; las grandes transformaciones producidas en la ciencia por el método experimental, que convertía la Alquimia en Química, la Astrología en Astronomía; el nacimiento de nuevos mundos entre las ondas, mundos que renovaban la naturaleza como la ciencia renovaba el espíritu; los desconocidos caminos abiertos por la audacia de atrevidos navegantes en mares que se rompían en las más apartadas regiones, en bosques inexplorados, en inmensos desiertos; el florecimiento de nuestras Universidades, que daban jurisconsultos a los Parlamentos de París, catedráticos a la Sorbona, consejeros a los Reyes, teólogos al Concilio de Trento; la nueva vida de las artes inspiradas por las estatuas clásicas, que surgían hermosas entre las ruinas, irradiando de sus frentes de mármol, siempre jóvenes, el pensamiento de la antigüedad; los progresos de los astrónomos, que comenzaban a leer en el cielo, abierto por el telescopio a sus miradas, los secretos de los astros: en una palabra, los grandes, los imperecederos triunfos de todas las ciencias

en uno de los momentos más grandes e imperecederos de la Historia.

El género plateresco es como la síntesis de dos ideas, como el anillo que une dos épocas; guirnalda maravillosa, con que el genio español ornaba las columnas griegas que surgían del Renacimiento. Así el techo del Paraninfo debía reunir todos los primores, todas las maravillas de este género arquitectónico, que recuerda, como el gótico florido, la exuberancia oriental de nuestro genio. El techo, la gran bóveda sobre el salón abierto, debía ser tan esplendorosa como la corona de toda la obra. En todos los grandes edificios, el genio del artífice se ha extremado siempre en la bóveda, como para recordar que el cielo es el punto donde debemos fijar siempre nuestros ojos. Por eso en el techo de que hablamos brillan mil colores; el lila, el oro, la plata, la púrpura, los matices de la luz; por eso allí se han esculpido los grandes recuerdos, la apoteosis del genio; por eso allí el pincel ha elevado los sublimes tipos de las ciencias y las artes, que se levantan como los dioses en su Olimpo.

La Arquitectura, por sí sola, aísla; es lo que sería el Universo inhabitado. La Pintura, la Escultura, esculpiendo ideas en la piedra, animando con los colores las desnudas paredes, vienen a derramar luz, y a poblar de seres el mundo solitario y silencioso que ha levantado el arquitecto. El salón de la Universidad, espaciosísimo, destinado a las grandes festividades académicas, necesitaba esa vida que sólo pueden dar el buril y el pincel, derramando la rica, inagotable savia de nuestro espíritu en las frías e inertes piedras. El hombre tiende, por una ley lógica, real, de su entendimiento, a revestir todas sus ideas de su misma forma, y a infundirles su propia esencia. En el arte, para que una creación nos interese, hemos de ver que es una creación humana. Y por eso, principalmente, el pintor y el escultor han de encerrar en la organización, en la forma del hombre, todas sus ideas. Así es que en el techo del Paraninfo aquellos rostros severos que ha esculpido el cincel, aquellas mágicas figuras que se destacan hermosas entre arreboles, merced al pincel, son ideas abstractas, ideas puras, ideas invisibles, hechas visibles, reales, palpables por el conjuro mágico de los artistas.

Los artistas que han desempeñado esta obra han sido *don Ponciano Ponzano* y *don Joaquín Espalter*. El señor *Ponzano*², renom-

² Ponciano Ponzano y Gascón, aragonés, nació en Zaragoza, en 1813, y murió en 1877.

brado escultor cuyas obras han merecido tantos laureles, tiene en su arte esa laboriosidad y esa perseverancia, esa corrección en el dibujo, esa limpieza en el modelar, esa perfección en las formas, ese conocimiento del ideal clásico, ese estudio de la antigüedad, que dan rica inspiración a su mente, y que imprimen el sello de la inmortalidad a sus obras. El pintor señor *Espalter*³ ha compartido la gloria del escultor. El señor *Espalter* es un verdadero artista. Se apasiona de su pensamiento con ese amor ideal, sublime, que sólo sienten las almas inundadas de celeste inspiración; ama la belleza en sí; levanta, por un esfuerzo prodigioso, su genio a la contemplación de los eternos tipos, de donde a raudales descien- de la vida del arte; es un pintor platónico, idealista, soñador, que tiene, sin embargo, un entendimiento tan plástico, permítase la palabra, una fuerza creadora tan grande, una pasión por la reali- dad tan intensa, que apenas ha cruzado una idea vaga, indecisa, por su mente, cuando la concreta, la aprisiona en las formas, la viste de los colores de la realidad, y la arroja en el lienzo, con la misma pureza que está en su mente, irradiando inspiración y vida.

Pasemos a la primera y rápida descripción de la obra⁴.

de sesenta y ocho años. El ilustre escultor español del neoclasicismo José Alvarez lo trajo de jovencito a Madrid y lo conservó a su lado hasta su muerte en 1828, cuando el apio- vechado discípulo tenía sólo quince años. Cuando tenía diecinueve fué a Roma, y algún tiempo trabajó con el insigne escultor danés Thorwaldsen (a la sazón, el mayor pres- tigio) y con el italiano de tan gran valer Tenerani. En 1834 (de veintiún años) ganó los mayores premios en la prestigiosísima Accademia-di-San Luca. Luego, aún le pensionaron, primero el primer Conde de Toreno, y luego la reina Isabel II. Fué todavía un neo-clásico, pero en modernización «siglo XIX». Las más conocidas o visibles esculturas suyas son todas las del frontón del Palacio del «Congreso de los Diputados», y los dos leones de la escalinata; las esculturas de la fachada del modernizado San Jerónimo del Prado; la estatua orante de la infanta Carlota, en el Panteón de Infantes de El Escorial (al ingreso del mismo), y toda la copiosísima escultura, de tan pequeña escala, de este Paraninfo de la Universidad Central. Pero en mansiones y en panteones de particulares, dejó grandí- simo número de esculturas en mármol: lista en el Ossorio y Bernard, págs. 548-550, en el tan denso libro suyo «Galería Biográfica de Artistas Españoles del Siglo XIX», Madrid, 1883-84, 2.^a edición.

³ Joaquín Espalter y Rull, catalán, nació en la hoy tan famosa y tan crecida mari- nera Sitges: en 1809. Discípulo fué de la Academia de Barcelona, sostenida en la ciudad condal por los elementos económicos; después, lo fué en París, del aún clásico pero pres- tigioso pintor Barón Cross (título napoleónico dado al artista). También de joven trabajó después en Roma. Murió de setenta y un años, en 3 de enero de 1880, sobreviviendo mu- cho al arte y manera, ya entonces cancelados. Hoy, pictóricamente, no significa cosa el estilo interpretativo de Espalter: le rescata prestigio la serie de cabezas de los retratos del Paraninfo: cuando las doce figuras de cuerpo entero nos parecen febles pinturas. Entre sus muchas obras, fuera de la Universidad, recuérdese al óleo, en el Palacio de Aranjuez, el cuadro de *El Suspiro del Moro*. Atractivo mayor tienen, en el Palacio del Congreso, las pinturas decorativas de las tres piezas de la Presidencia de la Cámara (las al ángulo Sur-Este, en el piso bajo: que es el verdadero piso principal).

⁴ El párrafo siguiente quiso ser una abreviada descripción, tan comprimida, que mien- tras de los cuatro-más-cuatro sectores (Sudeste, Sureste, Noroeste, Noreste), dice los nombres de todos los medallones de sabios (a cinco por sector, en alto); en cambio en los

La bóveda es elíptica. *En uno de los focos, sobre el Trono, se levanta la imagen de S. M. la Reina D.^a ISABEL II (1) [Oeste], como fundadora de la Universidad Central. A la derecha [Sur], en dos grandes compartimientos del techo⁵, los bustos⁶ de SAN ATANASIO (4) [Sur 1], SAN JERÓNIMO (17) [Sur 3], SAN AGUSTÍN (18) [S-3], GREGORIO IX (19) [S-3] y SAN JUSTINO (5) [Sur 1] como lumbreras de la *Teología*; y [Sur 2] SOLON (11), MINOS (12), LICURGO (13), NUMA (14), SERVIO TULIO (15), como lumbreras del *Derecho*⁶. Después se levanta la figura que representa la TEOLÓGIA [Sur 3] y le siguen la JURISPRUDENCIA [Sur 4], la LITERATURA [Sur 5], la ADMINISTRACION [Sur 6], la HISTORIA [Sur 7]. En los cuatro extremos de cada uno de estos grandes cuadros que representan las ciencias, hay cuatro medallones, ahora no detallados, que contienen bustos de hombres célebres en cada una de las ciencias que las figuras significan. A la conclusión de tales cinco sectores de las figuras simbólicas, en los dos compartimientos extremos [al Este lado Sur, 8], se ven los cinco bus-*

cinco-más-cinco sectores del Centro-Sur y del Centro-Norte, no dice nombre de los aquí en cada panel cuatro sabios que rodean a cada una de las cinco-más-cinco matronas alegóricas sedentes. Es párrafo, éste del texto castelarino, del todo inútil, pues de todo se hablará más tarde y más cumplidamente por el mismo Castelar: debiéramos haberle suprimido, pero se fallaría a la integridad auténtica del notable trabajo de don Emilio.

Otras observaciones. No es elíptica, en realidad, la planta del gran salón: es, por el contrario, formada de dos paralelas al medio, y de dos semicírculos a los extremos. A la parte correspondiente a lo paralelo, corresponden los sectores de las cinco-y-cinco figuras simbólicas de las Disciplinas del saber. A los dos casquetes semiesféricos, corresponden las dos céntricas figuras de cuerpo entero de las dos reinas: Isabel II (presidencia) e Isabel I (al ingreso principal). Cada uno de tales extremos, se acompaña en su respectivo ábside de dos sectores a derecha y otros dos a izquierda: tales ocho sectores colaterales que en la bóveda son semi-gallones esféricos, nos ofrecen al centro de cada «cruz» (arriba y a nuestra izquierda y a nuestra derecha y abajo), una quinta y principal cabeza de un sabio.

Esta diferencia entre tales ocho gallones semiesféricos, y los cinco-más-cinco semicilíndricos de las figuras enteras alegóricas de las Ciencias (a lo céntrico del Salón), no fué, pues, diferencia de capricho artístico: fué consecuencia precisada por el paso en lo alto de las secciones de lo cilíndrico (a paralelas) a las secciones de lo esférico (a triangulación). Así comprenderá el lector que lo decorativo se plegó a las exigencias lógicas de la planta y el alzado.

⁵ Obsérvese que Castelar no habla sino de la bóveda o techumbre, y sus pinturas y esculturas. Pues inmediatamente más abajo, en el friso corrido, van los retratos (ya, no de fundadores de universidades) de los sabios españoles, y con la letra grande de su nombre correspondiente, más abajo, bajo el arquitrabe corrido del entablamento, del todo circular: de los tales no hay mención en el texto. La causa del silencio, respecto de éstos en la prosa castelarina, obedeció a que, tres años antes de poderse inaugurar la techumbre (en 1858), que es lo sólo que quiso describir Castelar, se había inaugurado (y con sesión regia subsiguiente) el paraninfo que, mal que bien, diríamos «decapitado» todavía, en cuanto a la decoración. Y en la primera inauguración hubo también texto descriptivo, de la pluma de don José Amador de los Ríos (año 1855), que Castelar no quiso ni repetir ni resumir. Ya lo deja aludido en el comienzo de su segundo párrafo: «...gran salón, cuya pintura ha hecho ya pluma más hábil y reputada que la mía».

⁶ Castelar padeció aquí confusión, juntando en una sola, notas de dos sectores de la bóveda: al Sur 1, notas del Sur 3: olvidando otras del 3 y del 1.

tos de HOMERO (45), PÍNDARO (46), EURÍPIDES (48), PLUTARCO (47) y TERCENIO (49), en apoteosis de la *Literatura*; y los cinco bustos [Sur 9] de THALES (51), HIPARCO (52), PTOLOMEO (54), ERATOSTHENES (55) y METHON (53), en apoteosis de la *Astronomía y Ciencias exactas*. A la izquierda del Trono [al Norte], se levantan en dos grandes compartimientos [Norte 1] SÓCRATES (58), PITÁGORAS (59), ANAXÁGORAS (60), XENÓFANES (61), HERÁCLITO (62), en representación de la *Filosofía*; e [Norte 2] HIPÓCRATES (64), GALENO, ARETEO, CORNELIO CELSO, olvidado aquí: Celso Aureliano, en representación de la *Medicina* [Norte 1]. Siguen cinco sectores, con las figuras centrales de FILOSOFÍA [Norte 3], MEDICINA [Norte 4], FARMACIA [Norte 5], CIENCIAS NATURALES [Norte 6] y ASTRONOMÍA (65) [Norte 7], con sus correspondientes medallones, ahora no detallados. Al pie de la sala [al Este, en este lado Norte], se levantan los compartimientos que contienen medallones donde se hallan esculpidos [primero: Norte 8] los bustos de MESSUE (99), SERAPIÓN (100), DIOSCORIDES (98), ABENZOAR (101), HEROFILO (102), en representación de la *Farmacia* [Norte 8], y [Norte 9] PLINIO (106), TEOFRASTRO (105) EUCLIDES (108), ARQUÍMEDES (107), ARNALDO DE VILLANUEVA (109), en representación de las *Ciencias naturales* [Norte 9]. En el foco de la *elipse* [al Este] que da enfrente al Trono, se levanta la Reina DOÑA ISABEL I.

En el borde inferior de la bóveda, sobre la cornisa corrida, se extiende un *friso*⁷ donde se hallan esculpidas las armas de todas las *Universidades de la Península y de sus posesiones marítimas*, [hoy perdidas], como en significación de que la Universidad Central las reúne a todas en su seno; y allí se ven retratos de ALFONSO V, fundador de la *Universidad de Barcelona*; CARLOS V, fundador de la *Universidad de Granada*; el PRÍNCIPE DE ANGLONA, fundador de la *Universidad de la Habana*; don FELIPE IV, fundador de la *Universidad de Manila*; el Arzobispo de Sevilla, don FERNANDO DE VALDÉS Y SALAS, fundador de la *Universidad de Oviedo*; ALFONSO IX, fundador de la *Universidad de Salamanca*; el Arzobispo don ALFONSO DE FONSECA, fundador de la *Universidad de Santiago*; MAESE RODRIGO FERNÁNDEZ DE SANTAELLA, fundador de la *Universidad de Sevilla*; SAN VICENTE FERRER, fundador de la *Universidad de Valencia*; ALFONSO IX [XI], fundador de la *Univer-*

⁷ «Friso» es aquí palabra del todo impropia, pues se dice antes y bien, «sobre la cornisa».

sidad de Valladolid; y don JUAN II DE ARAGÓN, fundador de la Universidad de Zaragoza ⁸.

⁸ Habíamos fracasado, definitivamente, en el empeño de localizar los retratos de los fundadores de nuestras Universidades. También, sin éxito, fracasado, en la lista, localizándola, de los escudos de cada una de las Universidades: esto último, porque ni aun a buenos gemelos y a momentos de mejor luz, resulta posible «deletrear» los cuarteles heráldicos. En cuanto a los fundadores, sabido es que no conocemos la fisonomía auténtica, la cara, de casi ningún monarca de España en la Edad Media: las pocas cabezas de estatuas sepulcrales, escasas, no las conocía seguramente el pintor Espalter; y algo, asimismo, en cuanto a los preladados, o sacerdotes, fundadores de otras de nuestras Universidades. En cuanto a reyes, véase mi viejo libro, muy lleno de ilustraciones de las «Viejas Series Icónicas de los Reyes de España», donde el aludido fracaso en lo auténtico medieval iconográfico va cumplidamente demostrado.

Pero unas y otras dificultades, insurmontables en general, las acrecienta el texto de Castelar. Pues mientras el Paraninfo nos ofrece nueve cabezas de fundadores y nueve escudos de Universidades (cinco cabezas y cuatro escudos al Norte; cuatro cabezas y cinco escudos al Sur), el texto castelarino nos detalla el nombre de once retratos, añadiendo también los correspondientes once nombres de las respectivas Universidades: excluida de la cuenta la de Madrid (antes Alcalá), pues su escudo va en muy otra forma, y a la presidencia; y si Isabel II va de fundadora de la de Madrid, está en la Presidencia ella también, y no la hemos de ver en la ristra de fundadores y de escudos universitarios cuyo estudio ahora nos ocupa. Cisneros, fundador de la de Alcalá (hoy la de Madrid), por otra parte, figura en el Paraninfo, pero no al rango de los fundadores (sobre la cornisa), sino al más insigne rango de los sabios hispanos: por ello, en el friso le vemos el retrato, y más abajo, en grandes letras, su apellido.

En tiempo de Isabel II, la lista de las Universidades de provincias y ultramar, era la siguiente: Barcelona, Zaragoza y Valencia; Santiago, Oviedo, Salamanca y Valladolid; Sevilla y Granada; la Habana y Manila. Que son once. Faltan, pues, dos universidades, y faltan dos fundadores en la fila del salón. ¿Cuáles? y ¿cuáles?... ¿Cuáles ellas, y cuáles ellos?

Adivinatoriamente, es bien fácil ver (pues ¿quién no lo conoce en Madrid?) que no hay retrato de Felipe IV. Tampoco se adivina retrato de gran magnate, cual era el Príncipe de Anglona.

Por otra parte, no se ve retrato regio medieval repetido, cuando Castelar nos habla de Alfonso IX dos veces, como fundador (que se le dice) de la Universidad de Valladolid, y como fundador de la Universidad de Salamanca (que se le dice, también). Pero en este caso, no debió de ser error de Castelar, sino explicable errata de imprenta, al decir Alfonso IX, y no, como se debe Alfonso XI, al fundador de la Universidad de Valladolid.

Repasando, luego, el Salón, se ven cinco monarcas: cuando el texto de Castelar menciona Alfonso V, Carlos V, Felipe IV, Alfonso IX (dos veces), Juan II: seis reyes (seis menciones); pero como Felipe IV positivamente no está, y como Alfonso IX no se ve repetido, el problema quedaba insoluble: sólo explicable como un error de texto, o de cuentas.

Igual cuenta fallada resultaba en la suma de los escudos: nueve escudos universitarios; cuando el texto de Castelar habla de once universidades: Barcelona, Granada, la Habana, Manila, Oviedo, Salamanca, Santiago, Sevilla, Valencia, Valladolid y Zaragoza (en orden alfabético).

¿Cabe pensar en que se hiciera una cuenta primera olvidándose de las dos universidades de Ultramar, las de la Habana y Manila (la fundación del Príncipe de Anglona y la fundación de Felipe IV), y que después, para cohonestar el olvido, explicable en verdad, se decidió no poner letra a ninguno de los retratos de fundadores, ni a ninguno de los escudos universitarios, los que van con los retratos entremezclados? Parecía ser lo más probable. Pues lo que es evidente es que no se han arrancado retratos ni escudos, ni a la pérdida de las últimas colonias ni en ninguna ocasión: el techo y el salón todo están intactos, y como al primer día.

Va basado en la que pareció provisional hipótesis, de que cada retrato de fundador tendría a su lado el escudo de la Universidad de su personal fundación, lo que ya nos parece cosa confirmada. Y así, unas veces por las notas del retrato y otras por lo difícil.

La decoración de esta bóveda es por extremo elegante y rica. La luz que penetra por el *lucernario*, por ser demasiado viva, está mitigada por los cristales raspados, y por los varios colores con

mente visible de la heráldica universitaria (un tanto cuanto defectuosamente aprovechada) hemos podido resolver el problema de este que llamaremos juego de «puzle», ya que los fundadores van puestos en retrato sin letra, y las Universidades respectivas, van también sin letrero. Esto hacía bastante difícil el determinarlos. Aumenta la dificultad, la otra dificultad y aún la no posibilidad de ver bien los escudos y sus cuarteles heráldicos, y a la vez de reconocer a los retratados, de varios de los cuales no se tiene, o no tenemos, conocida la fisonomía.

La tal lista del texto de Castelar da once retratos y once habrían de ser las «armas», es decir, la heráldica de las respectivas Universidades. Pero no son once, sino nueve, los retratos, y no son once, sino nueve los escudos.

No viendo positivamente a Felipe IV y no pareciendo ver a ningún gran magnate moderno, como habría de ser el Príncipe de Anglona, puede afirmarse que ellos no están puestos, ni tampoco sus respectivas Universidades, las de Manila y de la Habana.

Esto bien sentado, si concebimos la idea de que cada fundador tiene vecina a su izquierda (es decir, a nuestra derecha), mirando la nota heráldica de su fundador, nos permite formular una, aunque un tanto insegura, identificación: en la forma siguiente, comenzando del Oeste por el lado Norte y volviendo del Este al Oeste por el lado del Sur.

1.º Norte (al Oeste): Carlos V.

2.º Norte: Su Universidad de Granada, pues vemos escudo imperial llevado por águila bicípite explayada.

3.º Norte: Rey que será Alfonso IX, por lo siguiente.

4.º Norte: Universidad de Salamanca, pues vemos dentro del campo del escudo, centrada la tiara, con las ínfulas de la misma explayadas o revueltas.

5.º Norte: Prebendado eclesiástico, que será Maese Rodrigo (Fernández de Santalla), por lo siguiente:

6.º Norte: Universidad de Sevilla, pues se ve, del escudo de la ciudad: un Rey en trono, y en sillones dos personajes, a uno y otro lado.

7.º Norte: Monarca de frente, afeitado, medieval, pues algo se ve de su cota de malla y la «camisa» o cota de armas sobrepuesta. Al saber lo del escudo de Valladolid (en 8.º N.), resulta ser Alfonso XI, que no IX.

8.º Norte: Escudo cuartelado: sus 1.º y 4.º de azul, no distinguiéndose sus figuras; en sus 2.º y 3.º se atisban cosas rojas sobre oro, y acaso castillo rojo. Comprobado (a membrete de carta) es de la de Valladolid.

9.º Norte, al Este: Monarca que parece ser Juan II de Aragón, el padre del Rey Católico: lo que va bien con lo siguiente (al comenzar la vuelta por el Sur).

9.º Sur: Hipotético que sea el escudo de la Universidad de Zaragoza, la que Juan II creara: acuartelado 1.º 2.º en azul 3.º La corona sin aretes parece 4.º los pales, llamados barras de Aragón. Escudete al centro.

8.º Sur: *S. Vicente Ferrer* (único vestido de dominico en esta serie de fundadores, dándolo aquí como fundador de la Universidad de Valencia).

7.º Sur: complicadísimas cosas no visibles, a la distancia, pero, en el centro bajo, se ve el escudo losanjeado de las barras, que es el de *Valencia*, ciudad, y en lo alto la Virgen con Niño, la «de la Sapiencia», patrona de aquella universidad. En momento de luz excepcional se logra ver, en lo siniestro del tal escudo, el de Borja-Doms de Alejandro VI, el cofundador de la valenciana universidad.

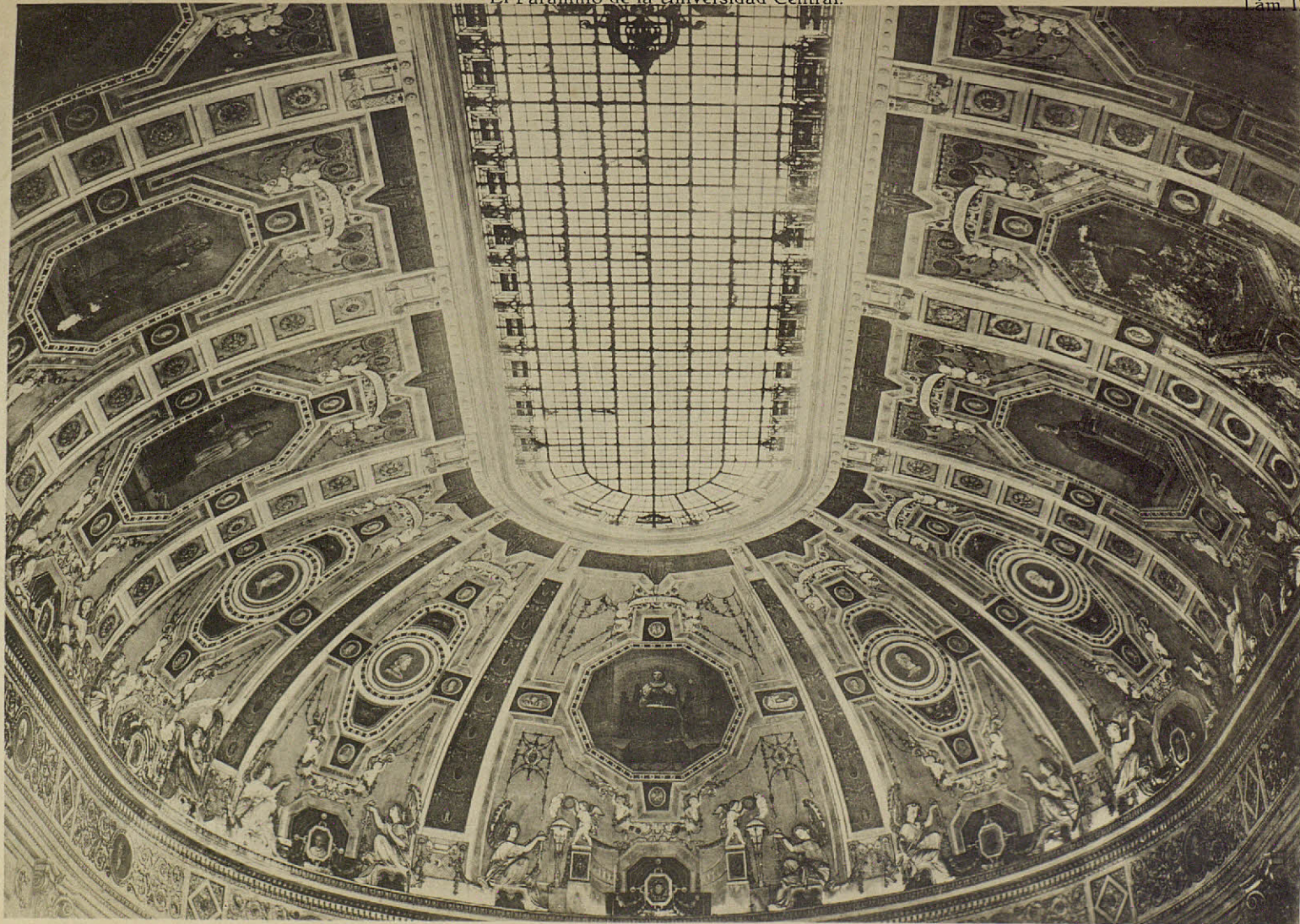
6.º Sur: Fundador de Universidad, un eclesiástico, gris su muceta, el bonete negro: se le ve la cara de perfil. ¿Será Fonseca?

5.º Sur: Escudo con corona real; que es acuartelado: 1.º de rojo, con una torre de oro; 2.º, gris, con 3 ó 4 «figuras» en oro; 3.º, árbol sobre terrero; 4.º, en azul, las 2+1+2 estrellas de plata de Fonseca. Será la Universidad compostelana.

4.º Sur: Prelado acaso, sin ofrecer seguridad de que sea obispo, pero sí parece que lleva cadena; la del pectoral no visible: Es Valdés.

3.º Sur: Tres escudos, puesto el uno en alto y los dos debajo, a los lados; corona sobre ellos.

El 1.º puede ser real de España (acuartelado); el 2.º, en azul, figura indiscrible provincial, Salas; el 3.º, el de Valdés=Oviedo.



Espalter, pintor (1809 †1880) y Ponzano, escultor (1813 †1877). La bóveda del Paraninfo de la Universidad de Madrid. Se ven (de izquierda a derecha) los sectores 5.º (apenas), 6.º, 7.º, 8.º y 9.º del Norte; el céntrico del Este, y los 9.º, 8.º, 7.º y 6.º y (apenas) 5.º del Sur.

que ha sido adornada aquella parte de la bóveda⁹. Los tarjetones donde campean las figuras simbólicas de la ciencia, y los bustos y retratos de los más esclarecidos varones que se han consagrado a su culto, prestan aparente apoyo al lucernario, y descienden hasta la cornisa inferior del techo. Por la parte superior de los cuadros corre una moldura, en la que se ven extenderse palmas atadas con cintas doradas, que resaltando en un fondo oscuro, dan rica entonación al techo. En la parte inferior se extiende una zona donde se hallan las armas de *las Universidades* y LOS RETRATOS DE LOS FUNDADORES, los que resaltan admirablemente del fondo suyo, rojo oscuro intenso. Los paramentos destinados a recibir las figuras han sido adornados también con sumo gusto. Los

2.º Sur: Rey visto de perfil (el diestro), afeitado el pelo algo cayente y habrá de ser Alfonso V de Aragón.

1.º Sur: Corona no regia (?) y láurea; dentro de ésta, escudo ovalado, acuartelado: 2.º y 3.º de pales en campo rojo; 1.º y 4.º... (?) Será el de la Universidad de Barcelona. Creíamos, pues, identificados escudo y fundador de las Universidades de Granada, Salamanca, Sevilla, Zaragoza y Valencia: y notando que van juntos, entre sí, el fundador y el escudo de esas cinco universidades, pensamos que esa era la regla general.

Faltaba identificar (en consecuencia) cuatro: las de Santiago, Oviedo, Valladolid y Barcelona (dichas sin orden, ahora).

Y los fundadores de tales cuatro universidades han de ser, pues la lista los nombra, los siguientes, respectivamente: Arzobispo Fonseca, Arzobispo Valdés, Rey Alfonso IX y Rey Alfonso V. Son, pues, dos Arzobispos y dos Reyes: y lo que vemos todavía descifrado, son dos reyes, efectivamente, y también dos eclesiásticos: éstos, ambos, más con notas indumentarias de como canónigo, que no como obispos, o arzobispos que fueron.

Y no existentes, nunca en el techo, las de la Habana y Manila, que... «piadosamente pensando» (diremos), se dijeron mentidamente incluídas, pero tan sólo en el texto de Castelar.

Nótese que no se pensó para nada en las muchas universidades extinguidas en el siglo XIX: Osuna, Gandía, Cervera, Sigüenza, Toledo, etc.; no mentando ahora Alcalá, pues era la después en Madrid, ni tampoco la de Madrid se la nombra por no haber de figurar en sola una mención sino en presencia real.

Si pues descifráramos lo heráldico, tendríamos resuelto lo icónico.

Lo «icónico» por lo demás (nótese) no es lo fisonómico: pues en todo el Paraninfo apenas se nota un estudio de fisonomías auténticamente copiadas. Con ser obra del tiempo del romanticismo, le cabe al escultor, como al pintor del Paraninfo, aquella extrañísima contestación que diré «sistemática» de Pablo de Céspedes, al echarle alguien en cara el no parecido de un retrato que se le había encargado... «¿Ahora sabe Vuesa Merced (díjole) que un retrato no se ha de parecer? ¡Basta, Señor mío, con hacer una cabeza valiente!»

⁹ El amplio y larguísimo lucernario fuera arquitectónicamente imposible, si la construcción de toda la amplísima bóveda (semicilíndrica y a los extremos semihemisférica) fuera de sillería o de albañilería, pues déjala como deja sin claves a los arcos y a los plementos. Es de presumir que la cubrición va sostenida con entramado, fuera toda armada con hierro o (menos probable) con sólo maderos. El paraninfo, salón de cornisa al alto de 11 metros, 14 centímetros, y «bóveda» de 18 metros, 38 centímetros, no tiene ventana ninguna, y, bajas como son las puertas y ninguna al exterior, puede decirse que sólo viene nunca a alumbrarse, sino con sola la luz central: salvo, muy de reflejo, desde la boca de la alta tribuna de la música. Tales son las notas que al gran salón dan la total unidad y la consiguiente hermosura de conjunto, y las extraordinarias superficies continuas en paredes (la que diremos única pared a todo alrededor) y en el mismo techo (la que diremos una sola, pero alargadísima cúpula).

marcos están decorados de blanco con junquillos de oro, y embutidos de pórvido y mármol rojo de Granada. Una faja, cuyo fondo imita el jaspe amarillo de Aragón, guarnecida de moldura blanca muy bien labrada, se extiende en torno de los marcos, y sigue todos los movimientos del reparto arquitectónico de la techumbre. Para que las figuras encerradas en estos cuadros resalten más, se han empleado a su alrededor colores muy suaves, como color de tórtola. En la parte superior figuran *guardamalletas*¹⁰ que sostienen, alternando, en uno de los lados, tres flores de lis, y en el otro, el sol de la Universidad Central¹¹. Hay además otra zona formada por un cordón de oro, anudado en agremanes de diversas formas; cordón que tiene varias y ricas joyas, igual para todos los cuadros, y que sólo varía en los dos puntos extremos del salón, donde se encuentran los retratos de las dos Reinas. Sobre cada uno de los puntos alto y bajo de los cuadros, hay un remate en bajorrelieve, que tiene en el centro su origen y que parte con igualdad a uno y otro lado, enlazando con hojarascas, flores y capullos, las dos fajas que recorren toda la obra, y en cuyo bajorrelieve se ven genios alados que sostienen una blanca cinta, donde está pintado el nombre o nombres de lo que el cuadro significa. A los lados de cada uno de los veinte tarjetones se ven FAMAS SENTADAS EN BANQUETAS. Visten ligeras pero largas túnicas; gracioso manto, prendido con elegante descuido, las envuelve; coronas de flores ornan sus sienas; trompetas de bruñido oro ocupan sus manos; varios colores, sabiamente combinados, esmaltan sus ligeras alas; formando así un riquísimo ornamento. Al pie de los dos cuadros extremos que tienen las imágenes de las dos Reinas se ven NIÑOS con otras Famas que perfuman unas hermosas coronas. Esta variedad de colores y de adornos da al techo una magnificencia indescriptible.

Como se ve, dos grandes pensamientos han presidido a esta obra: primero, consagrar un recuerdo a todas las Ciencias; segundo, consagrar un recuerdo a las Ciencias españolas. Las Ciencias, en abstracto, en su idea general, están representadas por las diez grandes figuras pintadas del techo, que son como sus brillantes personificaciones. Las ciencias, en cuanto a su historia, están representadas por los bustos de todos esos célebres hombres,

¹⁰ «Guardamalletas», es colgadura corta de adorno que pende al alto de los cortinajes; quizás así llamada, de las de lujo que cubrían maletas (mallas) en las cabalgaduras del equipaje en los viajes de lujo de antaño.

¹¹ En azul, el sol radiante, con la letra «perfundet omnia luce».



Espalter, pintor (1809 †1880) y Ponzano, escultor (1813 †1877). La parte presidencial, al Oeste, sector más amplio de cabecera. La Reina Isabel II, presidiendo la Cultura Universitaria. Cuatro símbolos de los progresos de su tiempo (ferrocarriles, telégrafos, canales,...).

que son como los mundos del gran sistema planetario que forman las ideas¹². La ciencia española está representada por los fundadores de las grandes Universidades, que han educado a tantas generaciones. Hoy, después de transcurrido tanto tiempo de la existencia de las Universidades; hoy, en que las condiciones del siglo les quitan mucha de su antigua importancia, no miramos estos institutos con la religiosidad que merecen, no comprendemos los progresos que trajeron a la sociedad el día en que empezaron a derramarse por el mundo. En el fondo de esas aulas, en sus bancos gastados por el tiempo, se educaron aquellos maestros en artes, aquellos doctores, aquellos jurisconsultos, que levantaron del polvo el estado llano, que erigieron la obra del Derecho sobre los anchos fundamentos de las tradiciones romanas, que forjaron la clava para demoler el feudalismo, y dieron su corona a los Reyes, su unidad a las naciones. Por eso hemos dicho que el techo de la Universidad es un gran poema, centelleante de inspiración y de gloria. Descendamos a describirlo en todas sus particularidades.

En *primer término* [Oeste: sobre el estrado y sobre el dosel presidencial] resalta la imagen de la Reina Doña ISABEL II (1). Hállase sentada en un trono bajo riquísimo dosel; a su lado, sobre una mesa, está el cetro y la corona de España, y alrededor de la figura campean, en discos ornamentales, locomotoras, canales, telégrafos eléctricos: las grandes conquistas del esforzado espíritu de nuestro siglo, introducidas en España bajo el régimen constitucional, que personifica doña Isabel II. La idea que preside a este cuadro es la de simbolizar los adelantos hechos en la enseñanza y en la ciencia bajo el reinado de doña Isabel II. A este fin el pintor, para significar la fundación de la Universidad Central, de las nuevas escuelas, de los institutos, la creación de cátedras para los ramos más principales del saber humano, ha puesto en las manos de la imagen de la Reina un sol, símbolo de la protección dispensada a los estudios; emblema de la gloria y de la ciencia¹³.

Sigue el compartimiento de TEOLOGÍA [Sur 1]. En el fondo brilla SAN ATANASIO (4), personificación de una de las épocas más gigantescas del espíritu humano, y de uno de los triunfos más grandes y decisivos de la Iglesia. Filósofo educado en aquellas escuelas de Alejandría donde se congregaban, como para el

¹² Son las figuras en relieve bustos cortos, casi solamente cabezas.

¹³ El antes citado sol de la entonces nueva «heráldica» académica: el sol del lema «perfundet omnia luce».

juicio final de la antigüedad, todas las ideas; misionero, que había atravesado los desiertos del Africa en pos de almas que redimir, y corazones que conquistar; teólogo profundo, que explicaba, inspirado por el espíritu divino, el Misterio de la Trinidad y la naturaleza del Espíritu Santo; batallador como San Pablo, que en medio de las más duras persecuciones, azotado por los huracanes del mundo, sin tierra donde fijar la planta, defendía la Iglesia y condenaba a reconocer sus errores a los melesianos, apolinaristas, arrianos, y a la dudosa luz de su cabeza escribía los principios más altos del Catolicismo, llenando con su nombre todo un siglo, aquel siglo del Concilio de Nicea, donde se afirmó nuestra fe y se definieron los dogmas del Catolicismo, y se preparó la Iglesia para educar a los bárbaros y salvar las reliquias del Imperio Romano; San Atanasio, que asistió a las grandes controversias del reinado de Constantino, que levantó su voz en todos los Concilios de su época, que explicó los misterios del Antiguo y del Nuevo Testamento, que ahogó en su cuna las rebeliones de la razón contra el dogma; que presentó a Joviano el símbolo de la fe [el «credo»], repetido en la sucesión de los siglos todos los días, en todas las zonas de la tierra, bajo bóvedas de nuestras iglesias, por la voz de generaciones innumerables como las arenas del mar; San Atanasio, que se levanta como un coloso en esta época gigante de la ruina de una civilización, debía tener su nombre en el centro de esta pléyade ilustre de teólogos, porque su nombre viene a ser como la letra inicial de una gran ciencia. Alrededor del busto de San Atanasio se ven representados por magníficos bustos SAN CLEMENTE PAPA (7), como uno de los que más contribuyeron a afirmar la autoridad pontificia en los primitivos tiempos de la Iglesia; SAN JUSTINO (5), como uno de los pensadores que señalan la conversión de los espíritus más elevados de la antigüedad al Cristianismo, y como uno también de los primeros apologistas; SAN JUAN CRISÓSTOMO (6), el gran orador que desde el pedestal de su cátedra sagrada señala los triunfos de la Iglesia de Oriente: el Platón cristiano, que se levanta sobre el ruido de los hechos que pasan en la historia, y de los seres que cruzan por la naturaleza, a la contemplación de Dios en esencia; SAN ILDEFONSO (8), como símbolo de los grandes triunfos de la Iglesia de Occidente, y en especial de la Iglesia española, como intérprete de uno de los misterios más consoladores de nuestra religión, como historiador, también, eclesiástico: de suerte que el cincel ha esculpido en piedra los dolores, las luchas, los esfuer-

zos maravillosos, los triunfos de la Iglesia en épocas de grandes pruebas para el mundo, de angustia para el espíritu humano; épocas en que se manifiesta más clara y visiblemente la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia.

Al compartimiento de Teología sigue el de JURISPRUDENCIA [Sur 2]. En éste brillan los bustos de MINOS (12), LICURGO (13), SOLÓN (11) [Centro], NUMA (14) y SERVIO TULIO (15). Con sólo detenerse un instante a contemplarlos, se comprende el profundo pensamiento filosófico que ha presidido a la colocación de estos bustos. Minos representa el derecho surgiendo del Oriente, cuna del Sol y de todas las grandes ideas, y transformándose en la isla de Creta, donde se transformaron las artes, donde se transformaron los dioses que rudos venían del Oriente, para revestirse de nuevas formas, y entrar en el santuario de la humanidad, en la hermosa y riente Grecia. LICURGO (13) representa la transformación del derecho sagrado, del derecho ciclópeo de los primitivos tiempos, el derecho más humano, más social, si bien conservando siempre un sello militar y aristocrático cual convenía a la severa y sagrada raza de los Dorios. SOLÓN (11) es el representante de la libertad, del derecho escrito, del derecho humano, y por eso está en el centro, como el sol, a cuyo alrededor gira toda la historia, como el gran artífice que encontró el diamantino eje de la Justicia; NUMA (14), como su nombre griego indica (νομος) [sic], es la ley, pero la ley sacerdotal, la ley sagrada, la ley misteriosa, la ley de los patricios; y SERVIO TULIO (15) es el derecho de los plebeyos, la ley de las gentes menores, pero ley que introduciéndose en el seno de las antiguas fórmulas, de los antiguos principios del derecho, los ha de romper sin profanarlos, y ha de llamar a Roma todos los pueblos, y ha de extender la Justicia, el derecho, como un cielo, sobre la frente de toda la humanidad. MINOS es el derecho oriental. SOLÓN, el derecho humano; LICURGO, el anillo que enlaza el Oriente con el Occidente, la autoridad con la razón. MINOS (12) con SOLÓN (11), como NUMA (14), enlaza a Roma también con el Oriente, y SERVIO TULIO (15) con Grecia; para que después la obra del pueblo rey, su derecho, sea humanitario como el resumen de toda la antigua ciencia, como la aplicación positiva de todos los principios abstractos de la Religión y de la Filosofía, a la sociedad y a la vida.

Apenas apartamos los ojos de este compartimiento, cuando vemos aparecer entre nubes, misteriosas, la sagrada imagen de la **TEOLOGÍA** [Sur 3]. Es una matrona hermosa, aunque su palidez

muestra que un amor infinito la posee, y que la aspiración del Cielo la entristece; un manto blanco le cubre la cabeza a manera de la nube misteriosa que envolvía en el alto Sinaí la frente de Jehová; sus ojos se pierden allá en los espacios celestes con místico arrobamiento; sus manos llevan el Sagrado Cáliz que nos ofrece la eterna comunión con nuestro Dios, y el libro de las Escrituras que guardan las verdades divinas; su actitud es reposada, porque mal se avendría el anhelo, la ansiedad, con una ciencia que posee ya todas sus verdades, que encierra la verdad absoluta; a su lado se ve la tiara de la Iglesia, y entre nubes y resplandores y arreboles de gloria se aparece la Cruz, como nuestra esperanza, como nuestra fe, el signo sacratísimo, suspendido por el sacrificio del Hijo del hombre entre las iras del Cielo y los pecados del mundo.

Sobre la figura de Teología campea el nombre de SAN JERÓNIMO (17); el espíritu que une el genio de Oriente con el genio severo de Roma; el divino intérprete de las Sagradas Escrituras; el austero cenobita encerrado en su convento del Asia, cerca de la cuna del Cristianismo, para aspirar mejor el aroma de sus ideas; el batallador incansable contra todas las herejías; el traductor de la Biblia. A la derecha se descubre el busto de SAN AGUSTÍN (18). El nombre del primer padre de la Iglesia latina¹⁴ debía venir en pos del nombre de San Jerónimo, como derivación y consecuencia de toda la doctrina precedente que se extiende y se afirma incontrastablemente en su alma. No se puede mirar el rostro de San Agustín sin sentir un sentimiento religioso austero, indefinible. Cuando Roma caía, cuando se desmoronaba el faro de la humanidad, el alto Capitolio; cuando el Danubio y el Rhin vomitaban sobre el Imperio, como nubes de langosta, los bárbaros; cuando era la tierra un inmenso lago de sangre en que flotaban rotas y deshechas todas las aras, todas las divinidades, todas las instituciones, todas las leyes; San Agustín, sereno como la fe, con los ojos puestos en la esperanza, entre el estruendo de la guerra y el pálido fulgor de los incendios, traza la ciudad de Dios, el ideal de la humanidad, el Arca Sagrada que flota sobre aquel diluvio, y que encierra en depósito el inmortal espíritu del hombre y las promesas del Eterno. El esfuerzo gigantesco que representa San Agustín debía grabarse indeleblemente en este gran muro, donde todos los esfuerzos generosos tienen un recuer-

¹⁴ Castelar olvidaría a San Ambrosio: pero éste no va representado en el techo.

do. Entre las tormentas de una edad pavorosa, el gran escritor muestra el sol de la Providencia; enfrente de los pelagianos sostiene la gracia divina; enfrente de los maniqueos, la unidad del espíritu y la libertad humana; y enfrente de los arrianos, la verdad del espíritu de Dios, consustancial con el Padre y el Hijo, que bajo sus blancas alas protegen el mundo y la ciencia, el hombre y la Iglesia. Este genio gigante de SAN AGUSTÍN (18) es como una estrella que señala en siglos tempestuosos los derroteros de la humanidad. A la izquierda de la figura, descúbrese el nombre de GREGORIO IX (19), Papa, que representa y personifica, además del poder inmenso del Pontificado en su edad, y de las tentativas generosas de unir la iglesia griega con la iglesia latina, una idea esencial, el derecho canónico encerrado en sus famosas decretales. SAN JERÓNIMO, que es el intérprete de las Escrituras; SAN AGUSTÍN (18), que es la idea teológica en toda su pureza, y GREGORIO IX (19), que es el derecho, se completan con el nombre inmortal que se ve al pie del cuadro, como un epílogo, con SANTO TOMÁS (20): filósofo, jurisconsulto, teólogo, Santo Tomás resume todo su siglo, y con su genio gigantesco influye en el derecho canónico, la obra social de su tiempo, en la Divina Comedia, la obra artística de su edad, en la mente de San Luis, ideal de aquellas sociedades, y, después de llenar con su espíritu un siglo, resume todas las ciencias, y es como el sol que se levanta en medio de las esferas, vivificándolas con su calor, y sosteniéndolas y armonizándolas con su fuerza.

Sigue a la figura que representa la Teología, la figura que representa la JURISPRUDENCIA [Sur 4.º]: es una matrona severa como la Ley; de aspecto tranquilo cual conviene a la Justicia; de mirar escudriñador, como que ha de indagar hasta los más hondos secretos de la conciencia, y los más profundos misterios de las pasiones; lleva en su frente por diadema un sol, como para manifestar la claridad de sus juicios; tiene en una mano la espada con que defiende el derecho, y en la otra la balanza, en que pesa las acciones humanas; y sostiene también una tabla, en cuyo cetro reluce el principio capital de toda Ley, de toda justicia, el «*sum, cuique*» [lo suyo, a cada uno]; y a sus plantas hay varios legajos, en conmemoración de los distintos códigos, en que se ha manifestado esta ciencia; y en toda la figura resplandece esa elevación, esa severidad, esa paz propia de un ser que se levanta sobre todas las sombras de las preocupaciones humanas, y sobre el estruendo de todas las tempestades del mundo. A la cabeza del

cuadro resplandece el busto de PAPINIANO (23). Su amor a la justicia, sus célebres respuestas, que eran como la base del derecho romano; sus sentencias, que resumían en breves palabras grandes tratados e inmensas cuestiones; sus ideas, que tenían fuerza de ley en los tribunales; sus libros, que eran los oráculos de la ciencia en las escuelas; su vida, consagrada a la humanidad; su gloriosísima muerte, hacen de Papiniano un símbolo de esa edad, en que el derecho romano rompía el recinto de la ciudad para dilatarse por el mundo; de esa edad en que el alma universal, único predicado por la escuela estoica, se replegaba en el seno de la Jurisprudencia. TRIBONIANO (25), que está a la derecha, representa la edad en que el derecho antiguo y el nuevo derecho, el estoicismo y el Cristianismo, la Escuela y la Iglesia, se reúnen para dejar a las generaciones los grandes monumentos de los códigos de Justiniano. A la izquierda se ve el busto de ALFONSO X (24), que representa el renacimiento del Derecho en la edad media; ¡el Derecho! que debía destruir el feudalismo, apereibir el estado llano a la libertad, concluir con el fraccionamiento de los códigos, que eran como pesados eslabones de la cadena arrastrada por los pueblos; levantar a su tribunal la justicia, en vez de tenerla a merced de los nobles; unir el espíritu del Derecho canónico y el espíritu del Derecho romano, el genio de las nacionalidades con el genio de la humanidad; escribir en la frente de los pueblos un ideal de paz y de justicia, hacia el que caminaron entre grandes sacudimientos durante la edad media; ideas gigantescas, concebidas por un hombre que se adelanta, como un profeta, prodigiosamente, a los siglos. Al fin, cercando este cuadro, a los pies, se descubre el nombre de GROCIO (26), el autor del libro de la libertad de los mares y del libro que es el timbre de su inmortalidad, el Derecho de gentes, representante de esas ideas que tantas transformaciones han sufrido, de esa idea esencial a nuestra naturaleza, de la idea del derecho en los modernos tiempos. De suerte que PAPINIANO (23) representa el derecho romano inspirado por el estoicismo; TRIBONIANO (25), la unión de la idea estoica y de la idea cristiana en el derecho; don ALFONSO X (24), el renacimiento del derecho en la edad media; GROCIO (26), el derecho en nuestra edad; ¡magnífica epopeya, cuyos cánticos son los pensamientos de hombres ilustres que dejan huella inextinguible en la conciencia de la humanidad, y en el eterno reflejo de la conciencia que es la historia!

A la figura de Jurisprudencia, sigue la que representa la LITE-

RATURA [Sur 5.º]. Es una hermosísima joven que levanta los melancólicos ojos al cielo como buscando la eterna luz que baja del cielo sobre el alma del poeta. Ciñe a sus sienes el laurel de la inmortalidad, y sobre su frente centellea la llama del genio: tan vívida y tan pura como el fuego que derrama la vida en la naturaleza. En la mano derecha tiene una pluma por donde corre la savia de sus ideas, y la mano izquierda la apoya ligeramente en el papel, que está, con varios libros, en un pedestal. A su lado se ve la lira; sí, la eterna lira, que Dios entregó al ángel desterrado, al hombre, para que al pulsarla sintiera los ecos de su patria, que se esconde más allá de los mundos y los soles. En desorden, a su alrededor, aparecen la trompeta épica, el tirso, las máscaras de la tragedia y de la comedia, en señal de las varias transformaciones que sufre y de las ricas formas que tomó la imaginación; esa mariposa encerrada en el cáliz de nuestra alma. Viste un traje griego, porque Grecia, esa tierra querida del sol, besada por las aguas del Egipto, ceñida de mirtos y de laureles,alzada sobre mármoles entre la Europa y el Asia, es el templo de la inspiración, la cuna del arte, el ara donde el espíritu humano guardará eternamente la llama que ilumina el genio. No puedo continuar si no digo aquí que el alma del señor *Espalter* es tan dúctil, tan flexible, tan impresionable, que al contemplar esa figura se ve que es la imagen de una inspiración tal como podía sentir la un poeta. ¡Loor al genio, loor a las artes españolas, cuyo numen será siempre inagotable! ¹⁵. Sobre esta figura se levanta el busto del tierno candor de Mantua, de VIRGILIO (28). Ninguno, en verdad, tiene más títulos al amor de la humanidad. El unió, en su inmortal poema, la *Iliada* y la *Odisea*, la *Epopeya heroica* y la *Epopeya de la civilización*: el genio del Oriente y el genio de Grecia, porque alcanzaba que Roma sólo podía ser la reina del mundo absorbiendo en sí todos los recuerdos de la historia, todas las ideas y todas las fuerzas de la humanidad. Homero de una Civiliza-

¹⁵ Estas y otras frases, ditirámbicas, parecen delatarnos una pasión de amistad de Castelar con el pintor, o acaso, mejor aún, darnos la conjetura y con visos de convicción de que fuera Castelar el docto que diera al pintor el que llamaríamos programa de cada una de las diez figuras de cuerpo entero, representando las Ciencias. Así para ellas, como para la muy cuidada selección del casi centenar de cabezas de sabios, bien que precisaba el consejo de los hombres más doctos; y para rebuscar lo alegórico sutil tener a uno de ellos en más estrecha amistad el artista: el pintor debió de tener a Castelar por su Egeria. Para los retratos esculpidos y pintados intervendrían varios doctos varones del claustro: los citados al final. Así quedaría explicado tanto detalle, en las diez figuras alegóricas, como nos ofrece el texto de Castelar, y el hecho mismo de que don Emilio redactara todo este su muy cuidado trabajo de la juventud.

ción adelantada y madura, sus formas son perfectísimas, sus versos acabados, su inspiración el primer albor de la idea cristiana, su nombre la estrella que guía entre sombras al genio poético de la edad media. Su imaginación es tan flexible, que ya se levanta impetuosa a cantar las tempestades y las guerras, ya llora amorosísima los más íntimos dolores del corazón, ya se pierde en la historia, ya se encierra plácida y serena en la naturaleza. Virgilio, por sus formas, es griego, es clásico: pero, por su espíritu, Virgilio es cristiano. Su casta figura separa dos edades, dos mundos, dos religiones. Por eso su melodía es como el adiós de un genio que muere, y su inocencia y su candor, y sus presentimientos, son como el primer ensueño de un genio recién nacido, que duerme en cuna de flores. Por eso San Jerónimo oraba en su sepulcro; Dante le pedía auxilio en el delirio de su inspiración gigantesca y Petrarca plantaba sobre sus cenizas el laurel de la inmortalidad y de la gloria. El nombre de Virgilio, pues, debía lucir sobre la frente de la literatura, como el resumen del arte clásico y el primer albor del arte cristiano. A sus pies brilla el busto del sombrío y profético DANTE (31), como recibiendo en su frente el reflejo de la gloria de Virgilio. Dante resume toda la literatura moderna. El genio del catolicismo es su genio. Platón y Aristóteles se unen amorosamente en su imaginación, como se unían ya en la divina Suma de Santo Tomás y en el seno de la Iglesia. Las eternas esperanzas y los eternos dolores del mundo cristiano se mezclan en sus versos, formando una armonía que aún oyen los siglos con sublime terror religioso. Dante no es un genio italiano; es un genio universal, humanitario. Cuando describe el conde Ugolino, pálido, desencajado, hambriento, royendo la calavera de su enemigo, y limpiándose con los muertos cabellos los labios empapados en sangre, rodeado de los cadáveres de sus hijos en el fondo de aquella prisión oscura y triste, sobre la cual se cierran como las alas de un inmenso murciélago el hambre y la miseria: cuando describe este negro cuadro, el genio del Dante es el genio de Shakespeare. Pero cuando ve tranquilamente llegar a él dos almas, blancas como palomas, perdidas en los aires, pendientes de un eterno beso, dos almas que han vivido en las orillas del Arno, y allí han cantado sus desgraciados amores que todavía repiten los campesinos de Florencia y los gondoleros del Tirreno [sic] a la luz de la luna; cuando describe estas lágrimas, cuando exhala estos quejidos, estos suspiros, su alma es puramente italiana, dulce como un soneto de Petrarca, melancólica y tierna

como una melodía de Bellini. Y cuando su espíritu se pierde en los círculos de todos los dolores, de todos los castigos, o se levanta gozoso a contemplar la eterna luz, a bañarse en la esencia de la eterna vida, su espíritu tiene el misticismo español y lleva en sí, como la semilla lleva la flor y el fruto, el genio maravilloso que se ha de encarnar más tarde en la mente de Calderón. El Dante merece el lugar que ocupa en esta apoteosis de las artes, porque en la serie de los tiempos representa admirablemente la unión del mundo clásico y el mundo cristiano, y es el ideal de nuestras artes. A un lado está DEMÓSTENES (29): su nombre trae a la memoria la elocuencia política que mueve los ánimos al amor de la humanidad y de la patria, que es tempestuosa como las grandes pasiones, arrebolada como el espíritu del pueblo, solemne como la voz augusta de la libertad: esa elocuencia, que al expirar, herida por el hierro de Filipo y Alejandro, exhalaba entre lastimeras congojas sus más sublimes cánticos. Enfrente del gran Demóstenes aparec CÍCERÓN (30). Demóstenes representa la naturaleza, Cicerón el arte: Demóstenes la elocuencia política. Cicerón la elocuencia forense, la académica y la política; Demóstenes brilla principalmente como orador. Cicerón, como orador y como escritor; Demóstenes tiene la impetuosidad de las repúblicas griegas; Cicerón, la calma, el reposo olímpico de Roma; Demóstenes combate por la libertad, Cicerón por la Ley; Demóstenes es la pasión exaltada, es el corazón que brota raudales del sentimiento en su elocuencia incomparable. Cicerón, como hijo de otra edad, y de otro pueblo, es el concierto admirable de la razón, del sentimiento y de la fantasía; Demóstenes será siempre más elocuente, pero Cicerón será más universal; el orador griego reina en la plaza, el orador romano en la plaza, en el foro, en los Tribunales, en las Academias; los dos reunidos son el mayor esfuerzo de la elocuencia, el mayor milagro de la palabra. Nótese cuán filosóficamente está completada esta página de la Literatura en el techo del Parinifo: en la línea que baja del cielo a la tierra, en la línea dividida, está la poesía; en la línea horizontal, en la línea humana, está la elocuencia; como que la poesía es la inspiración, la hermosura por la hermosura en sí, y la elocuencia es la inspiración aplicada a la sociedad y a la vida.

Sigue a la Literatura la ADMINISTRACION [Sur 6.º]; Matrona de mirar sereno y continente majestuoso y reposado, ciñe una diadema, en la cual se engasta el ojo de la Providencia, en señal de su celo por el bien público. Con la mano derecha sostiene un

yugo cubierto de flores, indicando que el Yugo de la Ley es benéfico y suave; la balanza de la Justicia acompaña al signo de la soberanía y del mando, como para decir que toda buena Administración debe fundarse en los eternos principios del Derecho. Descúbrese al lado de la figura un busto de Apolo, libros, el caduceo de Mercurio y una máquina de vapor, simbolizando que una Administración pródiga y justa hará florecer siempre las Ciencias, las Artes y el Comercio. Alrededor de esta figura se ven los nombres de XENOFONTE (34), ESTRABÓN (35), USTÁRIZ (36) y ADAM SMITH (37). El primero, XENOFONTE (34), en su obra «de Económica», analiza el trabajo y sus operaciones, investiga el origen de las rentas públicas, recomienda la celeridad y la justicia en las causas de comercio, y da buenos consejos a los agricultores, resumiendo en sí toda la ciencia de su tiempo. El segundo, ESTRABÓN (35), representa el ramo importante de la Estadística: da noticias del comercio de las naciones, de sus riquezas, de sus caminos, de sus barcos, de la prosperidad y decadencia de las ciudades mercantiles, de las leyes, usos y costumbres de los pueblos dados al tráfico. El tercero, USTÁRIZ (36), es el Estrabón español. Su ciencia se levanta sobre el empirismo de los arbitristas, su conocimiento de nuestro comercio, de nuestra marina, es grande y minucioso, y señala ya en sus tiempos los vicios de que adolecía nuestro Gobierno, y que eran rémora a nuestro comercio económico. El último, SMITH (37), es el fundador de la Economía Política. Su gran obra, que tiene por objeto la investigación de las causas de la riqueza en las naciones, su obra, es uno de los maravillosos monumentos del siglo XVIII; él mostró que la fuente de la riqueza es el trabajo; él dió el primer grito de libertad a las naciones mercantiles; él renovó toda la ciencia económica, allegando también los tesoros de los pasados siglos. Xenofonte, Estrabón, Ustáriz, Smith, resumen las principales fases de la Economía Política.

La última figura simbólica de la derecha del trono es la HISTORIA [Sur 7.º]; ésta es una de las figuras en que más brilla el sentido filosófico del señor *Espalter*. Es una joven rubia y de temperamento linfático, señal de que la Historia, fría y severa, no se deja arrastrar por las pasiones. Examina atentamente un pergamino, leyendo con la mirada escudriñadora los secretos del tiempo; y tiene enfrente un libro siempre abierto, siempre dispuesto a grabar los hechos que pasan, imagen viva de la memoria de la humanidad. A lo lejos se ve el horizonte nublado, oscuro como los tiempos antiguos; en primer término, un pedestal, donde brilla

el busto de Jano, símbolo de lo pasado y lo presente; al pie del pedestal, pergaminos, libros, medallas, en representación de las ciencias auxiliares de la Historia, y, destacándose en el horizonte, las pirámides de Egipto, símbolo de la edad oriental; la estatua clásica, recuerdo de la apoteosis del hombre en Grecia: y bajo relieve romano; el luciente casco, símbolo de la guerrera edad media; las balas de cañón, que destruyeron los castillos donde habitaba el orgullo del feudalismo, y despertaron con su estampido la libertad dormida en el seno de los pueblos. Este cuadro admirable, que reúne todas las ciencias auxiliares de la Historia, que pinta y resume magistralmente todos los tiempos, se halla realizado por la figura principal, modesta, sencilla, hermosa, vestida con severidad, representando admirablemente la esencia y la forma de la Historia. A la cabeza del cuadro se halla el nombre de HERODOTO (39); el Homero de la Historia, que separa las edades divinas de las edades heroicas, y escribe con el acento de un semi-dios, con el misterio de un sacerdote; al lado derecho, TUCÍDIDES (40), el historiador artista, pero humano, que pinta los dolores y las angustias, las glorias y los triunfos de un gran pueblo; a la izquierda, TIRO LIVIO (41), el Herodoto romano, cuya historia, más que la vida de un pueblo, encierra, como la ciudad eterna, la vida de la humanidad; y al pie, rematando este cuadro maravilloso, el escritor poeta, el escritor filósofo, el escritor trágico, el sombrío TÁCITO (42), cuyo nombre fué el gran castigo que la providencia mandó a los déspotas, para mostrarles que la historia es severa como la conciencia de la humanidad, e inexorable como la justicia de Dios.

Con la Historia terminan en el muro de la derecha [Sur] las alegóricas pinturas; pero quedan dos compartimientos del techo ocupados sólo por escultura. El primero simboliza la *Literatura* [Sur, 8.º]; el segundo la Astronomía y Ciencias Naturales. En el centro del primer compartimiento aparece HOMERO (45), el pobre ciego que andando de región en región con su lira y sus cánticos, transformó la Teogonía bárbara del Oriente en la Teogonía humana de Grecia, celebró el Triunfo del hombre sobre la naturaleza, mostró el tránsito de la edad oscura de las absorbentes castas, a la edad libre de las ciudades, y de las pequeñas repúblicas; y dejó en sus versos, ora dulces como el acento de una virgen, ora rudos como el resuello de un guerrero, el eterno ideal del mundo artístico. Sobre Homero resplandece PÍNDARO (46), representación de la primer forma de poesía, de la poesía lírica que

antecede siempre al teatro, y es la comunicación del alma con la naturaleza y con su Dios. A la derecha está EURÍPIDES (48), la gran figura que corona la tragedia griega, el sucesor de Sófocles, el que peleó, como Esquilo, en los campos contra los Persas, el que creó el tipo inmortal de Ifigenia, la hermosa virgen ofrecida como víctima inmaculada a los dioses, el que cierra el más grande período literario de Grecia; el que renace, al través del tiempo, en nuestro teatro moderno, y en el inmortal genio de Racine. A la izquierda se ve a PLUTARCO (47), ese autor de las vidas paralelas, que resucita a nuestros ojos, con la vara mágica de su genio, los hombres más grandes de la antigüedad, sorprende hasta las intenciones de su voluntad, hasta los secretos de su conciencia. Al pie, cerrando este cuadro, se ve a TERCENCIO (49), como imagen de la comedia urbana, y la comedia social, de la comedia que más relaciones tiene con el teatro moderno, con Alarcón, Moreto, Tirso y Molière, que son los más grandes autores cómicos de la Literatura cristiana. Están, pues, representadas la poesía subjetiva, la lírica; la poesía objetiva, la épica; y la síntesis de la poesía lírica y de la poesía épica, la poesía dramática en sus dos grandes manifestaciones; la tragedia que se relaciona con lo infinito, y la comedia que se relaciona con lo finito, con la vida práctica, con el mundo.

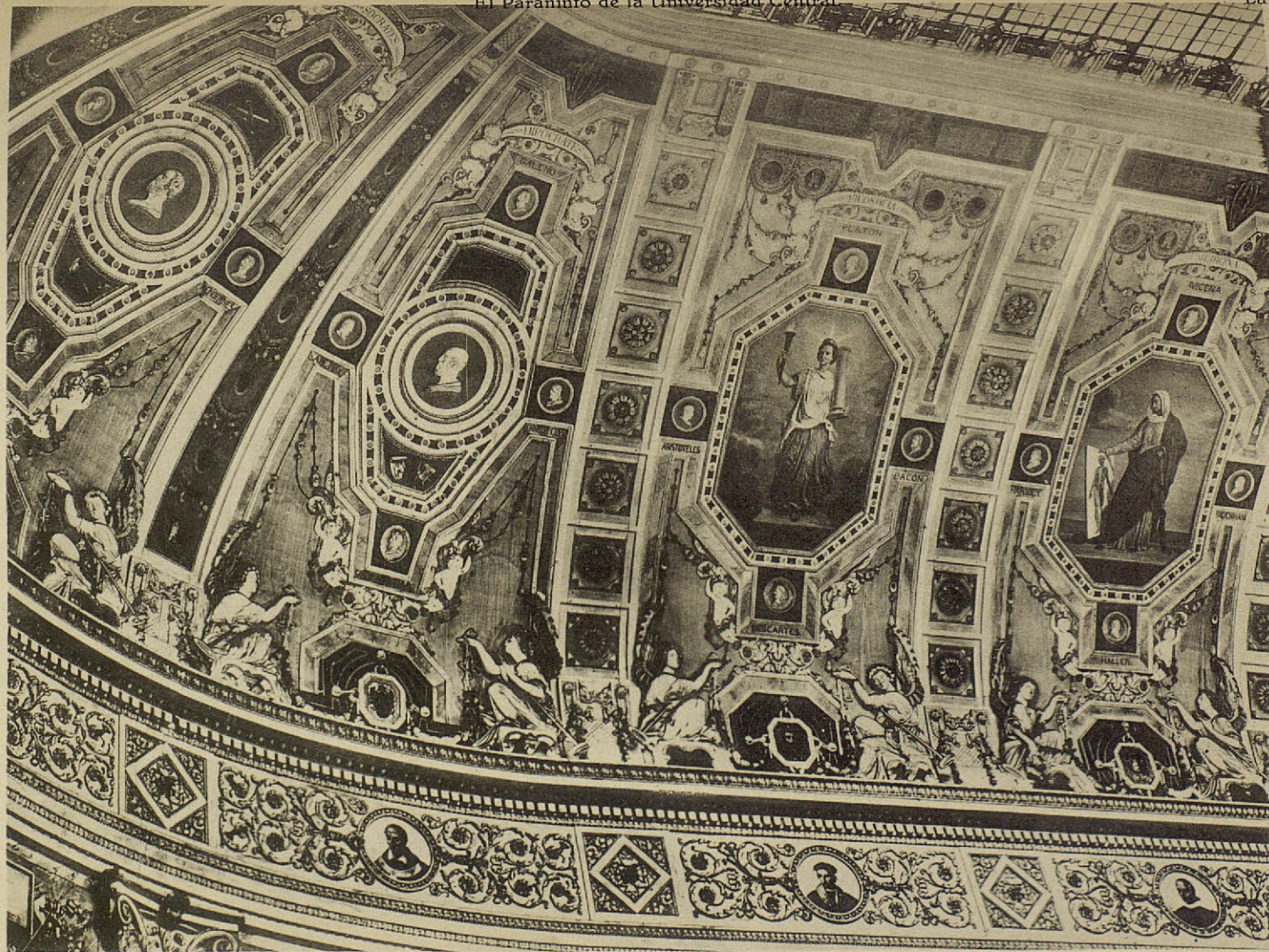
Sigue el compartimiento de la *Astronomía y Ciencias Naturales* [Sur 9.º]: en el centro se halla THALES (51), que representa el espíritu humano, tomando las primeras lecciones de la naturaleza, pegado a la creación como el niño al pecho de su madre, creyendo que el agua ha producido todas las cosas, como la teogonía primitiva imaginaba que Venus, el amor universal, surgió entre las ondulaciones de la blanca espuma de los mares. Sobre Thales se halla HYPARCO (52), astrónomo y matemático griego que aplicó la Geometría a la Astronomía, haciendo así de una ciencia hasta entonces poco menos que empírica, una ciencia racional fundada en leyes universales de la naturaleza y del espíritu; y a estos grandes adelantos unió estudios profundos sobre los equinoccios, la creación de la Trigonometría, de las proyecciones estereográficas, y la invención del primer astrolabio; a la derecha se ve a PTOLOMEO (54), que reunió toda la ciencia de su tiempo y dió nombre a un sistema a que ha dado crédito la humanidad por muchos siglos. A la izquierda se ve a METHON (53), que merece este recuerdo por haber armonizado el año lunar con el solar, por haber inventado el número áureo; y al pie está ERATÓSTENES (55), bibliotecario de Alejandría, que enseñó la oblicuidad de

la eclíptica y la manera de medir un grado de meridiano, y que construyó la primera esfera armilar y el primer observatorio astronómico.

Con los dos compartimientos que hemos descrito concluye el muro [del Sur], el de la derecha del trono. En el muro de la izquierda [el del Norte de la Sala] se ve en primer lugar el compartimiento [SÓCRATES] de la *Filosofía* [Norte 1.º]. A la cabeza brilla el busto de PITÁGORAS (59); este nombre enlaza la ciencia misteriosa de los sacerdotes orientales con el espíritu libre de los filósofos griegos. Su filosofía admite que Dios es la esencia de todo; y la esencia de Dios, el número; y la esencia del número la unidad: en torno de la cual giran, como notas de un eterno cántico en cadenciosa armonía, las ideas, y los mundos, y los soles. En su Filosofía se ve al espíritu levantándose de la naturaleza, donde estaba encerrado y oprimido, a la concepción de la unidad espiritual; idea que rompía todo el materialismo precedente, y asentaba una ancha base para el progreso de la ciencia. Al pie de Pitágoras se descubre el nombre de HERÁCLITO (62), el sublime filósofo cuya tristeza es como el suspiro congajoso del alma, en su continuo esfuerzo para alcanzar la verdad; Heráclito, que llegó a concebir que el verdadero ser es el ser concreto, y a explicar el desarrollo del mundo por oposiciones, de las cuales resulta la eterna armonía, y asentir en su interior un presentimiento de la verdadera conciencia del espíritu humano: esa mónada sublime, que refleja, según el dicho del Filósofo, todo el universo. A la derecha, en la línea horizontal, se ve el nombre de ANAXÁGORAS (60). Poniendo atento oído al rumor de los seres que pasan, y se suceden, continuamente, en perpetuo infenido movimiento; Anaxágoras no puede explicar esta sucesión de los seres y este continuo oleaje de los hechos sino por el impulso de una fuerza superior indefinida, más elevada que el mundo: fuerza que ordena las cosas, y que el filósofo llama ya espíritu, encendiendo así, con su soplo, la llama divina del espiritualismo en el altar de la ciencia. Pero este espíritu eclipsa todo el mundo cuando llega a penetrar en la conciencia de XENÓFANES (61), filósofo cuyo nombre está a la izquierda de Anaxágoras, como principal representante de la gran escuela idealista, de la escuela de Elea. Perseguido por los guerreros persas, soldado de la libertad de su patria, poeta pobre y desvalido como Homero, viviendo de sus cánticos, alimentándose de la sustancia de su propio espíritu, XENÓFANES llega a destruir el mundo material, la naturaleza: mas

es, para levantar a Dios el pensamiento, sobre las ruinas de la tierra y pavesas de los astros. Estos cuatro filósofos personifican los cuatro grandes movimientos de la antigua ciencia humana. PITÁGORAS es el hombre levantándose del seno de la tierra; HERÁCLITO, la lucha interior del hombre para comprender su naturaleza y su vida y el anuncio del espíritu; ANAXÁGORAS, el nacimiento de la idea del espíritu en la conciencia humana; XENÓFANES, la contemplación de sí mismo, en que se absorbe el espíritu al nacer en filosofía, recreándose en su existencia. Toda la filosofía se resuelve, se resume en el nombre que está en el centro del compartimiento, en SÓCRATES (58). Este filósofo revela el secreto del espíritu humano; enseña al hombre a convertir los ojos a su vida interior, descubre los misterios de la conciencia; funda la verdad, no en la naturaleza, sino en el inmediato conocimiento del espíritu, al cual no llegaron nunca las negaciones del escepticismo; muestra que la razón es la voz de Dios en el alma, y la conciencia, la voz de Dios en la vida; funda la fe en el propio criterio, cegado antes por los resplandores del mundo material; levanta sobre todos los oráculos, el eterno oráculo del juicio humano, sobre todos los sacerdotes del paganismo el eterno sacerdote, el pensamiento; separa la esencia del accidente, la ley del fenómeno; dirige la razón al conocimiento de lo verdadero, y la voluntad a la práctica de lo justo; levanta la verdad, la bondad y la hermosura, como seres en sí, sobre todo lo variable y contingente; pone sobre las leyes de su tiempo el principio de justicia, que la razón enseña y la conciencia aprueba; y de esta suerte, por un esfuerzo incomprendible de su genio, se eleva a negar el paganismo: negación sublime que es la causa de su muerte, de aquella muerte tan amarga, pero tan grande, en que el filósofo prueba al expirar, con la sonrisa en los labios y la serenidad en el rostro, que la verdadera luz de la vida nunca anochece para el justo. Sócrates debía relucir en el centro de Pitágoras, Heráclito, Xenófanes y Anaxágoras, que fueron sus profetas, como el genio superior que mostró al hombre la tierra prometida de la ciencia.

Sigue, al compartimiento de la Filosofía, el compartimiento de la *Medicina* [Norte 2.º]. En el centro se ve el busto severo del sublime viejo de Cos, de HIPÓCRATES (64), que es en Medicina lo que Homero en Literatura, lo que Sócrates en Filosofía. Su vida fué el sacerdocio continuo de la ciencia. Su nombre señala el tránsito de la Medicina empírica a la medicina científica, de la medicina teocrática a la medicina humana. Hipócrates abandona



Espalter, pintor (1809 †1880) y Ponzano, escultor (1813 †1877). Sectores de la bóveda y del friso, (de izquierda a derecha) 1.º, 2.º, 3.º y 4.º del lado del Norte: de Sócrates, Hipócrates, la Filosofía y la Medicina, respectivamente. Enfriso, retratos de Antonio Agustín, Luis Vives y Francisco Vallés.

los sortilegios mágicos del Oriente, propios de la infancia de toda ciencia, y apela al estudio profundo de la vida y de la naturaleza. La observación es su gran criterio, la observación que es la llave del mundo material. Así era cirujano y médico, teórico y práctico, reuniendo los dos grandes caracteres, la idea y el hecho; porque el hecho, la práctica de la medicina, sin la idea, es el empirismo ciego; y la idea, sin la práctica, sin el hecho, es como una sombra que se pierde en lo abstracto y en lo vacío. El médico debe derramar sus pensamientos, su ciencia, como un oloroso bálsamo en el cuerpo dolorido del hombre. Estudió Hipócrates, guiado por estos grandes propósitos, la naturaleza material humana; la influencia de los aires, las aguas y los lugares en la salud; y redujo todas sus observaciones y todos sus estudios a reglas generales en sus Aforismos, que son hoy axiomas de la ciencia. Su nombre debía ocupar el centro, como la piedra angular de la Medicina. Sobre el busto de Hipócrates brilla el de GALENO (65), médico insigne que vivió en tiempo de Marco Aurelio; que tuvo también por norma de su ciencia la observación de la naturaleza; que amplió el estudio de la gran ciencia del curar, en la ancha base de los conocimientos anatómicos, que embebido en la contemplación del cuerpo humano, prorrumpió en cánticos sublimes al Creador, delante de esta organización privilegiada del hombre, que comprendía todas las maravillas de la naturaleza. ARETEO (66) es el busto de la derecha de Hipócrates en la línea horizontal; Areteo, que ha sido llamado el Rafael de la Medicina. A la izquierda se ve a CORNELIO CELSO (67), el Hipócrates latino, el gran escritor, denominado por su elocuencia Cicerón de la Medicina: el gran cirujano, el filósofo que reunió todos los conocimientos de su época. Al pie se encuentra CELIO AURELIANO (68), célebre por sus grandes obras y su extraordinaria ciencia. Estos cinco nombres resumen los progresos de la Medicina en los antiguos tiempos.

Sigue al compartimiento de Medicina la figura simbólica que representa la FILOSOFÍA [Norte 3.º]. Es una virgen hermosa como la ciencia que personifica, robusta como la razón; una virgen que se presenta en actitud de andar, de moverse, pues el progreso continuo es el alma de la Filosofía, que nunca reposa, como no reposa nunca el inquieto y audaz pensamiento del hombre; tiene la mirada fija en el punto que intenta descubrir, y tan penetrante, que llega sin duda hasta la esencia de las ideas y de los seres; lleva en la mano derecha la antorcha de la razón, cuya suave cla-

ridad aleja las sombras, que huyen y se desvanecen allá en el fondo del cuadro, y en la mano izquierda una columna para indicar la solidez de sus principios; su frente irradia resplandores celestes; su traje es griego y trasparente, que indica el origen clásico de la Filosofía y la transparencia de la verdad. Sobre la figura de la Filosofía descúbrese el busto del inmortal PLATÓN (71). Su nombre debía resplandecer ahí como en señal del esfuerzo sobrehumano de la Filosofía para penetrar en lo eterno, en lo inmutable, y arrancando el velo de lo sensible, de lo material, contemplar a Dios frente a frente en arrobamiento divino, viendo en el ser infinito la realidad de la hermosura y de la verdad, la fuente de la vida, la luz del alma, el inmenso sér que contiene en sí las ideas y los seres contingentes, y en cuya presencia es pálido fulgor la hermosura que se encuentra en la naturaleza, vana sombra de la verdad que le es dado allegar al hombre. A la derecha se ve el busto de ARISTÓTELES (72). Este filósofo representa una nueva faz del espíritu, es observador, es práctico, es humano, es universal. Su filosofía se eleva del conocimiento de las cosas al conocimiento de Dios. Su mente no estudia lo general sino después de haber estudiado lo particular; no llega a la ley, sino después de haber conocido el fenómeno. Aristóteles no abarca la naturaleza en una síntesis; la estudia en sus determinaciones, en sus individualidades; no va arrobado en pos de la hermosura ideal, la busca en la naturaleza y en el arte; no modela toda sociedad en su conciencia, la modela en sus leyes y en sus tradiciones; y siendo adorador de un Dios, proclamando la existencia del espíritu, admitiendo verdades universales independientes de los sentidos, representa la observación y la experiencia, el sentido común, el criterio seguro, que sujetándose a las condiciones del hombre, no se pierde como Platón en los inmensos espacios; antes reina como absoluto dueño en la esfera de lo contingente, aquí en la tierra. A la izquierda se ve a BACON (73), al filósofo que aplica el criterio de la observación a las ciencias experimentales, y mata las hipótesis que habían hecho de las ciencias exactas una astrología judiciaria, o una leyenda maravillosa, en que faltaba todo el resplandor de la razón y de la verdad. Bajo el cuadro, al pie, se halla DESCARTES (74), cuyo nombre separa la Filosofía de la edad media de la filosofía de los tiempos modernos. Descartes resume la ciencia precedente. Por su empeño en volver la base del conocimiento a la conciencia, es como Sócrates; por su espiritualismo, como Platón; por su co-

nocimiento de la naturaleza, como Aristóteles; por su manera elocuente de hablar de Dios, como San Anselmo y San Agustín; y su Filosofía, además, encerraba en sí, ya como un presentimiento, el misticismo de Melebranche y la razón severa y elevada de Leibnitz; siendo el epílogo de un mundo y el prólogo de otro mundo más grande. Platón y Aristóteles son las dos fases de la Filosofía antigua; Bacon y Descartes, las dos fases de la Filosofía moderna; y todos han unido al espíritu del hombre con la naturaleza y con el Criador.

A la figura que representa la Filosofía sigue la que representa la MEDICINA [Norte 4.º]. Es una matrona de edad madura, para significar que en Medicina se necesita mucho la experiencia. Mira con amor una figura anatómica grabada en una tabla, la cual descansa sobre un libro, en el que se lee el nombre de Hipócrates. Apoya la mano izquierda en el bastón del Esculapio, cuyos nudos representan las dificultades de la ciencia, y cuya serpiente representa la sagacidad que necesita el Médico. Sobre la figura se ve el busto de AVICENA (76), el célebre médico árabe que introdujo a un tiempo en Europa el estudio de las ciencias aristotélicas y de las ciencias naturales; Avicena, cuyos cánones y preceptos fueron en la edad media la base principal de la enseñanza, tanto en Europa como en Asia. Avicena, pues, representa la Medicina en la edad media. A la derecha se ve el nombre de HARVEY (77), unido a los progresos de la Medicina moderna, una de sus más preclaras glorias. Dió una importancia extraordinaria al estudio fundamental de la Medicina, a la Anatomía, y descubrió y esclareció las leyes de la circulación de la sangre, antes presentidas por el desgraciado español, el inmortal Servet. A la izquierda se ve el nombre de HALLER (79), sabio suizo poeta y naturalista de fecundidad prodigiosa, que dilucidó admirablemente más de mil doscientas cuestiones sobre Botánica, Anatomía y Fisiología, y que estudió los misterios de la respiración y la generación. Cierra el cuadro SYDENHAM (78), médico inglés cuyo esclarecido nombre lleva un medicamento en nuestros días. Estos sabios, que han estudiado una de las ciencias más difíciles y más útiles, que han descubierto los misterios de la privilegiada organización del hombre, y sorprendido los secretos de la vida, que han mejorado la condición humana, aliviando grandes dolores, destruyendo penosas plagas; esos sabios consagrados a la humanidad, después de haber pasado su vida entre las lágrimas y el dolor, y los quejidos de los mortales, vida sublime de abne-

gación y sacrificios, merecen un recuerdo inmortal en el templo de la ciencia; porque todas las grandes manifestaciones del espíritu humano son igualmente respetables a los ojos de la razón y de la historia, y todas igualmente provechosas al mejoramiento y progreso de la humanidad.

Sigue a la figura de Medicina la de FARMACIA [Norte 5.º]. Es también una matrona que muestra en su edad madura su experiencia. Está observando minuciosamente la naturaleza. Tiene en la mano derecha una culebra, que se abalanza a beber el licor guardado en una taza que ostenta en la mano izquierda. Lleva la cabeza cubierta con un paño y está arrimada a un pedestal, donde se ve el busto de Esculapio, en señal de las relaciones que la Farmacia tiene con la Medicina. En el suelo se ven adormideras, retortas, la máquina de hacer éther y otros instrumentos necesarios a esta ciencia. Era difícil expresar el símbolo de la Farmacia, y el señor *Espalter*, separándola de la Medicina, de las Ciencias naturales, y uniéndola al mismo tiempo en todas sus relaciones, ha mostrado, no sólo la riqueza de su inspiración, sino también la severidad matemática de su talento. TROMSDORF (82), SCHÖLL (83), KLAPROT (84) y LEMERY (85), rodean esta figura. TROMSDORF (82), ocupa el principal lugar, para indicar la necesidad que tiene la Farmacia de la Química. SCHÖLL (83) es un célebre químico también, que descubrió el oxígeno, el cloro, el manganeso, y a quien puede llamarse el creador de la Química orgánica, de esa ciencia que, estudiando los cuerpos, auxilia a sorprender los misterios de la organización y de la vida. KLAPROT (84) merece el recuerdo que le consagra la ciencia por haber dado al progreso de los conocimientos humanos un sistema mineralógico fundado en los principios constitutivos de los minerales. LEMERY (85), célebre por su ciencia y por sus desgracias, dió una nomenclatura a los diversos elementos empleados en la Farmacia.

La figura de las CIENCIAS NATURALES [Norte 6.º], que sigue a la de Farmacia, es radiante de hermosura. Representa una joven robusta, llena de vida, morena por los besos ardorosos del sol que ha recibido en su rostro, vestida de mil colores como los alados insectos, como las pintadas aves, como los escamosos peces, como las gayas flores; inclinada hacia la diosa Isis, es decir, hacia la madre naturaleza; apoyada en una peña en actitud de reposo, como enseñando que le han costado largos trabajos, y sobre todo, largos riesgos, sus varios conocimientos; con un pie apoyado en un montón de minerales, y rodeada de los frutos

que dan de sí los campos, mientras en el cielo que la corona se ven los reflejos de un volcán que forma el fondo de este inspirado cuadro, lleno de vida como una mañana serena de primavera, y de poesía como una noche de estío. Campea sobre la figura el nombre colosal de GALILEO (87). Naturaleza, fiel a sus pensamientos, magnetizada por su mirar, respondió siempre a las preguntas y a los conjuros de este genio inmortal. El dotó, con el telescopio, de un sentido más al hombre, levantándole hasta el centro de las esferas celestes; él demostró con el péndulo el movimiento de la tierra, y le señaló la triunfal carrera que sigue en los infinitos espacios; él mereció que cielo y tierra le confiaran sus más recónditos secretos, y de esta suerte es el gran profeta, el gran revelador de la naturaleza. HUYGENS (88), que está a la derecha, es un físico que estudió el péndulo, y aplicándole a los relojes, contó las pulsaciones del tiempo, y anotó en el papel la música divina de los astros. LAVOISSIER (89), que está a la izquierda, es fundador de la Química pneumática; genio feliz que descubrió en sus retortas la impalpable esencia de la materia, que analizó el aire respirable y la combustión, y descompuso el agua; mártir, que, en la triste hora de su muerte, pedía a sus verdugos un instante más para descubrir otro secreto, para conocer otra verdad; representante de los progresos de la Química en nuestros tiempos, de la Química, que ha dado tantos elementos al comercio, y tan ricos auxilios a la industria, probando una vez más la utilidad positiva de las ciencias. El nombre de LINNEO (90), que cierra el cuadro, simboliza la gran reforma de las ciencias naturales; porque Linneo, abrazando en su mente los dispersos fragmentos del mundo orgánico, y del mundo inorgánico, les dió una ley en su elevado pensamiento. GALILEO (87), HUYGENS (88), LAVOISSIER (89) y LINNEO (90) representan las cuatro grandes fases de las ciencias físicas y exactas.

Cierra este muro la figura de la ASTRONOMÍA [Norte 7.º]. Es una hermosa matrona que lleva una corona de estrellas, y que se destaca de un horizonte en cuyo fondo reverbera la luz del sol poniente. Sus ojos se pierden dulcemente en lo infinito; su rostro tiene el sello de profunda meditación; su brazo derecho está apoyado en un pedestal, y su mano sostiene un compás, con el que ha trazado varias figuras geométricas, como para detener en aquellas líneas el movimiento de los astros y estudiar esas dulces notas de la eterna música que forman las esferas celestes. Al frente de la figura, en un pedestal, se ve la esfera armilar, y en

el suelo un telescopio: ese nuevo sentido del astrónomo, y varios instrumentos de matemáticas; porque al fin las Matemáticas son como la astronomía del alma. Lleva esta figura un traje egipcio, para indicar que en los orillas del Nilo, y en los primitivos imperios que registra la historia de la humanidad, el hombre buscaba ya con ávidos ojos el secreto de los mundos, como si el centro de gravedad estuviera para las almas en el cielo. Rodean esta figura los nombres de COPÉRNICO (93), KEPLER (94), TICHO-BRAHE (95) y NEWTON (96). El nombre de COPÉRNICO es como el prólogo de la moderna Astronomía, como la primer palabra de esta ciencia en nuestros tiempos. Copérnico es en la Historia de la Astronomía lo que Bacon en la historia de las Ciencias experimentales, y Descartes en la historia de las Ciencias especulativas. El gran sabio vió el sol fijo en el centro del Universo, y mostró la tierra y los astros bañados por su luz, atraídos también y suspendidos en los espacios por su fuerza. La ciencia moderna no ha hecho más que demostrar esta verdad ¹⁶. El nombre de KEPLER (94) merece también el lugar en que campea, y el recuerdo que le consagra el arte. El descubrió las leyes del movimiento de los astros, y de sus armonías; enseñó a calcular las revoluciones de los planetas; señaló con mano firme la órbita que el dedo de Dios ha trazado a los mundos, vió a Venus y Mercurio pasar sobre el disco del sol, escribió las Tablas de Logaritmos para leer en el pensamiento la astronomía del cielo, y descubrió las leyes de las esferas celestes; levantándose en alas de su pensamiento a Dios, de cuyo templo son como áureos vasos los mundos: a Dios, el gran artista del Universo, el gran pintor de la naturaleza, el gran escultor del hombre, el gran músico de las esferas. TICHO-BRAHE (95), que está al lado de Kepler, fué compañero y amigo de este sabio, y pasó su vida leyendo las estrellas en Uraniemburg, Observatorio Astronómico levantado en los helados mares del Norte, y allí escribió la teoría de la Luna y estudió el movimiento de los cometas. Al pie de todos se ve el nombre más célebre en la ciencia moderna, el nombre inmortal de NEWTON (96). Su alma es como un astro de primera magnitud, que señala nuevos rumbos a la ciencia. Newton impulsó el Algebra, calculó lo infinito; del hecho sencillo de la caída de una manzana, al desprenderse del árbol, dedujo las primeras ideas sobre la gravitación univer-

¹⁶ Sólo que el Sol, lo sabemos hoy, no fijo tampoco, ni ninguno de los cuerpos celestes; todos en «eternas» figuras de baile, para nosotros escrupulosamente matemático.

sal; descompuso la luz y estudió los secretos de la Óptica, explicó el movimiento de la tierra alrededor del sol, el movimiento de la luna alrededor de la tierra, el flujo y reflujo de los mares; de suerte que la naturaleza no tuvo secretos para su genio inmortal.

Al concluir las cinco grandes figuras, sigue el compartimiento de *Farmacía* [Norte 9°], en que se ve en el centro el busto de DIOSCÓRIDES (98), médico griego de Sicilia del siglo primero de nuestra era que escribió sobre materia médica y sobre fuentes para el conocimiento de la Botánica, siendo un verdadero modelo en su lengua; a la derecha, el busto de SERAPIÓN (100), célebre naturalista, amigo de Plutarco, médico y poeta; a la izquierda, ABENZOAR (101), médico español, de origen árabe, de religión judío, que dejó un libro cuyo título era «Rectificatio medicationis el regiminis»; en la extremidad superior de la línea vertical se ve el busto de MESSUE (99), médico de aquellos gigantes que crearon el gran pueblo de los Almohades, terror del mundo, sabio que escribió una farmacopea; y en la extremidad inferior de la línea se ve el busto de ERÓFILO (102), el verdadero creador de la Anatomía.

Sigue a este compartimiento el de *Ciencias físicas y naturales* [Norte 9.º], con que concluye el muro de la izquierda [de la presidencia]. En el centro está THEOFASTRO (105), fecundo naturalista que escribió numerosísimos tratados, especialmente sobre Historia de las plantas, siendo su sistema como el precedente de PLINIO (106), aquel célebre naturalista que escribió la Enciclopedia de su tiempo, que nos dió a conocer el estado de la industria y de las Artes, y al mismo tiempo los progresos de la Botánica, de la Mineralogía y de los demás ramos importantísimos de la ciencia; mártir de su amor al saber, que murió abrasado por las llamas del Vesubio. A la derecha se ve a EUCLIDES (108), el célebre matemático cuyo nombre se repite aún todos los días en las escuelas. A la izquierda resplandece ARQUÍMEDES (107), el gran físico que desecó las lagunas del Nilo; el portentoso mecánico que movió cuerpos inmensos con sus máquinas; el matemático que estudió las esferas, los cilindros, los círculos; mártir también, también desgraciado, como sucede casi siempre a los hombres de elevado espíritu y de gran corazón, en la tierra. Al pie del cuadro se ve el nombre de ARNALDO DE VILLANUEVA (109), sabio del siglo XIII, catalán, según el común sentir, médico, astrólogo, químico, hombre que representa admirablemente la ciencia de su siglo.

Con este compartimento acaba el muro de la izquierda del trono.

Al pie del Salón, *frente al solio*, se ve el retrato de doña ISABEL LA CATÓLICA (2) [Este]; esa mujer extraordinaria que corona la edad media, forja nuestra nacionalidad, destruye los últimos reductos y fortalezas del árabe enemigo, aplasta la cabeza de la serpiente del feudalismo, levanta al estado llano al Gobierno, y a los tribunales, amenaza a los africanos en sus mismas guaridas, triunfa en el Mediterráneo y en Italia, descubre una nueva creación escondida entre las ondas del ignorado océano, lleva la luz del Evangelio a remotas desconocidas playas, levanta a las Universidades, protege el nuevo árbol de vida del espíritu humano, la Imprenta, y lleva sobre sus sienes gloriosísimas el resplandor de los futuros siglos, levantándose como una estatua ideal entre las ruinas de la edad media y el nacimiento de nuestros tiempos.

Hemos concluido esta descripción larga, y difusa, y desaliñada; mas la inmensidad del objeto es nuestra única disculpa. Como se ve con sólo parar mientes en la descripción, se trata de la personificación de todas las Ciencias, de su Historia inmortal, de sus progresos; de los hombres que las han ilustrado con su gloria, de los genios, de los mártires que señalan sus transformaciones y sus triunfos, y esta materia es tan vasta como toda la historia, y tan profunda como el humano espíritu.

El Excmo. Sr. Marqués de San Gregorio ¹⁷, cuyo celo por el esplendor de la Universidad nunca será encarecido cual merece, ha contribuido, contando con el auxilio del Gobierno, a la conclusión de una obra de que tanta gloria han de reportar las Ciencias y las Artes españolas. Los dignísimos Catedráticos de la Universidad don Pedro Sabau, don Alfredo Adolfo Camús, don Pascual de Gayangos, don José Amador de los Ríos, don Fernando de Castro, don José Camps y Camps, don Juan Castelló, don Venancio González Valledor, don Eduardo Palou, don Manuel Colmeiro, don Antonio Aguilar y don Miguel Colmeiro, han contribuido con sus sabios consejos y sus luces a que los dos artistas escribieran esta nueva página en el libro inmortal de nuestras glorias. Reciban todos el agradecimiento que merecen por tan sublime obra.

EMILIO CASTELAR

¹⁷ Véase luego la nota «(110)».

Hasta aquí, íntegro, el texto suyo: de Castelar.

Han pasado bastantes años para poder ser ya necesario decir algo de esta citada Comisión: escogida para juzgar la selección de los sabios del techo.

Don Pedro Sabau Larroya, catedrático de Derecho. N. en 1808. M. en ?. Fué Rector en 1843-45.

Camús (hijo de un «convencional» francés) nació en 1797; llegó tarde a catedrático de la Central, por su gran cultura clásica, en 1868, y murió en 1889. Yo, de estudiante, aún le tuve una vez en tribunal de exámenes libres de la Facultad de Filosofía y Letras.

Don Pascual Gayangos, singularmente docto orientalista y bibliófilo, nació en Sevilla, 1809; m. en Londres, en 1897.

Don José-Amador de los Ríos, n. en Baena, 1818; m. en Sevilla, 1878. Había estudiado en los Jesuítas de San Isidro, de Madrid: prolífico historiador.

Don Fernando de Castro, catedrático de Historia, sacerdote, religiosísimo, pero herético al final, y «creador» de otro cristianismo; nació en 1814; murió en 1874. Fué Rector en 1868-70.

Don José Camps y Camps, nació en Barcelona, 1795; m. en Madrid, en 1877; catedrático de Farmacia; fué Rector.

Don Juan Castelló y Roca, Catedrático de Medicina, nació en 1798; murió en 1843.

Don Venancio González Valledor, catedrático de Física, uno de los fundadores del Real Academia de Ciencias; m. en 1867.

Don Eduardo Palou: en texto posterior mentado !... Catedrático de Teología.

Don Manuel Colmeiro, economista famoso, catedrático de Derecho: nació en Santiago, en 1818; m. 1894.

Don Antonio Aguilar y Vela, catedrático, astrónomo, nació en Madrid, en 1820; m. en 1882.

Don Miguel Colmeiro, botánico famoso, n. en Santiago, en 1816; m. 1901. Fué Rector en 1890-94.

Notas biográficas, adiciones al texto de Castelar

O E S T E

(1) Isabel II nació en 1830, reina de España, a poco, en 1833, con Regencia; mayor de edad (¡de trece años!) en 1843; perdió el trono a sus treinta y ocho años, en 1868, tras de veinticinco años de reinado personal; murió en Francia, en 1904, a los setenta y cuatro años de edad y treinta y seis de destronamiento.

E S T E

(2) Isabel la Católica, Reina de Castilla, esposa del Rey de Aragón: los Reyes «Católicos». Nació en Madrigal, en 1451. Reina de Castilla en 1474, de veintitrés años; muerta, de cincuenta y tres, en 1504: treinta años de glorioso reinado.

S U R 1.º

(3) San Isidoro, Metropolitano de Sevilla. Nacido en (?) Cartagena, en 560. Murió de setenta y seis años, en 636. Polígrafo, el más sabio de los escritores de los primeros siglos de la Edad Media: por sus escritos «Etimologías», salvada una parte considerable de la Sabiduría de la antigüedad.

(4) San Atanasio. Nació entre el año 295 y el 299 (?); murió en 373. Patriarca de Alejandría. En el Concilio de Nicea, frente a la gran herejía, y propagadísima, de los arrianos; por lo cual, apellidado «columna de la Iglesia» y «médico de sus heridas».

(5) San Justino, filósofo platónico antes de su conversión; griego, nacido en Naplusa (Samaria, Palestina), por el año 100; suyas las «Apología de la Religión Cristiana», la grande y la chica. Caso es rarísimo en Roma, el de la conservación del texto de su acta de martirio. De él es la frase de tener por apoyados en subpedáneo los pies de Cristo cuando fué crucificado.

(6) San Juan Crisóstomo («boca de oro» significa la palabra). Años 347 a 407. Nacido en Antioquía, Patriarca famosísimo de Constantinopla en 398; extraordinario orador de Corte, por ella desterrado, murió en Comana en el Ponto.

(7) San Clemente, Papa del 91 al 100 (?), o más seguros 102 ó 101. Hoy dúdase de sus predecesores, San Lino y San Cleto o Anacleto, que, como San Clemente, fueron, como a la vez, consagrados por San Pedro. Murió desterrado al Mar Negro. De sus muchos atribuídos escritos, sólo es seguro

la importante epístola suya a los corintios (por el año 96 escrita). De él, el único testimonio concreto de la presencia en España de San Pablo.

(8) San Ildefonso, natural y arzobispo diez años de Toledo, nació en 607 y murió en 666. Discípulo de San Isidoro de Sevilla; monje junto a Toledo. Escribió el tratado de la «Virginidad perpetua de María».

SUR 2.º

(9) Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y electo y fracasado Emperador del Sacro Romano Imperio. Doctísimo historiador y codificador, en castellano, y notabilísimo poeta, en gallego. Rey en 1252, murió en 1284.

(10) Rey fundador de Universidad en España: Alfonso V el Magnánimo, de la de Barcelona (también, por cierto, de la de Catania, en Sicilia). Fué el conquistador del Reino de Nápoles, y allí, uno de los más famosos Príncipes Mecenas del Renacimiento.

(11) Solón, uno de los apellidados «Siete Sabios de la Grecia», legislador de Atenas, gobernándolo gloriosamente. Parece nacido por el año 640 y muerto en 558 antes de Cristo.

(12) Minos, rey de Creta, antiguo legislador en la admirable Creta proto-histórica; luego mitológicamente creído Juez de los Infiernos, juntamente con Eaco y Radamanto.

(13) Licurgo, el creído, famosísimo legislador de Esparta. Viajó mucho, que es como se aprendía mucho; se le supone viviendo en el siglo IX antes de Cristo.

(14) Numa Pompilio, 2.º legendario rey de Roma, aconsejado por la Ninfa Egeria, para mayor autoridad. Supónese su gobierno de 714 a 671 antes de Cristo.

(15) Servio Tulio, 6.º de los legendarios reyes de Roma. Supónesele gobernándola entre 578 y 534 antes de Cristo.

SUR 3.º

(16) Melchor Cano, dominico español. Nació en Tarancón, 1509; murió en Toledo, de cincuenta y un años, en 1560. Su padre, viudo, fuera confesor de las hermanas de Felipe II (murió en Viena). El hijo, fraile dominico, doctísimo escolástico, tremendo contradictor de herejes, y, creyéndolos sospechosos, de los jesuitas también. Catedrático de Alcalá.

(17) San Jerónimo, el apologista vigoroso y aun violento, uno de los llamados «Cuatro» Santos Padres de la Iglesia Latina. Escriturario, traductor al latín de la Biblia («Vulgata»). Vivió por los años 331 a 420. Nació en Strigonia (?), Balkanes; vivió en Roma y, sobre todo, y eremita, en Palestina.

(18) San Agustín, Obispo de Hipona (Túnez). Nació en 354; murió en 430. Incomparable escritor, el mayor de la Literatura patristica. Sus mayores libros, «Ciudad de Dios», «Confesiones» y «La Gracia».

(19) Gregorio IX, Papa catorce años, 1227 a 1241, uno de los más poderosos del imperialismo papal. Encargó a los dominicos la Inquisición a crear, y al español San Raimundo de Peñafort la codificación de las Decretales, y tuvo, en su vejez acentuada, tremenda lucha con el Emperador Federico II.

(20) Santo Tomás de Aquino, fraile dominico, nació en Rocca (Sur de Italia), en 1226, y murió de sólo cuarenta y ocho años, en 1274. El mayor sistematizador del escolasticismo, a la vez filósofo y teológico: las «Summas».

SUR 4.º

(21) Covarrubias y Leiva, Diego, nació en Toledo en 1512; murió en Madrid en 1577, de setenta y cinco años; Presidente del Consejo de Castilla, la primera «cartera» del Imperio español. Alumno y profesor antes de la Universidad de Salamanca, que él reformó; Obispo y Arzobispo de varias sedes, de la de Segovia al fin de sus días; como gran juriconsulto romanista, apellidado el «Bártolo» español.

(22) Prelado fundador de una Universidad en España: Valdés, de la de Oviedo.

(23) Papiniano (Emilius). Juriconsulto cumbre en el Derecho romano: las «Pandectas» reproducen muchísima doctrina suya. Le mandó matar, en 212, por negarse a redactar apología del fratricidio de Geta, el emperador hermano Caracalla.

(24) Alfonso X. Rey de Castilla, uno de los repetidos en el Paraninfo: aquí como juriconsulto, especialmente; como autor «titular» de las «Siete Partidas». Véase, al número 9, su elección imperial, en Tréveris, en 1257.

(25) Triboniano. El juriconsulto mayor y compilador de los Códigos de Justiniano, por quien era Prefecto del Pretorio; presidió la redacción del «Digesto» (o en palabra griega, «Pandectas») y el consiguiente libro escolar, la «Instituta». Al servicio del monarca desde 528...534; fallecido en 545.

(26) Hugo Grocio («Van Groot»), holandés; nació en 1583 y murió en 1645. Autor del famoso libro «Del Derecho de la Guerra y de la Paz»; antes tenido por creador del Derecho Internacional, por olvidadas las fuentes del mismo escritor en los tratados de nuestros teólogos moralistas del siglo XVI, que él estudió.

SUR 5.º

(27) Lope de Vega, el genio mayor y el más espontáneo y más fácil de la Literatura universal, amena y poética; pero siempre inverosímilmente improvisador. Aparte muchos poemas, novelas y poesía lírica, se le suponen 2.200 dramas, comedias y autos, subsistente aún el texto de 400. N. en Madrid en 1562; donde murió con ecos de conmoción europea en 1635, a sus setenta y tres años.

(28) Virgilio. Nació el año 70 antes de Cristo, junto a Mantua, Norte de Italia; protegido de Octavio Augusto y de Mecenas, murió el año 19 antes de Cristo, sin dar por concluida la «Eneida», primoroso gran poema épico, tras las huellas del griego Homero. Tras las de Teócrito, sus Egoglas, perfectas; autor del poema didáctico, agrícola, las «Geórgicas».

(29) Demóstenes, el máximo de los oradores de la Grecia, sobre todo por sus discursos contra Filipo de Macedonia. Nació en 384; murió en 322 antes de Cristo.

(30) Cicerón, Mario Tulio, el mayor orador latino forense y político. Nació junto a Arpino, en 106 antes de Cristo. Desbarató, con su mejor improvisación, la conjuración de Catilina a hizo ejecutar a sus cómplices, y por ello hecho «padre de la patria» romana. Fué pompeyano, antes de Farsalia y luego de Julio César. Murió de asesinos enviados por Antonio, al crearse el 2.º triunvirato, año 43 antes de Cristo. Prosista incomparable

(31) Dante Alighieri, el mayor poeta de toda la Italia y todos los siglos, por su «Divina Comedia». Nació en Florencia, en 1265; y murió, en largo destierro político, en Ravenna, en 1321. Su musa, inasequible, Beatriz: la hija malograda de Folco Portinari, que él inmortalizó, cual lo más exquisitamente puro de la Literatura de toda la Edad Media.

S U R 6.º

(32) Campomanes (Pedro Rodríguez..., Conde de). Nació en Asturias, en 1723; murió en Madrid, en 1803, de ochenta años. Hombre de Administración, en los días que ahora se llaman de la «ilustración». Ministro principal, «Presidente de Castilla», en 1786, antes Fiscal del mismo principal Consejo desde 1762. Veintiocho veces elegido Director de la R. Academia de la Historia. Fundador de las Sociedades Económicas de Amigos del País, y... de los Alcaldes de barrio de Madrid.

(33) Arzobispo Fonseca, fundador de la Universidad de Santiago.

(34) Xenofonte, discípulo de Sócrates, como filósofo, pero más historiador: «Anábasis», «Ciropedia», «Dichos de Sócrates» Intervino en la guerra del Peloponeso y en la retirada de los Diez Mil, y en Coronea. Nació entre 430 y 425, y murió en 352 antes de Cristo.

(35) Estrabón, geógrafo griego, de Amasa en el Ponto (Asia Menor). Preciosa la obra suya «Geographica», felizmente conservada la parte de España, en estudio siempre preferentemente económico. Nació por el año 63 antes de Cristo y murió el 23 después de Cristo.

(36) Ustáriz (Jerónimo), economista español, que nació en el último tercio del siglo XVII, en Santisteban, y murió entre 1730 y 1742. Viajó de estudio de lo económico real por Francia, Italia, Países Bajos, Alemania, y recorrió toda España. Tuvo cargos incluso de Consejos, incluso el de Indias, y en 1724 encargado del de Guerra y el de Hacienda: su libro informativo, el de «Teoría y Práctica del Comercio».

(37) Adam Smith, escocés, nació en 1723, murió en 1790. El sistematizador racionalista de todo lo Económico: el trabajo, la fuente de la riqueza; el valor, a sólo el juego de la oferta y la demanda; el comercio, libre a la sola competencia: «La Riqueza de las Naciones», su famosísimo libro.

S U R 7.º

(38) Mariana (el Padre Juan de), de la Compañía de Jesús y su ingenio más independiente. Nació en Talavera de la Reina (provincia de Toledo), en 1537; murió en 1624: «Historia de España», su mayor publicación.

(39) Erodoto nació por el año 484 y murió en 425 antes de Cristo. Natural de Halicarnaso, en la Grecia del Asia Menor; viajó mucho por estudiar, y se le apellidó en toda Grecia «el Padre de la Historia».

(40) Tucídides. El mejor historiador griego; lo fué, y testigo presencial, de la Guerra del Peloponeso: entre Atenas y Esparta, por la hegemonía en Grecia. Nació por 460 y murió por 395 antes de Cristo.

(41) Tito Livio. Nació en Padua, el 59 antes de Cristo; murió el 19 después de Cristo. Su libro admirable, en admirable latín, las «Décadas», llenas de elegancia y discreción.

(42) Tácito, nació en Interamnia (Umbría), por el año 55, y murió en el 120 después de Cristo. Sus libros, «Anales», «Historias», «Costumbres de los Germanos»: en éste, como adivinando, no bastante, el excepcional porvenir de la raza, hoy señora de todo el Norte europeo y americano.

SUR 8.º

(43) Arias Montano (Benito). Nació en Fregenal (Extremadura), en 1527, y murió en Sevilla, en 1598, donde había estudiado. Un tiempo solitario de yermo en la Peña de Aracena; pero Felipe II le llevó a profesor en El Escorial de lenguas orientales, no le consigue que acepte mitras episcopales, y le aprovecha mucho más felizmente en su gloriosa publicación, en Amberes, de la «Biblia Regia», la 2.ª poliglota que tuvo el mundo (siendo la 1.ª la Complutense de Cisneros). Menéndez Pelayo le apellidó «el rey de nuestros escriturarios».

(44) Dominico, fundador de Universidad española: San Vicente Ferrer, que se le dijo en este Paraninfo fundador de la de Valencia: en realidad fundada por el Papa Borja Alejandro VI y el Rey Católico, secundando a la ciudad creadora. San Vicente nació en Valencia, 1350, y murió en Vannes, en 1419.

(45) Homero. A quien son atribuídos los dos excepcionales poemas épicos de la Literatura, «Íliada» y «Odisea». En el siglo XVIII ya negaron su existencia dos grandes sabios: Vico (italiano) y Wolff (alemán). En los viejos siglos de la Literatura Griega, siete ciudades se disputaban ser la cuna del genio sublime. La redacción definitiva parece ser obra de los diascevas del tiempo de Pisítrato, siglo VI antes de Cristo, pero de material poético muy anterior, y anónimo, como el de nuestros romances y tantas otras gestas europeas de la Edad Media.

(46) Píndaro. Nació en Cinocéfalos, en 521, y murió en 441 antes de Cristo. El mayor poeta lírico de la Grecia, por sus odas, los cantos epinicios, conservados en cumplidas series, sublimando a los ganadores de los famosísimos Juegos Olímpicos, ístmicos, etc., del mundo helénico reunido periódicamente en ellos.

(47) Plutarco, historiador griego. Nació en Queronea (Grecia), entre los años 45 y 50 después de Cristo, y murió por el 125. Preceptor que fué de Adriano, español, el más intelectual de los Emperadores romanos. Viajó por Asia y Egipto, y había estudiado en Atenas. Escritor de las «Vidas Paralelas» de hombres célebres de Grecia y de Roma.

(48) Eurípides, trágico griego. Nació en Salamina (Atica), en 480, y murió en 406 ó 405 antes de Cristo. El tercero en mérito de los tres grandes y contemporáneos trágicos griegos, áticos, es quien les representa en el Parainfo, ¡olvidados Esquilo y Sófocles! Suyas las dos «Ifigenias», «Electra», «Alceste», «Hipólito coronado»...

(49) Terencio, el más pulcro de los dos mayores dramáticos de la Roma antigua, nació en Cartago (ya colonia romana), en 194, y murió en 159 antes de Cristo. Sus mejores piezas, «Andriana», «Hecira», «Adelfos», «Verdugo de sí mismo». Felicísima su frase «hombre soy, a nada humano me considero ajeno».

SUR 9.º

(50) El Brocense, o sea Francisco Sánchez, de las Brozas (Extremadura), gramático, autor de «Minerva», «Comentario de las causas de la decadencia (?) de la Lengua Latina», publicada en 1587. Nació en 1523 y murió en 1601, en Salamanca.

(51) Thales, de Mileto, de la escuela jónica filosófica, nació por el año 640, murió en 548 antes de Cristo. Dogmatizó que lo principal de la materia es el agua. Autor de una Cosmología.

(52) Hyparcho, de Nicea, en la Grecia jónica del Asia Menor: siglo II antes de Cristo, se cree nacido en 160 y muerto en 125, bien joven, por tanto (?). Creador, en la Alejandría de los Ptolomeos, de la Astronomía, la Geografía y la Cronología científicas.

(53) Methon. Astrónomo griego del siglo V antes de Cristo. Inventor del ciclo lunar de los diecinueve años, es decir, del «áureo número».

(54) Ptolomeo (Claudio), del siglo II después de Cristo, cuando ya no había rastro de reyes Ptolomeos. Célebre por la composición matemática fija y una Geografía, teniendo a la Tierra como el fijo centro del mundo, alrededor del cual los astros todos, Sol y Luna con ellos.

(55) Eratóstenes. Nació en la africana Cirenaica, en 275 antes de Cristo, y murió por 196 a 194: se dijo que se dejó morir de hambre a los ochenta años. Escribió de Astronomía, de Geografía, de Cronología.

NORTE 1.º

(56) Cisneros (Fray Francisco Ximénez de). Arzobispo de Toledo. Cardenal, Gobernador, con el Cardenal Adriano, de España, antes de la venida de Carlos V. Fundador y dotador de la Universidad de Alcalá, que es ahora la de Madrid. Se le debe también en lo cultural la primera «Biblia Políglota», una gloria «complutense», como se la llama. Nació en Torrelaguna, en 1437; vivió en Italia de joven; confesor de Isabel la Católica; finalmente, conquistador de Orán. Murió, sin llegar a ver al joven Carlos V. al arribo a España, en 1517, a sus ochenta años de edad.

(57) Carlos V, Emperador (desde 1519) y Rey de las Españas (desde 1516). Creador de la Universidad de Granada. Nació en Gante, en 1500.

Abdicó todos sus inmensos Estados en 1555, joven todavía. Murió en Yuste, retirado, en 1558.

(58) Sócrates, el gran padre de la Filosofía griega. Solitario, enseñó, sin llegar a escribir libros, en todos los lugares de Atenas, con su sistema dialógico con oyentes, con las armas sutiles de la dialéctica y la ironía, con verdadero apostolado, y el arma del sarcasmo. Acusado, por tres acusadores, de impiedad, se defendió pidiendo ¡como castigo! vivir en el pritáneo a expensas del Estado: el hombre mismo, dijo, el creador de la Moral. Apuró la muerte decretada, bebiendo la venenosa cicuta. Platón fué el mayor y más entusiasta de sus discípulos. El nació en 468 antes de Cristo, y su muerte en 400 ó 399.

(59) Pitágoras, de Reggio (Italia griega), de cuya misma existencia cabrían dudas. Se ignoran en casi totalidad sus inventos famosos, matemáticos, geométricos, astronómicos: se le atribuye la tabla de multiplicar. Vida y moral severa, impuesta a sus discípulos la austeridad. Creía en la transmigración del alma. Se le supone del siglo VI antes de Cristo.

(60) Anaxágoras, filósofo griego de la escuela jónica (asiática), acaso el creador del teísmo filosófico. Murió en el año 428 antes de Cristo.

(61) Xenófanes, filósofo de la escuela eleática, que parece que él creó. Nació en Colofón, a los fines del siglo VI antes de Cristo. Se perdió su poema filosófico de la «Naturaleza de las Cosas», salvo frases cortísimas.

(62) Heráclito, filósofo de la escuela jónica (asiática), orientada a Cosmología: él, frente a los otros, sostenía que la materia primitiva es el fuego y afirmaba el continuo movimiento. Era de Efeso, nacido en 576, y muerto en 480 antes de Cristo.

N O R T E 2.º

(63) Antonio Agustín, nacido en Zaragoza en 1517; murió Arzobispo de Tarragona, en Tarragona, en 1586, de sesenta y nueve años; su padre, homónimo, era el Vicecanciller de Aragón. En 1535, de dieciocho años, fué al Colegio Español de Bolonia, estudiando después en Padua. Fué, aparte de sus cargos eclesiásticos, doctísimo jurisconsulto, canonista, humanista, filósofo, y notable arqueólogo: uno de los primeros de España.

(64) Hipócrates, el mayor médico de toda la antigüedad. Nació en la isla griega (?) de Cos, por el año 460 antes de Cristo. Murió en 377. Su fama científica ocasionó que Artajerjes, el rey de los persas, le llamara, ante una epidemia en sus tropas: él, griego, no quiso acudir al llamamiento, diciéndose al especial enviado, que era nada menos que un sátrapa, y rechazando grandes cantidades que le ofrecían. Muy dado a régimen de dietas.

(65) Galeno (Claudio), muy célebre médico y filósofo de la docta Grecia, viviendo en Roma; nació en Pérgamo (Asia Menor), en 131 después de Cristo, y murió en 210, de casi ochenta años. Hasta Paracelso (siglo XVI), las doctrinas médicas de Galeno fueron los textos obligados de las Universidades y escuelas de Medicina.

(66) Areteo, médico griego en la Capadocia, a quien Trajano llevó a Roma. Siglo II.

(67) Cornelio Celso, médico del siglo de Augusto, y del siglo I después de

Cristo, seguidor de Hipócrates; como escritor, llamado «el Cicerón de la Medicina»; también historiador.

(68) Celio Aureliano. Médico romano, Celso Aureliano, del siglo II. Su libro de Enfermedades agudas y crónicas tuvo muchas ediciones en los siglos XVI, XVII y XVIII.

N O R T E 3.º

(69) Luis Vives (Juan), humanista y filósofo independiente, nacido en Valencia en 1492; murió en Brujas, en 1540, de cuarenta y ocho años. Estudió en París y en Lovaina; fué maestro de la futura reina María de Inglaterra y catedrático en Oxford. Pero fué en Brujas donde compuso la mayor parte de sus obras. Amigo, pero discrepante, de Erasmo; publicó la «Ciudad de Dios», de San Agustín, anotada.

(70) Rey fundador de Universidad: Alfonso IX, de la Salamanca: reinó en León en 1188, murió en 1230.

(71) Platón, nació en 429, en Atenas, y murió en 347, antes de Cristo. En Filosofía, el más admirable como escritor, en forma de diálogos: singularmente los apellidados «Fedón», «Timeo», «Fedro», «Gorgias».

(72) Aristóteles, griego y el mayor de los filósofos sabios experimentistas de la antigüedad. Nació en Estagira, en 384, y falleció en Calcis (isla de Eubea), en 322 antes de Cristo. Magnas sus obras «Política», «Retórica», «Historia de los animales», «Meteorología».

(73) Bacon, Lord Verulam. Nació en Londres, en 1561; murió en 1626. Su gran obra, la gran rectificadora en la Historia de la Filosofía, el «Novum Organon», precediendo a Kepler, a Galileo y a Descartes.

(74) Descartes (Renato), francés, nació en la Haya (Indre-et-Loire), en 1596; murió en 1650. El iniciador, con su duda metódica, de la Filosofía moderna.

N O R T E 4.º

(75) Francisco Vallés, médico extrañamente llamado «el divino», nació en Covarrubias, en 1524; murió, de sesenta y cinco años, en Burgos, en 1592. Colegial del Mayor de la Universidad de Alcalá, y allí catedrático, previo pleito reglamentario para poder hacer la oposición, a sus treinta años. Fué médico y muy personal de Felipe II. Numerosos sus escritos.

(76) Avicena, grande polígrafo y «príncipe de los médicos»; en el Oriente, el más afamado de la Historia. Nació en 980 y murió en 1037.

(77) Harvey, inglés, médico y gran fisiólogo, creador de la nueva Fisiología; quien estableció (con el precedente de Servet) la evidencia de la circulación de la sangre. Nació en 1578 y murió, octogenario, en 1657.

(78) Sydenham, Tomás. Médico inglés; nació en 1624 y murió, de sesenta y cinco años, en 1689. Su principal estudio, de las epidemias. Sus obras completas (en latín), publicadas en más de una docena de ediciones.

(79) Haller, Alberto, médico suizo, nacido en Berna en 1708; también botánico y poeta. Murió en 1777.

N O R T E 5.°

(80) Carbonell y Bravo (Francisco), médico, químico y farmacéutico, nacido en Barcelona en 1758, y catedrático universitario, allí murió en 1837, octogenario. Estudió en muchas ciudades muchas cosas. En un ensayo, una grave explosión le desfiguró. Auxiliado por la Junta de Comercio, pudo tener aparatos y medios, que a la guerra «de la Independencia» transportó a Palma de Mallorca, donde siguió trabajando. Muy copiosa la bibliografía.

(81) Fundador de Universidad: Maese Rodrigo (Fernández de Santaella), de la de Sevilla.

(82) Tromsdorff, escritor farmacéutico. Publicó en 1802-03, en Erfurt, Alemania, «La Escuela de Farmacia». También un «Manual del material farmacéutico».

(83) Scheele (no «Schoel»), Carlos Guillermo, prusiano de la Pomerania; nació en Stralsund, en 1742; murió, boticario, en Gothenburg (Suecia), en 1786. Descubrió el oxígeno, y los ácidos tartárico, cítrico, oxálico, tánico, úrico, láctico, molibdonico y wolfrámico, y el manganeso, cloro, etc.

(84) Klaproth, Martín Enrique, químico, nació en 1743, murió en 1817. Farmacéutico en Berlín y profesor en su Universidad. Descubridor del urano, cerio, titanio y teluro.

(85) Lemery (no «Lámery»), Nicolás. Francés. Nació en Ruan, en 1645, y murió en París, en 1715. Químico renovador y farmacéutico. Era hugonote y tras de la renovación del Edicto de Nantes, salió de Francia; pero, converso, pudo volver a ella y a sus estudios.

N O R T E 6.°

(86) Cavanilles (Abate Antonio José). Botánico. Nació en Valencia, en 1745, y murió sexagenario en Madrid, en 1804. Alumno en el Colegio de Jesuitas de Valencia, doctor en Teología en 1766 por la Universidad de Gandía. Profesor de Filosofía. En 1777, en París, y ya en sus treinta y dos años, cuando era allí profesor particular de los hijos del Duque del Infantado, se dedica a la Botánica, por oír las clases del famoso Jussieu. Escribió reparos a la famosa Enciclopedia, en defensa de España. Al volver a la patria, en 1801, ya en sus cincuenta y seis años, se le encarga el Jardín Botánico, pero murió sólo tres años después. Escribió tratados agrícolas sobre el arroz, el cacahuete y la chufa. Obra principal, el total estudio geográfico del Reino de Valencia.

(87) Galileo Galilei. Nació italiano, en 1564, en Pisa; murió ciego, casi octogenario, en 1642. Inventor (el termómetro, la balanza hidróstala, el primer antejo astronómico), comprobó definitivamente la doctrina del centro del Sol y a su alrededor la Tierra en su órbita, lo que tan equivocadamente, a través de los siglos, creía al revés toda la Humanidad, incluso sus perseguidores de la Inquisición romana: en el proceso consiguiente, por salvarse, una mentida confesión suya, a sus setenta años.

(88) Huyggens (Cristián). Nació holandés en El Haya, en 1629; murió en 1695. Matemático, físico y astrónomo. Autor de la doctrina de la refrac-

ción de la luz. Inventor del muelle en espiral para reloj, haciendo posible el de bolsillo.

(89) Lavoissier, Antonio Lorenzo, francés, uno de los creadores de la Química y de su nomenclatura. Nació en 1743..., y murió en 1794, guillotinado por los revolucionarios. Fué uno de los tres sabios que a la vez descubrieron la composición del aire, teniendo al oxígeno por engendrador de ácidos. Reconoció como no simples, sino óxidos, todas las sustancias terrosas.

(90) Linneo, Carlos. Sueco, nació en 1707. Murió en 1788 (?). El magno clasificador de los animales, pero sobre todo de las plantas, distribuyéndolas en 24 clases, según el número y disposición de los estambres y número y disposición de los carpelos del pistilo.

N O R T E 7.º

(91) Jorge Juan Santacilia, marino español, cosmógrafo y astrónomo. Valenciano, nació en Novelda en 1713, y sexagenario murió en Madrid, en 1773. Con Antonio de Ulloa y con los franceses, a la América, a la famosa medición de un meridiano en El Ecuador. Allí once años. Después hizo hasta veinticuatro viajes de encargo regio, planeando arsenales. A Marruecos una vez, de embajador. Fué también en Madrid Director del Seminario de Nobles.

(92) Rey medieval, fundador de una Universidad en España: Alfonso IX, de la de Valladolid (nació en 1311, reinó en 1312, murió en 1350).

(93) Copérnico, Nicolás. Nació polaco, en Thorn, en 1473; murió septuagenario en 1543, y fué canónigo. Su mejor insigne mérito fué la declaración del movimiento planetario rotatorio alrededor del Sol.

(94) Képler, nació alemán, en Wurtemberg, en 1571; murió sexagenario, en 1630. Fundador del sistema de la nueva Astronomía, con el estudio de los eclipses planetarios.

(95) Ticho-Brahe, danés, nació en 1546; murió de cincuenta y cinco años, en Bohemia, en Praga, en 1601. En accidente de estudios, quedó sin nariz.

(96) Newton, Isaac. Nació inglés, en el Condado de Lincoln, en 1646; murió muy octogenario en 1727. De sus insignes estudios, el de la gravitación universal y el de la descomposición de la luz.

N O R T E 8.º

(97) Hipólito Ruiz López. Español, burgalés, nació en Belorado, en 1754; murió sexagenario en 1816. Fué en la expedición botánica al Perú y a Chile, en 1777; a los cinco años, cuando enviaba 170 cajones de material científico, naufragaron; después un incendio destruyó otro material, suyo y de Pabón, pero salvando bastante. Enorme volumen de escritos, monográficos. Fué visitador de farmacias.

(98) Dioscórides, Pedanio de nombre. Siciliano, médico, autor de una famosa «Materia Médica». Vivió entre los siglos I y II después de Cristo.

(99) Messué, el Viejo: sus nombres árabes, Abu-Zacarías-Saia-ben-Masuih. Nació en Khur, por el año 737, diciéndosele muerto en 855 a 857, que supondría ciento veinte años de vida. Médico en Bagdad y del hospital, y de Harun-al-Raschid el famoso y otros califas. De 40 libros originales, sólo nos restan fragmentos. Su Farmacopea general fué famosa (las «Pandectas» de la Medicina).

(100) Serapión, de Alejandría, médico del siglo II antes de Cristo. Jefe de la secta experimentalista, combatiendo a Hipócrates en sus viejos escritos, con métodos prácticos.

(101) Abenzoar, nombre de varios y famosos médicos árabes de España. Abu Meruan, el padre, actuó en El Cairo, en Denia y en Sevilla; por cierto, enemigo de los baños terapéuticos. Su hijo Abul-Ola escribió mucho de medicamentos, y murió en Sevilla, en 1131. Otro, nieto, el más famoso, nació en Sevilla, en 1073, y en Sevilla murió en 1161-62; dejando muchos libros escritos; será (?) el aludido en este Paraninfo.

(102) Erófilo. Nació en Calcedonia. Vivía en 335 al 280, antes de Cristo. Médico y anatómico, se le parangonaba en la antigüedad con Hipócrates.

N O R T E 9.º

(103) Hidalgo de Agüero (Bartolomé). Nació en Sevilla, en 1531; murió de sesenta y seis años, en 1597. Cirujano de gran reputación, singularmente en las heridas de arma de fuego. Escrito suyo, «Tesoro de verdadera cirugía», con su apéndice «Antidotario general», editado póstumo en 1604.

(104) Rey fundador de una Universidad española: Juan II de Aragón, que fundó la de Zaragoza.

(105) Theofrasto, griego, nacido por 374, en la isla de Lesbos; murió, casi nonagenario, por 287. Discípulo de Aristóteles y de Platón, fué moralista y naturalista: «Fenómenos celestes», «Tratado de la Música», etc.

(106) Plinio (el Antiguo, precisamente: no su hijo, aunque más famoso). Nació en Como, Norte de Italia. Autor de los 37 libros de su Historia Natural, la enciclopedia científica de la antigüedad. Comandando la armada de salvamento ante la tremenda actividad del volcán del Vesubio, murió asfixiado en Stabies, en aquella ocasión en que Herculano y Pompeya quedaron enterrados, el año 79 después de Cristo.

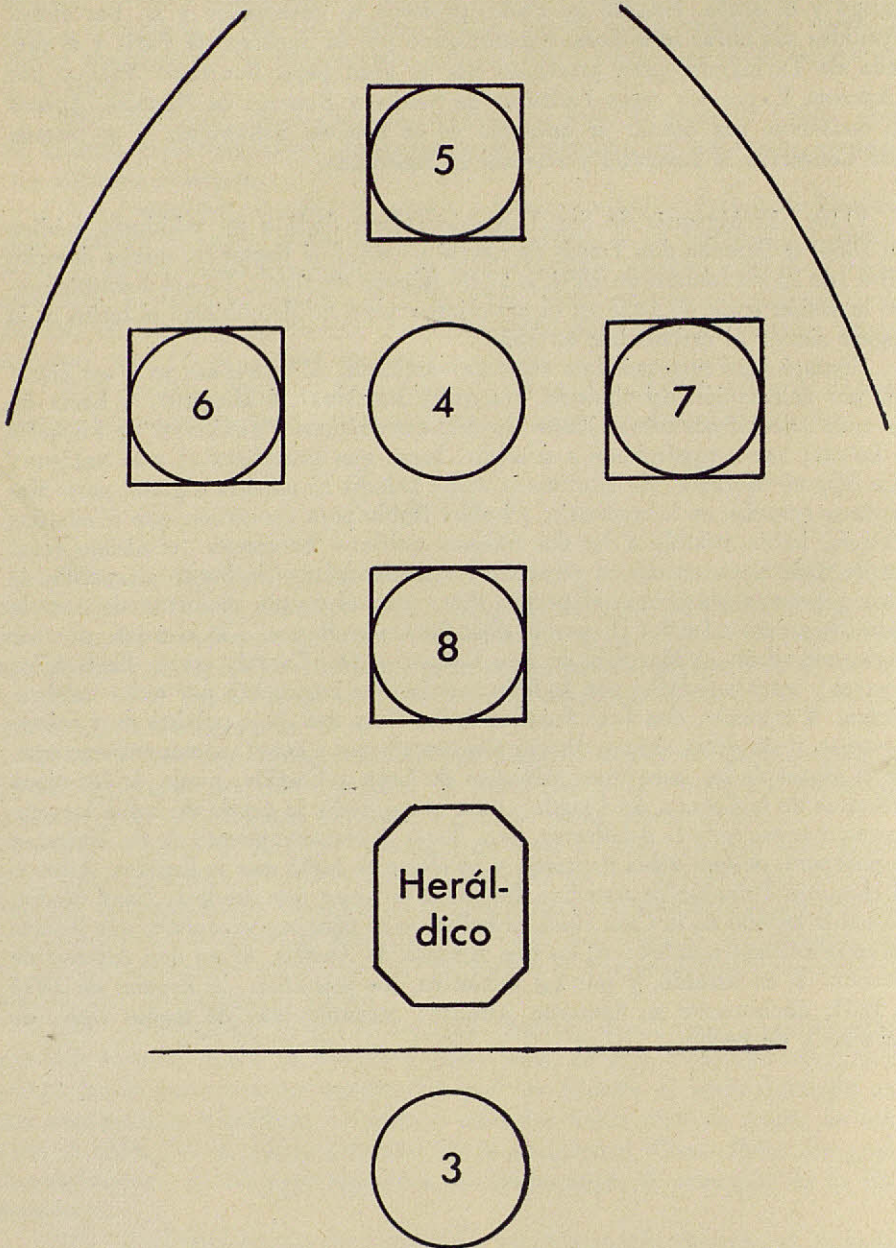
(107) Arquímedes, griego de Siracusa (Sicilia), donde nació en el año 287 antes de Cristo; murió de setenta y cinco años, en 212, al tomar tal ciudad griega las tropas romanas, muerto fué por un soldado al verle distraído en una averiguación científica: el general vencedor había dado la orden de salvarle la vida. Fué el mayor geómetra de la antigüedad. Como físico, su gran descubrimiento, lo del peso específico de los cuerpos, el principio de la Hidrostática.

(108) Euclides, griego, que enseñaba en Alejandría durante el reinado de Ptolomeo I (306 a 283 antes de Cristo). El más famoso geómetra de la antigüedad. Sus «Elementos» todavía son la base de la Geometría plana, reuniendo todo lo estudiado desde Tales de Mileto. Además, «Tratado de la Música», «Fenómenos celestes», etc.

(109) Arnaldo de Villanova, nació (al parecer, catalán), por el año 1240, y murió septuagenario en 1311. Filósofo, físico, alquímico, conoedor del griego y el árabe. Estudió en París, profesor en Montpellier y en Barcelona. Perdidas sus obras filosóficas. Excomulgado por la Sorbona de París y el prelado de Tarragona, pero protegido por el gran papa Bonifacio VIII y por Clemente V, por los reyes Fadrique de Sicilia y Roberto de Nápoles. Apenas se conservan sus obras: el opúsculo de la Escuela Salernitana y el tratado «de Conservar la Juventud y retrasar la Senectud».

(110) El Marqués de San Gregorio (título dado a su sabiduría médica en 1858) se llamaba don Tomás de Corral y Oña. Fué Rector no menos de ocho años (de 21 de febrero de 1854, a 17 de febrero de 1862). Ya era Rector cuando la sesión regia de 1855 en el paraninfo; pero no descubierto el techo, y lo seguía siendo al descubrirse en 1858...

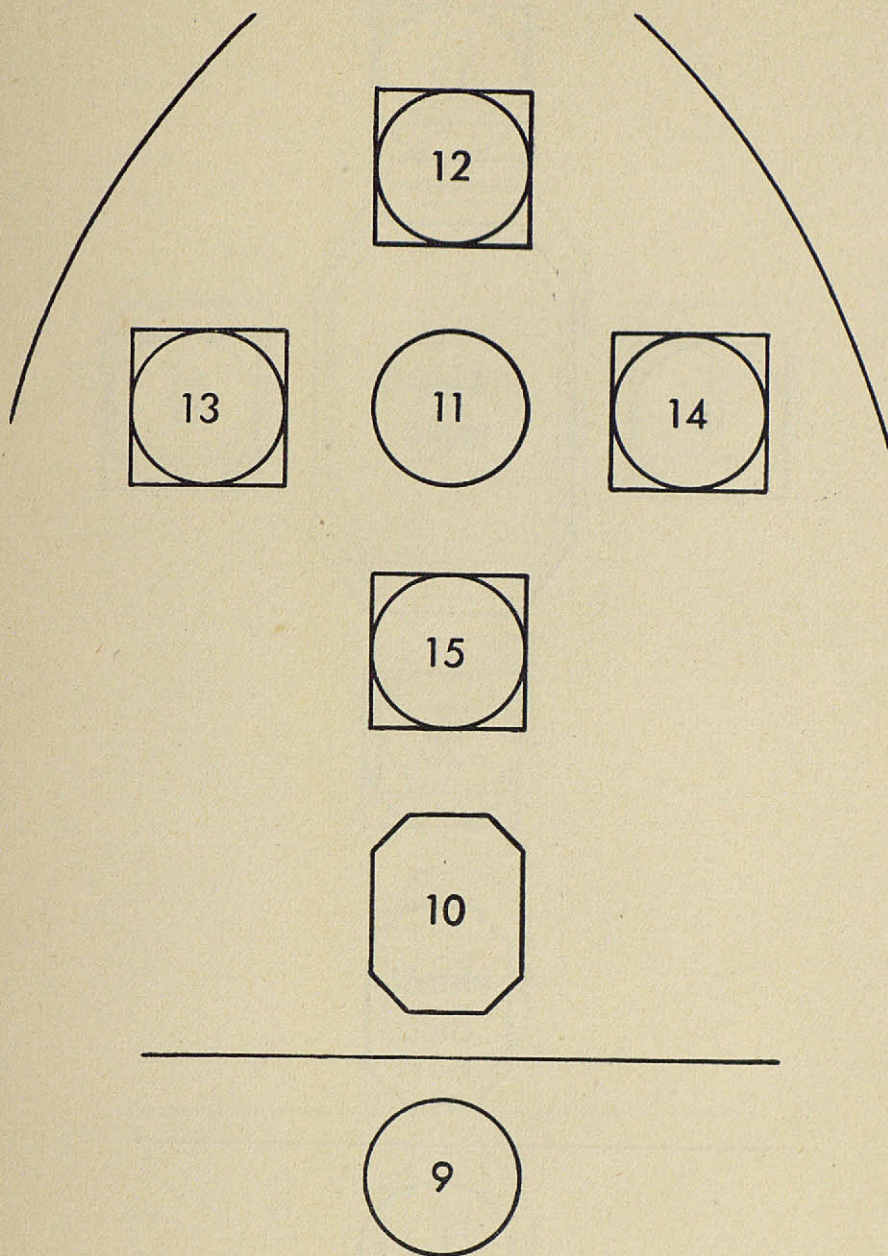
Contaré aquí una anécdota regio-universitaria. Al comenzar yo a ser Decano, por aclamación del claustro, que quiso sancionar el Ministro, y hacia fin de curso, decidimos comer juntos un día, catedráticos y auxiliares de Filosofía y Letras; pero, negándome a presidir, logré que presidiera el más antiguo: don Miguel Morayta. No queríamos nadie brindis ni palabra alguna, pero Morayta se empeñó, en lo contrario, y habló. Habló para contarnos, que él auxiliar todavía, había asistido a los dos últimos similares banquetes ¡el último (casi medio siglo antes) acabó en «tragedia» con catedrático de hecho acometido de otro!; pero el penúltimo, el propio día y casi el propio momento de nacerle varón heredero a Isabel II, por lo cual faltara el Rector a la reunión, por ser regio comadrón el Marqués de San Gregorio, Dr. Corral; quien llegó a los postres y muy satisfecho con la feliz noticia, que comunicó, por todos celebradísima. Y entonces, don José Amador de los Ríos, usó de la palabra muy solemnemente, y sin decir objeto, disertó elocuentemente y como extemporáneamente, de la gloria de los once reyes Alfonsos de León y Castilla, y aún de los cinco Alfonsos de la Corona de Aragón; para luego pedir la ayuda de todos los presentes, y sobre todo la del Rector, para llevar al convencimiento de Su Majestad la púerpera, de que debía llamarse, y en efecto se logró que se llamara, Alfonso el chiquitín Príncipe de Asturias. Recuerde el lector que desde la Edad Media, no había habido en la Casa Real, ni heredero ni tampoco secundón, que llevara tál españolísimo nombre: ni un don Alfonso de Austria, ni un don Alfonso de Borbón. Y en cambio, y por tal iniciativa, los monarcas de España de 1874 a 1931, oficialmente se llamaron Alfonso: bastante más de medio siglo, de derecho y de hecho.

Guión de ejemplo = Tipo A¹ (Es el del Sur 1°)

«San Isidoro de Sevilla»

Igual marcha de la respectiva numeración en el Sur 9°, el Norte 2°,
el Norte 8°.

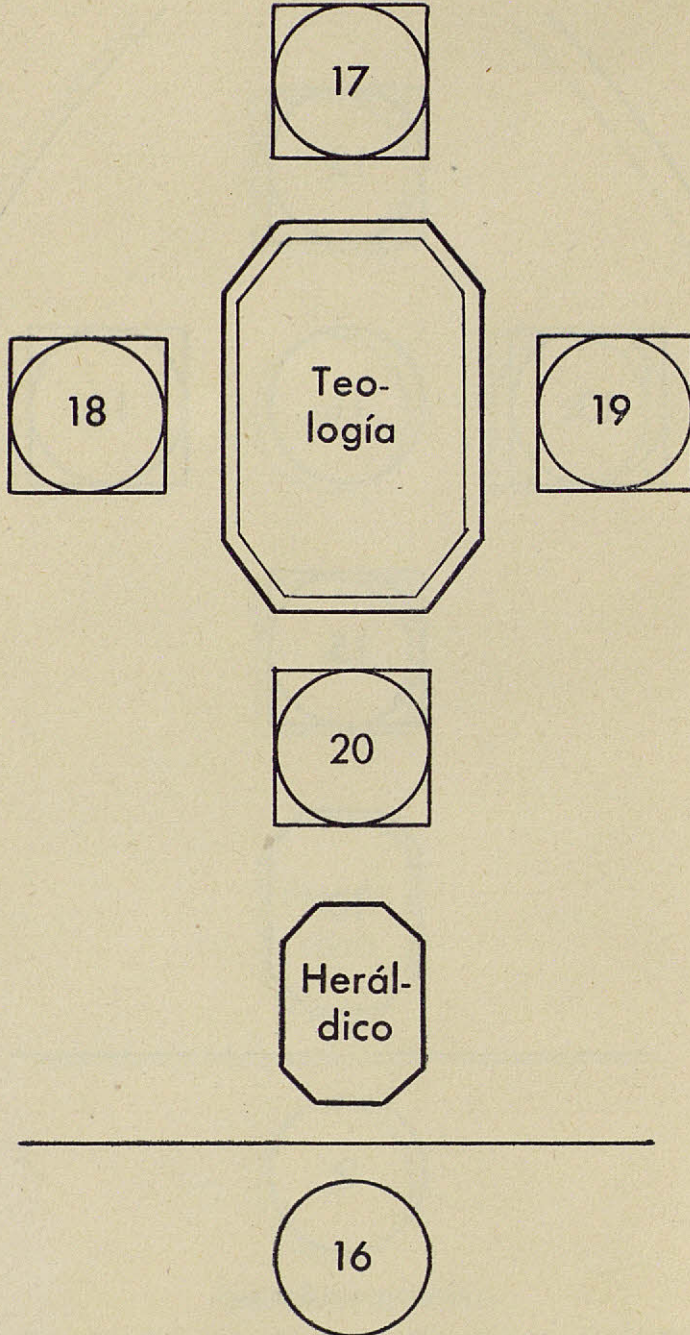
Guión de ejemplo = Tipo A² (Es del Sur 2°).



«Alfonso el Sabio»

Igual marcha de la respectiva numeración en el Sur 8°, el Norte 1°,
el Norte 9°.

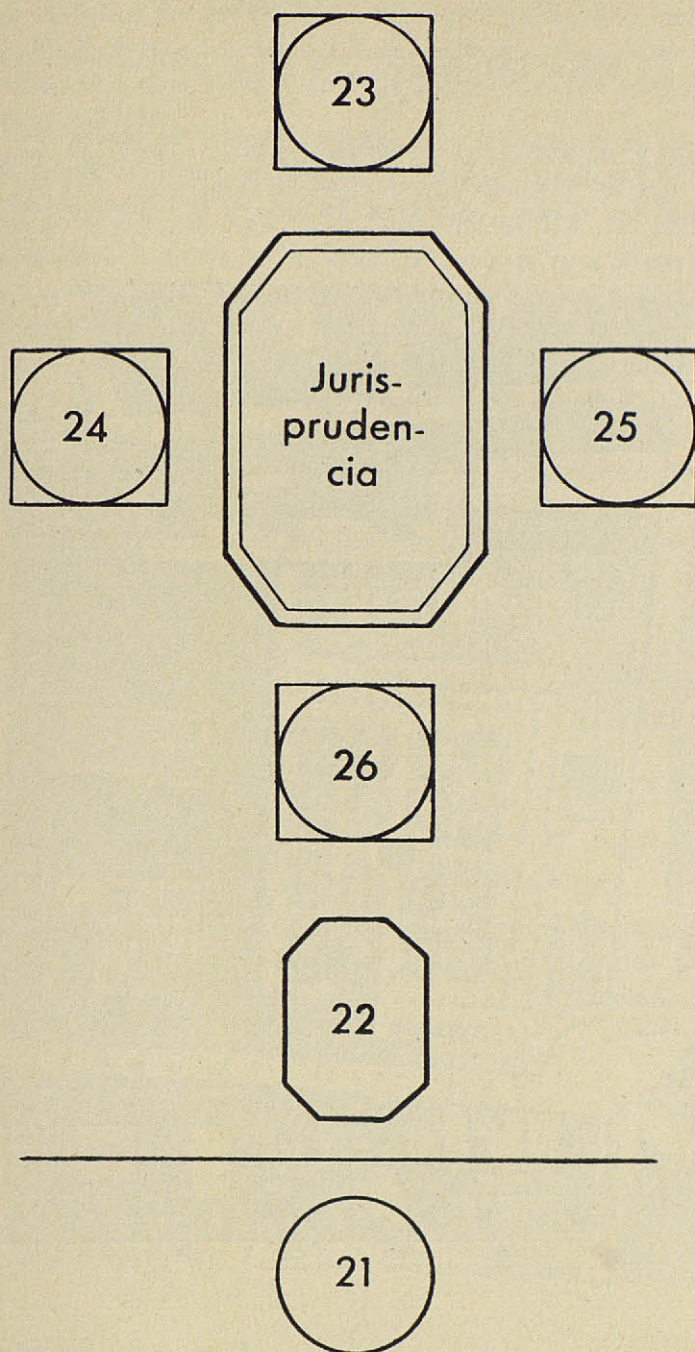
Guión de ejemplo = Tipo B¹ (Es el del Sur 3^o)



«Melchor Cano»

Igual marcha de la respectiva numeración en el Sur 5^o,
el Sur 7^o, el Norte 4^o, el Norte 6^o.

Guión de ejemplo = Tipo B² (Es del Sur 4^o)

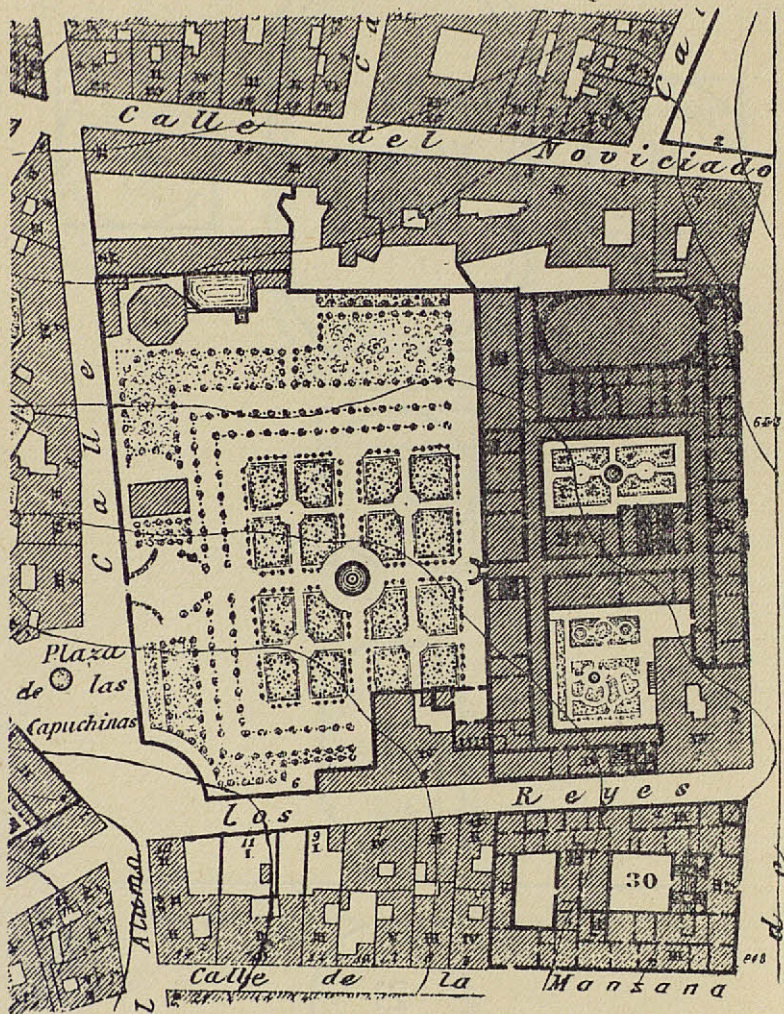


«Cobarrubias»

Igual marcha de la respectiva numeración en el Sur 6^o,
el Norte 3^o, el Norte 5^o, el Norte 7^o.

NOTA DEL PLANO QUE SE ACOMPAÑA

El plano, va tomado del muy grande y general de Madrid del Instituto Geográfico y Estadístico, fechado en 1872-1874, que en el Museo Municipal está expuesto con el núm. 34, y núm. 34 tuvo en la Exposición del Antiguo



Madrid. Yo lo llamo «Ibáñez» por el ilustre Director del Instituto en todos aquellos años. Sus medidas son 2,90 m. × 2,23. Contiene el detalle de la planta de todas las iglesias y de todos los edificios públicos (y no, de las mansiones

nobiliarias). Por eso, verá el lector, las plantas de la Universidad e incompletas (por nuestro corte) las del Ministerio de Gracia y Justicia y de las Monjas Capuchinas. Se marcan las curvas a nivel; sólo en la fotografía visible la de cifra de los 648 metros sobre el nivel del mar, a que se ve estar el paraninfo y su ingreso del Este.

Tras del Paraninfo y de su ingreso del Oeste, puede verse el grande y largo espacio que hizo de paraninfo provisional, a las aperturas de curso en los años anteriores al de la sesión regia; y en donde fué, andando los años, casi todo el curso de Historia de Madrid de 1922, del autor de estas líneas.

Quién, de vice-rector, negoció la adquisición por la Universidad de la mansión del Marqués de Bendaña, la a la esquina SE. de la manzana, ángulo frente a ángulo de Gracia y Justicia: hoy derribada y reedificada, y retirada al Sur unos metros de ensanche de calle de los Reyes. En la segunda parte de esta monografía diremos que famosos jesuitas la habitaron. Claro que en 1672-74, no tenía la Universidad el solar de lo que es hoy pabellón Valdecilla, al Norte, 2.^a y última adquisición, o readquisición. El resto aquí marcado, tuvo dos modificaciones: edificación del Instituto Cisneros (retraída también la fachada), y traslado al centro del patio Norte, de los evacuatorios, en una torre céntrica poligonal: al haber de ceder los otros al Instituto.

ELÍAS TORMO

PUEBLOS RIOJANOS

La ciudad de Haro, antigua villa condal

En el penúltimo número de este BOLETÍN dediqué un somero estudio descriptivo a la villa logroñesa de San Vicente de la Sonsierra, proponiéndome consagrar el siguiente a Briones; la necesidad de recoger algunos datos me lleva a diferir el cumplimiento de tal propósito, y de ahí que hoy dedique un recuerdo y varios párrafos histórico-descriptivos a la ciudad de Haro, capital *de facto* de toda la Rioja Alta y población interesante para el amigo de evocar tiempos pretéritos ante viejas mansiones blasonadas, como es interesante también para quien ame los encantos de la Naturaleza o los de la vida social en un ambiente sencillo al par que distinguido, comunicativo y acogedor, sin el estruendo de las grandes ciudades ni el soliloquio a que obligan los pueblos muy pequeños, cuya tranquilidad y paz idílicas se saborean el primer día y ya suelen aburrir al cuarto. Antes de entrar en materia, he de decir que Haro es *pueblo* por cuanto hace a la franca camaradería en que viven sus habitantes y con que acogen al forastero, quien pronto contará tantos amigos como conocidos; también es pueblo en lo que respecta a la sencillez de costumbres y a que el campo (allí joya de múltiples facetas) se tiene al alcance de la mano, pues caminando desde el centro de la población en cualquier sentido, bastarán doscientos pasos para hallarse en los pintorescos alrededores, completamente lejos del mundanal ruido y ante risueños panoramas, variados y a cual más atractivo; pero a las características pueblerinas de mejor solera sobreponense en

Haro otras propias de una *ciudad*, como la urbanización excelente, el aspecto señorial de sus edificios casi todos labrados con piedras sillares color oro viejo, la industria activa, el comercio abundoso, los hoteles cómodos, muchos lugares de sano esparcimiento, servicios municipales perfectos, sociedad distinguida y culta, más profusas comunicaciones así con los pueblos vecinos como con regiones distantes. Hay en España muchas ciudades que tienen de tales sólo el título y crecido vecindario, siendo, en realidad, grandes poblachones, vulgares en todo, aunque esa vulgaridad suela *encalarse* con una máscara deleznable de petulancia; en cambio, Haro, sin tener más de 8.000 habitantes, para ser ciudad en la verdadera acepción de esta palabra no precisa el título de tal, que ostenta muy legítimamente; al obtenerlo no recibió favor, sino mera confirmación de un derecho adquirido por cualidades y méritos propios.

Pa mí, esa comarca es, en el orden afectivo, casi una prolongación de la «patria chica», aun estando ambas regiones muy distantes. Cuando hace veinte años me encontraba en la plenitud de la vida, unos amigos que tenía en Haro me instaron a visitar la Rioja Alta; allá fui, y tan dentro del alma se coló de rondón aquella tierra, que hasta el estallido de nuestra última guerra civil no dejé de pasar en Haro varios días todos los veranos, encontrándome como en mi propia casa y en el seno de mi propia familia. La compañía de amigos cada vez más numerosos o el recorrer las calles de la ciudad para deleitarme de día o soñar de noche ante sus nobles edificios vetustos constituía un placer no *renovado* cada año, pues cada vez me parecía *nuevo*; pero a esas satisfacciones uníanse las múltiples recibidas en visitas a pueblos comarcanos, encantadores por su emplazamiento y alrededores. por sus obras de arte o sus recuerdos históricos, y así me encariñé con la simpática y atrayente Rioja Alta, cerrada al Norte por la Sierra de Toloño, al Sur por la de la Demanda, y a la que fertilizan las aguas cristalinas del Ebro, el Tirón y el Oja, hasta sentir tentación de contribuir con mis modestos escritos a divulgar por el mundo sus bellezas naturales, sus costumbres típicas, sus tradiciones religiosas, su pasado glorioso, su riqueza artística o el nombre y hechos de sus hijos ilustres; no acometí empresa tan descomunal porque requería prolongadas estancias en la región, incompatibles con mis ocupaciones en Madrid (imprescindibles para atenciones de la vida) y especialmente porque debía consagrar un

esfuerzo constante a enaltecer la tierra nativa, que es esa provincia de Guadalajara, modesta, olvidada y poco conocida, pero digna de que se divulguen sus incógnitas bellezas y su historia honrosa.

Con esta última digresión se quebró el hilo del discurso; pero anudando el cabo antes de perderlo, he de decir que Haro, a más de sus atractivos propios, tiene para el excursionista el muy grande de ser admirable centro de operaciones. En un circuito cuyo radio no llega a veinte kilómetros, se encuentran pueblos tan pintorescos como Briñas y Labastida, San Vicente de la Sonsierra y Laguardia, Avalos, Briones, Zarratón y San Asensio, Castañares, Casalarreina y Cuzcurrita, Anguciana, Sajazarra y Tirgo, Leiva, Bañares y Santo Domingo de la Calzada; a varios puede y debe irse a pie, mediante corto y delicioso paseo; para visitar otros abundan cómodos y baratos medios de locomoción, y en todos se encuentran magníficas iglesias, evocadores castillos bastante completos o hidalgas mansiones blasonadas, alamedas umbrosas que siguen el curso apacible de los ríos entre huertas feraces o extensas manchas de vineño tendido en suaves declives o leves alcores, sin que falten los paisajes de égloga ni los puntos de vista desde los cuales se pueden contemplar panoramas grandiosos...

* * *

He aquí unas breves notas históricas de Haro, que si para una selecta minoría son innecesarias, no vendrán mal a la masa general de lectores:

Sobre los orígenes de la antigua villa se ha fantaseado mucho y nada se sabe en concreto, según ocurre con otras muchas poblaciones de rancio abolengo; ya nadie cree en el supuesto de que allí estuvo Bilibio, nombre de un pequeño núcleo urbano surgido al amparo de Castro Bilibio, erigido en la cúspide rocosa que en la margen derecha del Ebro forma parte del angosto y espectacular desfiladero llamado «Las Conchas de Haro», mientras oprime la margen izquierda del río otro peñasal gemelo que estuvo coronado por Castro Buradón (1); también se tiene por patraña la

(1) Asegura la tradición religiosa que allá por el siglo v hizo vida eremítica en lugar tan fragoso el santo Felices o Félix, quien se guarecía en una caverna cercana a Bilibio;

tesis de que Haro se debe a Fernán Láinez, hijo de Lain Calvo, aunque sea referida por la Crónica General. Para que estuvieran sólidamente defendidos sus Estados contra las acometidas árabes, los cristianos construyeron sucesivas líneas fortificadas a medida que avanzaban desde la región montañesa norteña hacia las vegas del Ebro, el Arlanzón, Pisuerga y Duero, líneas fortificadas que servían tanto de punto de partida para sucesivos avances como para retirarse escalonadamente en momentos de apuro, y también para que, bajo su amparo, fuera haciéndose la repoblación del país; por esta parte, a comienzos del siglo ix, cerraban los pasos de la montaña varios castillos roqueros que pudieron resistir los más furiosos asaltos, figurando entre aquéllos los de Pancorbo, el inexpugnable de Cellorigo, Bilibio, Buradón y otros de los Montes Obarenses, y al empezar el segundo tercio de esa centuria se alzaron varias fortalezas que, por Montes de Oca, cerraran el paso hacia Castilla a los árabes de Zaragoza, entre cuyos castillos debo mencionar los de Grañón, Belorado y Ojacastro, pudiendo admitirse como verosímil y razonable que también por entonces fueran construídos otros secundarios, satélites de la primera línea citada; entre ellos el de Haro, asomado al Ebro donde a las aguas de este río se unen las del Tirón, frente al desfiladero de «Las Conchas», defendido por los castillos Bilibio y Buradón.

La primera noticia fidedigna que se tiene relativa a existir Haro es suministrada por la carta de arras que otorgó el rey navarro García *el de Nájera* a su esposa, doña Estefanía, con fecha 28 de mayo de 1040, y en la que dona a ésta Bilibio *cum Faro*, pues aunque el territorio en cuestión correspondía a Castilla, su padre, Sancho el Mayor, había dejado a aquél en herencia la parte más antigua del Condado castellano, o sean las actuales provincias vascas y algo más; torpeza paterna determinante de que, corriendo los años, se disputaran estos territorios con las armas García y su hermano Fernando, rey castellano-leonés, sien-

durante algunos años hízole compañía, como discípulo, San Emiliano o Millán, a la sazón joven, para recluirse más tarde en las ásperas fragosidades de los montes Distercios, en otra caverna por él ensanchada y que visitan con devoción cuantos acuden al hoy santuario y primitivo monasterio de San Millán de la Cogolla, denominado de Suso o de arriba, para diferenciarlo del monasterio nuevo, llamado de Yuso o de abajo. Los habitantes de Bilibio alzaron una ermita cerca de la caverna habitáculo de San Felices y en ella fueron venerados los restos de aquel varón ejemplar durante siglos; el arca que los contuvo, famosa por sus relieves en placas de marfil, se conserva y admira en el monasterio de San Millán de Abajo, al que llaman, con exageración ponderativa, «el Escorial de la Rioja»; San Felices es Patrón de Haro.



Haro - La ciudad, valle del Ebro y sierra de Toloño, cubiertos de nieve.



Una vista de Haro, desde la margen izquierda del río Tirón.

do el primero vencido y muerto en la batalla de Atapuerca, el año 1054. Sabemos, pues, que Haro existía ya al mediar el siglo XI, pero no desde cuándo, si bien es presumible que desde bastante antes toda vez que la región se hallaba densamente poblada muchas décadas atrás y libre del peligro musulmán.

Como no pretendo más que suministrar a los lectores algunas noticias escuetas sobre la perspectiva histórica de Haro, sin detenerme en detalles, he de decir que Alfonso VI dió la villa en tenencia o *fialdat* (o sea para su gobierno y usufructo, pero no como señorío), el año 1093, al octavo señor de Vizcaya, Diego López, quien, fallecido el monarca y produciéndose graves desavenencias entre su hija doña Urraca y Alfonso I de Aragón esposo de ésta, tomó el partido de la reina, con pérdida de Haro que ganó el aragonés por fuerza de armas; muerto este rey *Batallador* ante los muros de Fraga, aquella población fué recobrada por el señor de Vizcaya, quien en 1117 ya era gobernador de Nájera, haciéndose llamar en los documentos Diego López *de Haro*, apellido toponímico usado por sus sucesores, que también disfrutaron la tenencia, más no la propiedad, de esa plaza fuerte. Entre ellos debo mencionar a Diego López de Haro, décimo señor de Vizcaya, apodado *el Bueno*, alférez mayor de Castilla en tiempo de Alfonso VIII, cuyo pendón llevó en la batalla de Las Navas, capitaneando a los vizcaínos; este caballero, que con fecha 15 de mayo de 1187 había logrado del monarca un importante fuero para Haro (luego confirmado por Alfonso X en 1254), murió en aquella villa el 16 de diciembre de 1214, y su sepulcro se conserva en el claustro del Monasterio de Santa María la Real, de Nájera. Su hijo Lope Díaz de Haro, apodado *Cabeza Brava*, fué también alférez del Reino y yerno de Alfonso XI de León, sucediéndole en el señorío de Vizcaya otro Diego Lope de Haro, que murió abrasado en Baños de Río Oja a 4 de octubre de 1254; en su tiempo, San Fernando concedió a los vecinos de Haro el privilegio de exención de portazgo en todos los lugares del Reino. El último de estos señores de Vizcaya que disfrutaron Haro con el carácter de feudo fué Lope Díaz de Haro, hijo del que acabo de nombrar; ambicioso y turbulento, consiguió ser uno de los magnates más poderosos de Castilla cuando, a trueque de prestar su valiosa ayuda a la pacificación del país, logró que Sancho IV *el Bravo* hiciérale conde alférez y su mayordomo mayor el 1 de enero de 1287; pero tantos fueron sus abusos e intrigas, tan reiteradas y graves sus conjuras

unido a otros próceres contra el Soberano, que colmada la escasa paciencia del irritable monarca, éste fingió el deseo de avenirse con olvido de los agravios sufridos, convino una entrevista en Alfaro adonde acudió el señor de Vizcaya con Diego Lope de Campos, y en la propia cámara regia fueron ambos muertos, dicese que el primero a manos de don Sancho; ocurrió la tragedia de Alfaro a comienzos de junio de 1288. El rey se dirigió inmediatamente contra Haro que ganó a viva fuerza y donde estaba el 20 de ese mes según prueban diversos documentos; tomó después Miranda, Vitoria, Orduña y otros castillos; sus lugartenientes se apoderaban, entre tanto, de Vizcaya, y Haro quedó reincorporado completamente a la Corona.

Algunas veces suena el nombre de la villa con motivo de las turbulentas minorías de Fernando IV y Alfonso XI, pero con más frecuencia desde que sucedió a este monarca su hijo Pedro *el Cruel* o *el Justiciero*, quien dió Haro en señorío a su hermanastro don Fadrique, maestre de Santiago, al que, como castigo por sus deslealtades hizo matar en el Alcázar de Sevilla el año 1358, apoderándose poco después de la villa riojana. Cuando el bastardo Enrique de Trastámara invadió Castilla en 1366 para apoderarse del reino ayudado por las *compañías blancas* de Beltrán Duguesclin, conquistó Haro,, que tornó al monarca legítimo tras la victoria decisiva obtenida contra el rebelde entre Nájera y Navarrete, al año siguiente; éste mismo de 1367 volvió don Enrique a penetrar en Castilla con el mismo designio, y pronto recuperó aquella villa para coronarse en seguida en Burgos y proseguir la persecución de su hermano, al que como es sabido asesinó villanamente en Montiel, haciendo después señor de Haro a su hijo Sancho, quien murió desastrosamente en un alboroto, y entonces revertió una vez más esa villa a la Corona. Que ya era importante en tales tiempos lo prueba el hecho de figurar con otras muy notables dadas en señorío y como arras a la Infanta Leonor de Aragón, casada con Juan I de Castilla; la heredó su hijo segundo, llamado Fernando *el de Antequera*, tutor de su sobrino Juan II y elegido Rey de Aragón mediante el Compromiso de Caspe, padre de los Infantes Enrique y Juan, este último rey consorte de Navarra y más tarde de Aragón al fallecer su hermano Alfonso V; Juan de Navarra cedió el señorío de Haro a su hijo el desgraciado príncipe Carlos de Viana, pero tras una de las luchas civiles promovidas por aquéllos unidos a varios magnates castellanos contra

la prepotencia del valido don Alvaro de Luna, Juan II de Castilla ordenó el secuestro de cuantos bienes poseían en el reino sus primos los Infantes de Aragón, e hizo donación de Haro al noble caballero don Pedro Fernández de Velasco, casado con Beatriz Manrique y uno de los más adictos al Monarca. Esta donación, que tuvo efecto en las Cortes de Medina en enero de 1430 añadiéndose la de Belorado y otras villas y lugares, marca el comienzo de una etapa importante en la historia de Haro, población que sufrió mucho con motivo de las llamadas *guerras de los Infantes de Aragón*, ya que era fronteriza de Navarra, y en esta zona hubo frecuentes luchas y ataques de uno y otro bando a pueblos fortificados, como, por ejemplo, el que realizó con éxito parcial el nuevo señor de Haro contra San Vicente de la Sonsierra. Contienda tan prolongada produjo una relajación general de la disciplina y el orden social; no había garantía posible para vidas y haciendas ya que bandas de salteadores inquietaban de continuo el país, y para remediar el mal se reunieron en Briñas, a 13 de junio de 1443, representantes de ese pueblo, Haro y Labastida, para constituirse en hermandad y redactar las oportunas ordenanzas relativas al aprovechamiento común de pastos, conservación de montes, guardería de los mismos y mutuo apoyo contra los alteradores del orden (1).

Haro, cabeza del condado de su nombre, creció en importancia y distinción al favorecerla de continuo sus nuevos señores, quienes alzaron en las inmediaciones un castillo-palacio donde habitaron con frecuencia, determinando esta predilección sentida por los Fernández de Velasco hacia la villa el crecimiento de su vecindario y el que allí se afincaran numerosas familias hidalgas bajo la sombra protectora de aquellos próceres, liberales y ostentosos, que, unidos a la poderosa familia Mendoza por enlaces matrimoniales, habrían de ser tan influyentes en Castilla durante la segunda mitad del siglo xv y aun en la primera mitad del xvi, poseyendo extensos dominios, enormes rentas, numerosos títulos de nobleza y el cargo de condestables de Castilla vinculado en la familia con carácter tácitamente hereditario. Don Pedro Fernández de Velasco, apodado *el buen Conde de Haro*, fué primero de la serie,

(1) Alguna de estas noticias y de las que vendrán después las tomo de un libro cuyo mérito es la buena documentación, y sus defectos, el desorden expositivo, el estilo amazotado y la lectura inaguantable; me refiero a *Noticias históricas de la muy noble y muy leal ciudad de Haro*, por Domingo Hergueta Martín, tomo en 4.º; Haro, 1906.

valeroso en el combate, prudente y atinado en el consejo, fiel al monarca del que era camarero mayor, cumplidor de sus compromisos (*rara avis* en aquel tiempo, caracterizado por la informalidad), y de ahí que, sirviendo con cautela y dignidad una ambición insaciable, propia de todos los nobles de entonces, viera aumentados constantemente su prestigio y poderío. Ya viejo, se retiró a hacer vida semimonástica al Hospital de la Vera Cruz en Medina de Pomar, donde, con fecha 14 de abril de 1458, instituyó cuatro Mayorazgos en cabeza de otros tantos hijos, vinculando Haro y su señorío en el primogénito. Que no obstante su místico retiro estaba muy al tanto de las cosas del mundo, pruébalo el hecho de que cuando en 1467 se concertaron treguas entre Enrique IV y los partidarios de su hermano el Infante don Alfonso, don Pedro Fernández de Velasco abandonó el Hospital de Medina de Pomar ofreciéndose como mediador, pero dando a entender que sus buenos oficios debían ser recompensados con las villas de Miranda de Ebro y Pancorbo, lo que hizo exclamar al pobre monarca, con sorna: *A este buen Conde téngole comparado con el perro del herrero, que siempre dormía mientras el furioso golpear del martillo sonaba, pero al menor ruido del mascar súbito se despertaba; en tanto duró la guerra, mantúvose quieto en su clausura, mas al anuncio de la tregua hele aquí pidiendo los primeros galardones...* Ya regía a la sazón la villa de Haro su segundo conde, también llamado Pedro Fernández de Velasco, como el padre condestable de Castilla, casado con doña Mencía de Mendoza, hermana del primer duque del Infantado y del gran Cardenal de España, formando con esta extensa y poderosísima familia un bloque de extraordinaria fuerza gracias al cual pudo sostenerse el degenerado Enrique IV en el trono, como también conseguir la Corona los Reyes Católicos y dar su genial gobierno los primeros frutos, siempre los más costosos, ya que, tras el éxito inicial, los demás suelen venir enganchados unos a otros como las cerezas. La brillante carrera política del segundo conde de Haro repercutió en esta villa, donde, con diversos motivos, celebráronse ostentosas fiestas cuyo relato no corresponde a este sitio, y cuyos vecinos, así pecheros como hidalgos, lograron honra y provecho figurando en la mesnada del conde durante la guerra de Granada u obteniendo pingües destinos mientras aquél fué Gobernador de Castilla. a lo largo de aquella contienda que dió fin a la Reconquista de España. Murió este caballero a los setenta y siete años,



Haro - Un rincón de la plaza



Haro - Bella encrucijada donde comienzan los barrios viejos



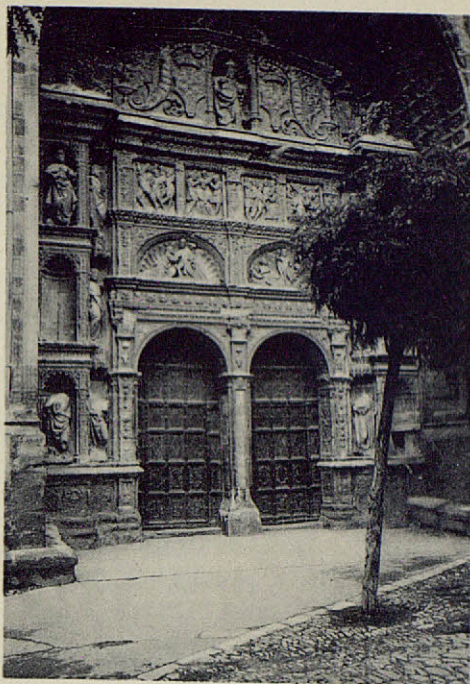
Haro - Escudo imperial en la villa antigua



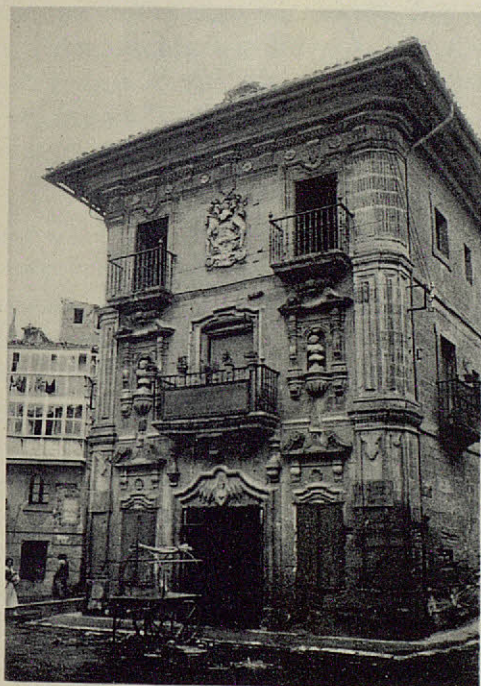
Haro - Portada de un palacio dieciochesco, desmantelado, junto a la parroquia



Haro - Plazoleta en la villa antigua



Puerta de la parroquia de Haro,
obra de Felipe Vigarni



Haro - Casa hidalga del siglo XVIII



Haro - Casa de las Cigüeñas en la calle
de la Vega; siglo XVIII

cuatro días más tarde de rendirse Granada, o sea el 6 de enero de 1492. Diez años más tarde pasó a mejor vida la famosa condestablesa doña Mencía de Mendoza, y ambos están sepultados en la magnífica capilla por esta dama hecha construir en la catedral de Burgos, del mismo modo que alzó el palacio denominado *Casa del Cordón*. La categoría social que lograron los numerosos hijos del segundo conde de Haro puede servir para formarse idea del prestigio y poderío de esta familia, y así diré que don Bernardino fué tercer conde de Haro; don Iñigo, Justicia mayor de Castilla; doña Catalina casó con el segundo conde de Miranda; doña Mencía, con el marqués de Villena, duque de Escalona; doña Isabel, con el tercer duque de Medinasidonia; doña Leonor, con el primer marqués de Aguilar, y don Juan (habido fuera del matrimonio) fué sucesivamente obispo de Cartagena, Calahorra y Palencia, debiéndosele la fundación del monasterio de La Piedad, en Casalarreina, la reedificación del de Santa Clara, en Briviesca, y el hospital del Rosario, en la misma villa.

A don Bernardino Fernández de Velasco y Mendoza, tercer conde de Haro, apellidaron *el Grande* por alcanzar su Casa el cenit de la prosperidad mientras él vivió; los Reyes Católicos hicieronle duque de Frías, a 20 de noviembre de 1492; ejerció tres veces el cargo de virrey, dos el de capitán general, y murió repentinamente, en Burgos, a 9 de febrero de 1512, después de haber casado dos veces: la segunda, con una hija bastarda de Fernando *el Católico*, sin dejar varones; en diferentes damas tuvo numerosos hijos bastardos, uno de ellos señor de Cuzcurrita.

Don Iñigo Fernández de Velasco, cuarto conde de Haro y duque de Frías, fué capitán general del Reino y condestable por merced de doña Juan, Justicia mayor de Castilla la Vieja, camarero mayor de Carlos V, quien para recompensar sus méritos hizole caballero del Toisón de Oro, y mientras aquél estuvo ausente durante la guerra de Las Comunidades, Gobernador de España en unión del almirante Enríquez y Adriano de Utrech, cardenal de Tortosa. El alzamiento comunero le cogió en Burgos, de donde fué expulsado al hacerse los insurgentes dueños de la ciudad, mientras algunos nobles como don Pedro Girón y el conde de Salvatierra se alistaban en el bando comunero; hubo de retirarse a Briviesca, donde sufrió muchas privaciones, alentado por su esposa la varonil doña María de Tovar, señora de Berlanga, allí tuvo noticias de la sublevación de Nájera, Alava, toda la Rio-

ja Alta e incluso su villa de Haro excepto la fortaleza cuya guarnición le permaneció adicta, y pasados los momentos críticos reunió el Condestable fuerzas suficientes, consiguió apoderarse nuevamente de Haro sin efusión de sangre, lo mismo hizo en Nájera y otras poblaciones de la región, hasta que con mayor desahogo pudo consagrar sus esfuerzos a combatir los insurgentes y sumar adeptos a la causa realista entre la nobleza, hasta entonces en actitud ambigua, confesando Carlos V después que gracias a la energía, prudencia y habilidad de don Iñigo Fernández de Velasco conservaba su Corona. Habían entrado los comuneros en Tordesillas cuando el condestable fué designado corregente, logrando éste muy poco después la sumisión de Burgos; su hijo primogénito, ya a la sazón titulado conde de Haro, recuperó Tordesillas, derrotando más tarde al ejército comunero en Villalar, mientras el padre, con el duque de Nájera y el almirante Enríquez, deshacía a los invasores franceses el 30 de junio de 1521 cerca de Noain, cuando, tras un ataque infructuoso a Logroño, iniciaron la retirada; tres años más tarde reconquistó Fuenterrabía, hasta entonces en poder de Francia, y cuando Francisco I, para cumplir las cláusulas del Tratado de Madrid recuperó la libertad entregando sus hijos en rehenes, éstos fueron confiados al cuarto Conde de Haro, quien los mantuvo a su costa en la fortaleza de Villalpando; falleció en Madrid el 17 de septiembre de 1529. Le sucedió en su Casa y Estado don Pedro Fernández de Velasco, quien, como primogénito, ya se titulaba conde de Haro en vida de su padre, y después fué tercer duque de Frías, condestable de Castilla, caballero del Toisón y caballero Mayor de Carlos V; algo he dicho de sus éxitos militares, y tuvo bajo su vigilancia a los hijos del monarca francés en el castillo de Pedraza, hasta ser libertados al ser concertada la paz de Cambrai en el otoño de 1529; fué hombre enérgico, de tan alta influencia y autoridad como talla escasa, explicando este conjunto de cualidades el que cuando, enojado Carlos V por oponerse aquél vivamente al impuesto de la sisa en las Cortes de Toledo el año 1538, amenazó con arrojarle desde la galería al patio, contestara imperturbable y consciente de cuán peligroso sería para el agresor tal acto de fuerza: *Mirarlo ha V. M., que si bien soy pequeño, peso mucho...*; habitó largas temporadas en su palacio de Casalarreina, cerca de Haro, falleciendo el año 1557.

Haro, como sucedió a las demás villas de señorío, obtuvo la

protección de sus condes hasta que éstos se hicieron cortesanos o prefirieron vivir en ciudades populosas mejor que en sus dominios; ya desde finales del siglo xv, los Velasco, condestables de Castilla, habitaban su palacio burgalés cuando no acompañaban a la Corte, y sólo de vez en cuando pasaban alguna corta temporada en su castillo-palacio de Haro, hasta que, construido otro más *a la moderna* en el cercano pueblo de Casalarreina, prefirieron vivir en éste durante sus breves estancias camperas; en tiempo de Carlos V, y especialmente desde que Felipe II fijó en Madrid su residencia, la alta nobleza hizose palatina, el contacto con sus vasallos fué menor de día en día, y los viejos pueblos de señorío tuvieron que vivir de sus propios medios, manteniendo la antigua distinción gracias a la nobleza burguesa constituida por hidalgos más o menos ricos, alguno de los cuales pudo ascender de categoría gracias a sus méritos propios y en parte también a la ayuda de los grandes señores que obtuvieron para ellos pingües cargos o les facilitaron ocasiones para medrar y distinguirse; tal fué el caso de Haro, donde el brazo noble era numeroso ya a finales de la décimoquinta centuria y continuó siendo crecido en las siguientes, según demuestra la numerosa Cofradía de Santiago, integrada por familias hidalgas, y el número considerable de casas blasonadas que todavía en nuestros tiempos procuran prestancia a la población.

Después de las Comunidades, la historia de Haro no registra sucesos importantes hasta 1808, en que tuvo lugar la invasión francesa, y como consecuencia de ella nuestra gloriosa lucha por la Independencia; la villa condal fué ocupada por los enemigos; éstos repararon el semiderruido castillo medieval, completaron los viejos muros de cintura dotándoles de aspilleras o abriendo fosos con empalizadas en la parte del ensanche, y del mismo modo pusieron en buen estado de defensa el cerro de Santa Lucía, siendo derruidas estas obras cuando los invasores abandonaron el país después de cometer tropelías y robos sin cuento, sin que en la iglesia parroquial de Santo Tomás dejaran ornamentos ni joyas litúrgicas de algún valor; nuevamente se realizaron obras de fortificación en Haro al estallar la primera guerra civil en 1834, pues temíanse posibles incursiones de los carlistas, pero en esta ni en las ulteriores luchas dinásticas desempeñó la villa papel destacado. La construcción del ferrocarril de Zaragoza a Miranda, en el último tercio del pasado siglo, favoreció mucho a Haro faci-

litando su desarrollo industrial y comercial, pudiendo decirse otro tanto de la tupida red de carreteras que unen esta población con todos los pueblos comarcanos y las demás regiones; gracias a la fertilidad del suelo, a la laboriosidad de los habitantes y a ese incremento constante de su industria polifacética, Haro ha podido evitar la decadencia a que quedaron condenadas casi todas las villas históricas, y, por el contrario, conseguir un rango económico y social progresivo, hasta pasar del rango de vieja y romántica villa condal al de ciudad auténtica.

* * *

La ciudad de Haro está situada magníficamente en una eminencia apenas perceptible para el que llega por las tierras fértiles y llanas de Castañares y Casalarreina, pero muy acusada mirando desde la depresión del valle del Ebro o la vega del río Tirón; a esta última se asoma el caserío, mostrándose desde lo alto de un talud casi vertical, suavizado mejor que interrumpido hacia su mitad por una cuesta, único acceso por este lado, con el intermedio de hermoso puente de piedra muchas veces rehecho en el curso de la historia. La perspectiva de la población contemplada desde esta vega resulta muy bella, gracias a los hortales y alamedas del primer término, a la apretada y extensa masa de buenos edificios que constituyen aquélla y al majestuoso puente citado; al extremo izquierdo del casco urbano se alza la aguda y decorativa torre barroca de la iglesia parroquial a media cuesta del cerrillo casi cortado a pico sobre el valle del Ebro, solar de la antigua fortaleza hoy casi desaparecida, por su alto emplazamiento quizá apellidado Faro en sus orígenes, y bajo cuya sombra protectora se formó la población primitiva.

Según acabo de decir, apenas quedan restos del castillo medieval, cifrados en desmochado torreón y escasos murallones bajos de gruesa mampostería; pero bien merece una visita, pues a más de los recuerdos históricos que evoca, tiene el aliciente de procurar al visitante la contemplación de panoramas majestuosos y encantadores, gracias a estar situado en la parte más alta, sin montañas cercanas que impidan la visión del conjunto a la redonda. En dirección Norte, cierra el horizonte la masa gris de la sierra de Toloño, hosca, peñascosa y abrupta, cubierta de nieves en la

época invernal, descollante su crestería sobre las nubes bajas en otros meses del año, prolongándose hacia Oriente como inexcalable muralla que separa Alava de Castilla, cortada un poco a la izquierda por el pintoresco y bravo desfiladero que da paso al Ebro y llaman «Las Conchas de Haro» cuyos batientes estuvieron siglos atrás coronados por las fortalezas de Bilibio y Buradón (1), y continuada en dirección a la puesta del sol hasta Pancorbo constituyendo los antiguos Montes Obarenses, en los que se advierte otra cortadura menos profunda que la anterior, flanqueada por apiñada crestería rocosa a la que llaman «el púlpito de la Rioja», siglos atrás sustento del inexpugnable castillo de Cellorigo; delante de ese magnífico telón de fondo, ya casi al pie de las montañas, entre viñedos y huertas, se columbra a lo lejos, por la derecha sobre un alcor, la importante villa alavesa de Laguardia; más acá la también populosa e hidalga Labastida, frente a nosotros el cónico cerro de Briñas con restos de su castillo en lo alto y el caserío al pie, y aún más cerca del observador, casi bajo sus plantas, las fértiles vegas del Tirón y el Ebro, que allí juntan sus aguas y unen sus alamedas ribereñas, alternando las huertas de la vega con los viñedos de los ribazos, con las famosas bodegas que se acercan al cerro de Haro ciñéndole entre espesos bosquecillos y con risueñas casas de campo, cuya arquitectura, entre castellana y vasca refleja las características de los riojanos, mitad celtíberos y mitad vascones, pero conservando más las virtudes que los defectos de razas tan dispares. Este panorama, muy dilatado a derecha e izquierda y que se admira desde Haro en dirección Norte, es sin duda alguna el más sugestivo por la línea rotunda de bravas montañas que le enfondan mostrando los pedañes bajos de sus laderas ondulados y cubiertos de verdor, por la cantidad de pueblos pintorescos cuyos caseríos pueden apreciarse con todo detalle gracias a ser cortas las distancias, por la nota alegre y jugosa que en tan magnífica sinfonía ponen los ríos de plácida corriente o la encantadora policromía de las tierras rojizas y el verde variado de viñedos u hortales, y, finalmente por la atmósfera diáfana hasta la transparencia absoluta y la luz cruzada que procura relieve a los menores accidentes del terreno. En dirección Oeste, el horizonte se abre y profundiza casi al infi-

(1) Pronto, sobre el cerro de Bilibio, mirando al Ebro, se alzaría una colosal efigie de San Felices; aunque sirva para organizar romerías más espectaculares que devotas, no aumentará la veneración por el Santo, rompiendo, en cambio, la armonía ruda y grandiosa del paisaje.

nito en dirección a Briviesca, enmarcado al Norte por la sierra mencionada; al Sur, por las suaves estribaciones de los Montes de Oca, y cerca de nosotros por la estrecha vega torrencial del río Tirón, columbrándose en la suave llanada varios pueblecillos entre viñas o arboledas. Hacia Mediodía, la ancha campiña interrumpida por escasas y suaves ondulaciones, muestra la nota joyante de inacabables huertas, las filas de árboles que flanquean las carreteras, o los setos que semiocultan pueblos llanos, como Casalarreina y Castañares; en la lejanía se adivina mejor que se ve la esbelta torre barroca catedralicia de Santo Domingo de la Calzada; más allá aún el boquete que conduce al valle de Ezcaray, y, finalmente, las cumbres azuladas de la sierra de la Demanda, destacando sobre ellas el majestuoso pico de San Lorenzo. Por último, desde ese mogote, pedestal antaño del castillo de Haro, también se recrea la vista y bullen en el cerebro recuerdos de tiempos pasados al mirar hacia el Este, siguiendo el curso sinuoso del Ebro, oculto a trechos por pequeños cerros que le obligan a trazar rápidas curvas; a la izquierda avanzan hasta el confín del horizonte, y cada vez más bajos en parte por culpa de la perspectiva, los montes Obarenses a cuyo pie está la Sonsierra navarra, con el mirador de Peñacerrada llamado «el balcón de la Rioja», mientras a la derecha sirven de marco los monyes Distercios, oscuros por su pelambre boscosa, desvaídos por la neblina y la lejanía, y entre cuyos pliegues quisiera penetrar la vista hasta el santuario de Valbanera, San Millán de la Cogolla o, al ras del suelo, las alamedas de Nájera y el cerro de Navarrete; la vega del Ebro se ensancha a lo lejos camino de Logroño, de Alfaro y Calahorra, hasta expandirse casi al infinito por tierras aragonesas, sin que los oteruelos intermedios permitan columbrarla allí donde el horizonte acaba; más acá, entre lomas rojizas con manchas de viñas, asoma un poco la iglesia y torre de San Vicente de la Sonsierra; también las almenas de la fortaleza de Davalillo, mirándose en el Ebro desde un acantilado la villa de Briones con el airón de su gallardo campanario, y ya a siniestra mano, Laguardia, Labastida, la vega, el cerrillo de Briñas, Toloño, la junta del Ebro y el Tirón... Hemos acabado de dar la vuelta a la redonda, quedándonos ganas de repetir una vez y otra el giro lento de los talones y recrear la vista ante tantísima belleza.

Entramos en la ciudad de Haro por el puente del río Tirón, luego de detenernos un instante para mirar la serie de casas colgadas a gran altura sobre el cauce guijarroso de aquél, casas cuyas paredes no se ven ya que las ocultan por completo acristalados miradores, y para advertir que hacia la derecha quedan vestigios de antiguas murallas, protectoras del caserío y flanqueantes del acceso a la población, hoy menos cuestudo que antaño, pues fué suavizado al sustituir el mal camino por asfaltada carretera; camino también amenazado por la izquierda, donde estuvo el castillo y quedan algunos murallones defensores de la villa primitiva asentada entre la fortaleza y plaza Mayor actual, para extenderse luego mediante amplio arrabal, hoy núcleo de la población al que cercaron de murallas lo más pronto en el siglo xiv, defendiéndole en el siguiente hacia el Este con el castillo-palacio de los Condes de Haro, sito en un cerrillo inmediato y del que subsisten nada más restos de paredes y alguna galería subterránea; fuera de muros aún hubo algunos barrios por este lado, y al Sur el populoso de la Vega donde está el santuario de la Virgen Patrona de Haro, barrio hoy unido al conjunto urbano. La plaza, ligeramente en cuesta, cuadrada y de regulares proporciones, muestra en el centro el quiosco para la música, y está asfaltada lo mismo que muchas calles; sin tener carácter monumental propiamente dicho, resulta muy atractiva por la armonía de sus edificios, que, no obstante pertenecer a distintas épocas y estilos, son todos proporcionados, no contrastan unos con otros de modo violento y producen sensación de unidad pero sin monotonía gracias al matiz o estilo que les distingue; esa unidad dentro de lo vario, así como la noble prestancia característica del caserío de Haro, como ocurre en otros muchos pueblos riojanos, débese a estar casi todos contruidos con sillería, pues abunda la piedra blanda y de grano fino, dócil al trabajo de hábiles canteros, y que después se endurece trocando su color oro viejo en gris dorado, patinándose en pocos años y dando la sensación de que así las construcciones poco antiguas como las más viejas cuentan siglos de existencia. Esa plaza de Haro, especie de madrileña Puerta del Sol en pequeño por su animación constante, tiene soportales en el lado meridional y oriental, interrumpidos aquí por la Casa Ayuntamiento, que es un hermoso edificio neoclásico cuyos planos débense al famoso arquitecto Villanueva, y fué construído en

1780, reinando Carlos III, según indica una inscripción conmemorativa; buena parte de las casas soportaladas se deben al siglo XVIII, modernizándolas después aunque sin quitarles su antigua prestancia y menos todavía los complicados blasones esculpidos, recuerdo de hidalgas familias hoy extinguidas o en algunos casos olvidadas de su noble abolengo. En la banda Norte, un viejo palacio de fachada severa exornada por escudos de armas y una galería de calado antepecho, concluye por arriba en estrecho callejón, entrada de la villa vieja, mientras por abajo otra calle angosta le separa de un hermoso edificio cuya fachada palaciana del siglo XVII se abre a Poniente, quedando de la primitiva construcción, propia del XV, severo torreón al que coronan un adarve amatacanado; aquí debió estar la puerta murada para entrar en Haro desde el puente sobre el río Tirón.

Tentaciones siento de conducir al lector desde la plaza Mayor a la población vieja, pero me contengo y dejo el delicioso manjar para los postres, prefiriendo dar antes un paseo ideal por el antiguo ensanche, hoy núcleo principal de la ciudad. En las calles que contornean la plaza por Oriente y Mediodía abundan las casas blasonadas; mansiones de hidalgos alzadas en el siglo XVIII y modernizadas después, pero que conservan sus pétreos escudos de armas, algunos muy prolijos, todos de fina labor y muchos de gran riqueza decorativa, causando verdadero asombro considerar cuánta gente *de pergaminos* estaba avecinada en Haro hasta ya entrado el siglo XIX. Entre esas casas solariegas no faltan las de categoría palaciana por sus dimensiones y monumentalidad; una barroca y de estilo casi colonial, puede verse entre los grabados que ilustran este modesto trabajo descriptivo, y lamento no poder ofrecer a los lectores una buena fotografía de otro palacio dieciochesco, grande, apenas bastardeado por ulteriores reformas, muy ostentoso, alzado en la centuria dieciocho, sirviendo de fondo a una plazuela, y cuyo escudo de armas casi es detonante por lo enorme, como es muy bello por la prolijidad de sus múltiples detalles heráldicos repartidos en numerosos cuarteles y esculpidos con gran finura.

Volviendo desde aquí a la plaza para seguir por la calle de la Vega, al comienzo de ésta hay otras dos casas hidalgas, también dieciochescas; llaman a una *Casa de las cigüeñas*, por el nido de estas aves emigrantes que sustenta su chimenea, siendo bello adorno del edificio dos bellos escudos, muy barrocos, a

ambos lados del balcón central; más adelante, pero en la otra acera, se encuentra un gran edificio de sillería, sin otro adorno que el de algunos blasones, y que tras ser convento de San Agustín, fué destinado a teatro ya a comienzos del siglo pasado; carece de mérito artístico, pero es noble y severo, si bien le están adulterando al proveerle de una horrible marquesina muy volada; disparate no único, pues algunos propietarios de Haro se dedican a blanquear los muros de sus casas, construídos con piedras sillares, sin que tales agresiones contra el buen gusto y la severa elegancia del caserío hareense sean impedidas por el Ayuntamiento.

Antes de acabar la calle mencionada, preferida por el elemento joven para sus paseos vespertinos, una depresión y la cuesta tortuosa que, naciendo de ella baja hasta la estación del ferrocarril de Haro a Ezcaray, marca el límite de la antigua villa murada; más allá hay una caudalosa fuente monumental, del siglo xviii y coronada por el escudo de la ciudad, y a continuación, el pequeño y delicioso parque municipal, respaldado por el santuario de la Virgen de la Vega, Patrona de Haro. Según una tradición que no resiste el juicio de la crítica histórica, la venerada imagen llámase de aquel modo porque cuando la invasión sarracena fué traída desde la vega granadina por unos cristianos que, huyendo de los hijos del profeta, vinieron a Haro para establecerse en este arrabal, donde fué erigida una ermita varias veces ampliada según crecía la devoción del pueblo hacia esa efigie de la Madre de Dios, cuyas particularidades escultóricas no permiten fecharla como anterior al siglo xiii sino mejor en los finales de éste o ya entrado el siguiente. El actual santuario de la Vega, con honores de basílica, es un hermoso edificio de sillería, aunque sin mérito artístico, pues fué construído en el siglo xviii durante la reacción neoclásica; consta de una sola nave, adopta la planta de cruz latina, el crucero aparece cubierto por su linterna o media naranja exornada con pinturas, y en ella la riqueza (fruto de una devoción acendrada) reemplaza al arte; los alrededores son en extremo pintorescos, pues allí se inician las fértiles huertas que se prolongan muchos kilómetros hasta más allá de Santo Domingo de la Calzada, y se inicia el sugestivo paseo de Vista Alegre, bordeando el fuerte declive por cuyo pie corre entre arboledas el río Tirón y se extiende a lo lejos su hermosa vega.

Queda por decir algo de la villa antigua, de la primitiva hablando con más propiedad, asentada en la cuesta meridional al pie de la fortaleza, cuyo emplazamiento sobre un montículo cortado verticalmente sobre el río Tirón y la vega del Ebro, dió lugar a que se la llamara *el faro*, nombre que tomó la aldea surgida a la sombra del castillo; si los viejos arrabales, ensanche de la población antigua y convertidos tiempo adelante en núcleo urbano principal a costa de aquélla ofrecen al visitante sus nobles casonas dieciochescas por cuyas anchas portaladas se nos antoja que van a salir de un momento a otro damiselas conducidas en el lindo estuche de barroca litera por forzudos lacayos, o graves señorones de calzón corto, bordada chupa, casacón sedño, peluquín blanco y sombrero de tres picos, cuando desde el rincón nordeste de la plaza Mayor nos asomamos al dédalo de estrechos callejones que quedan en la villa vieja, nos olvidamos de las empolvadas pelucas, las bordadas casacas y los espadines ligeros de afiligranada empuñadura, esperando ver, en cambio, la dama envuelta hasta los ojos con negro manto y seguida por su escudero de anchas espaldas, mirada hosca y enorme espadón, como al escuchar un poco lejos el choclear de pacífica mula sobre las irregulares guijas del empedrado, imaginamos que se trata de un caballero embutido en férrea armadura, retadora la mirada y en la cuja el lanzón, que se acerca a buen paso cabalgando en engualdrapado corcel...

Al pasar de la plaza Mayor de Haro al barrio antiguo, diríase que el reloj del tiempo ha dado marcha atrás con un retroceso de siglos; la primera estampa que aquél nos brinda es en verdad encantadora, pues de pronto se presenta a nuestros ojos una población del siglo xvi, con calles inverosímilmente estrechas y retorcidas, verdaderas rendijas por donde penetra la luz que se quiebra al chocar con las fachadas de viejas casonas nobiliarias o pertenecientes a modestos burgueses, dejando en la penumbra poéticos rincones evocadores de tiempos ancestrales. ¡Lástima que el Concejo de Haro no haya impedido construir hace pocos años una casa pretenciosa e inadecuada, verdadero adefesio mejor dicho, en este sitio tan sugestivo, frente al palacio renacentista de la familia Paternina, cuya puerta de estilo clásico flanquea por cariárides sus grandes blasones esculpidos en el muro, sus escaleras de caracol embutidas en cilíndricos garitones y sus saledizos aleros de madera esculpida, tanto contribuyen al as-

pecto semilegendario de tan bella encrucijada! Si contorneando ese edificio seguimos callejón adelante, cuesta abajo, otras viejas mansiones hidalgas, de muros ennegrecidos por el tiempo y mal remendadas para reparar las injurias del mismo, se presentan con sus puertas de gran dovelaje, esculpidos blasones o afiligranadas ventanas, cuando no salen al paso antiguas y sencillas viviendas burguesas, de sombríos portales, o los viejos y abandonados tenderetes que antaño servían de mostrador al mercader o de taller al menestral. Si tiramos por la calle en cuesta arriba que arranca del mismo palacio, todos los edificios, en su mayoría carcomidos e incompletos, siguen recordando al turista una población del Renacimiento; impresión reforzada cuando llegamos a la pequeña plaza cuyo fondo ocupa hermoso pero deteriorado palacio, al que respalda por su derecha la esbeltísima torre barroca de la iglesia parroquial.

Precede al templo pequeña plazoleta con soportales en una corta línea de casas inexpresivas, resto, sin embargo, de lo que fueron siglos atrás mansiones de gente alcorniada; alguna luce noble blasón, menos ostentoso que los correspondientes a siglos posteriores o menos llamativos mejor dicho, quizá porque su dueño no necesitara vocinglear su calidad de aristócrata para que se le tuviese por tal, caso distinto a los hidalgüeños de gotera enriquecidos más tarde y amigos de presumir de sangre azul, como si descendieran por vía directa de algún caballero de la Tabla Redonda; en una de esas casas, habitada por gente modestísima, vi hace pocos años una sobrepuerta esculpida primorosamente según el gusto gótico florido, digna de un museo, y que fué pronto vendida a un chamarilero; a la izquierda de la iglesia, todavía se mantiene en pie la fachada de un palacio barroco, elegante y de fina labra, con la parte baja de sus pareadas columnas bastante carcomidas, y ostentando sobre el tímpano partido un abigarrado blasón entre leones tenantes; conocí el palacio habitable; después vínose abajo por culpa del abandono, salvándose la fachada cuyo fatal destino parecía irremediable, pero este año me he enterado con alegría de que la ha adquirido el Ayuntamiento para aprovecharla en un nuevo edificio. ¡Menos mal!

La parroquia de Haro, bajo la advocación de Santo Tomás, es magnífica como muchas de la Rioja y semejante a otras coetáneas de la misma región, como, por ejemplo, la de Briones. Fué comenzada por Felipe Vigarny a principios del siglo xvi, y a aquél

se debe a la bella portada plateresca que, cobijada por casetonado arcosolio se abre a Mediodía en disposición de pétreo retablo y donde, separadas por pilastras con decoración de grutescos, figuran efigies de santos o diversas escenas místicas delicadamente esculpidas en relieve; en el centro, sobre salediza cornisa, corona esta portada la imagen del santo titular, entre dos escudos heráldicos. La joya plateresca que esta portada representa fué hecha por Felipe de Borgoña o Vigarny en 1516, quien recibió como pago 270.000 mrvs., siendo del mismo artista el primitivo retablo mayor (del que sólo quedan noticias), por el que le fueron abonados 510.000 mrvs.; había sufrido muchos desperfectos con el transcurso del tiempo, y en 1708 fué acordado sustituirlo por otro nuevo.

Este templo no fué acabado por Felipe el Borgoñón; las obras, ya bastante adelantadas, se paralizaron durante largos años, hasta que, según un contrato entre el Concejo y el Cabildo eclesiástico de una parte, y el maestro de cantería y arquitectura Pedro Resines de la otra (documento fechado a 18 de julio de 1564, y que conserva el Archivo Municipal), este artista se comprometió a *hacer la obra que está por hacer hasta acabar la iglesia, o sean nueve capillas (bóvedas), torre, capilla de coro, capilla de órgano, escaleras y capilla bautismal*, en el espacio de ocho años. De lo hecho por Vigarni fué respetada la puerta plateresca, el primer cuerpo de la torre campanera y varios pilares sostenes de las bóvedas y separatorios de las naves, si bien parece que no estaban concluídos; el resto fué demolido por Resines, tasándose los materiales del derribo en 230.830 mrvs. Trabajó en la obra Pedro Resines hasta morir el año 1569, continuándola su hijo Diego, con obligación de terminar en julio de 1576; hubo pleito entre el constructor y el Cabildo, y una vez terminados los pilares se rescindió el contrato, suscribiéndolo Pedro de Origoitia, natural de Ochandiano, que hizo las bóvedas, coro, tejados y algo más, hasta fallecer en 1600, sucediéndole Andrés de Benes, nacido en Urbina (Alava).

Exteriormente, la iglesia de Haro es un majestuoso edificio labrado en buena piedra de sillería, sin casi más adornos que la puerta monumental y el robusto y tan alto como vistoso campanario, situado a los pies del templo, con tres cuerpos correspondientes a épocas diversas; el primero, de paramentos lisos, sube hasta la altura máxima del tejado, debió construirlo Felipe

de Borgoña, y lo corona una balaustrada de piedra hecha cuando el segundo cuerpo, de clásico estilo, ornamentado con pilas-tras pareadas que rematan en capiteles corintios; sobre la cornisa hay otra balaustrada con jarrones esquineros, pero ésta ya es dieciochesca, como lo es el cuerpo terminal de la torre, de planta octógona, rematado por un cupulín y éste por una linterna; caracterizan al tercer cuerpo su traza y adornos barrocos, siendo magnífico el conjunto de la torre. También lo es el interior del templo, compuesto de tres naves de igual altura, cubiertas por bóveda de crucería estrellada y separadas por ocho pilares, o sean cuatro por banda; los dos situados al pie de la iglesia muestran pilastrillas adosadas como exorno, mientras en los restantes desempeñan igual papel delgadas columnas; el ábside es de planta hemipoligonal, al otro extremo de la nave mayor el coro sostenido por bóveda de crucería muy rebajada, muestra calado antepecho de estilo renacentista, y cortando el vano segundo al lado del Evangelio luce su exuberancia barroca el órgano de grandes dimensiones, al que sostiene un arzo escarzano del siglo xvii. En el siguiente fué construido un gran camarín o capilla, cubierta por cúpula hemisférica a continuación del ábside, con el que se comunica mediante gran arco de medio punto; esa capilla dieciochesca está decorada con pinturas no desdeñables, y luce en su fondo un establiito para la imagen de la Dolorosa. El mayor, hecho por Felipe Vigarny, ya dije que estaba muy estropeado a comienzos del siglo xviii, y cuando se concluyó el mencionado camarín fué sustituido por otro enorme, de talla prolija y del más acentuado gusto barroco, estrepitosamente dorado, y cuya riqueza deslumbrante hace que se perdone su mal gusto; lo proyectó el benedictino de San Pedro de Cardaña, fray Pedro Martínez y fué montado en 1730; deja libre el gran arco comunicante con la capilla dicha (arco que oficia de «transparente») recubriendo todo el hemipoliedro del ábside hasta el arranque de su bóveda, y sirve de ostentoso marco a un tabernáculo monumental en forma de templete o aguja compuesta de varios cuerpos en degradación, minuciosamente tallados con los floripondios característicos de ese estilo; al mismo pertenecen dos retablos laterales, grandes y también ricamente dorados, habiendo otros más modernos y anodinos entre los que cuenta el dedicado a San Felices, cuya imagen tallada débese a Manuel de Agreda, nacido en Haro, donde a comienzos del xix dirigía una

Escuela o Academia de Escultura dependiente de la Real de San Fernando; recargado de adornos hasta el exceso y barroco cien por cien, es el altar de la capilla del Santo Sepulcro de Cristo.

Por detrás de la iglesia hasta lo que fué castillo, o por ambos lados del templo, bajando la cuesta, no hay más que corralizas o miseras casucas en cuyas paredes se advierten piedras sillares resto de edificios que debieron ser suntuosos, y es preciso descender algo por la parte oriental para ver calles enteras habitadas por gente humilde en las que antaño fueran hidalgas mansiones, abandonadas por sus dueños cuando, al cesar la rudeza de la vida medieval, se fué despoblando esta villa vieja para extender por el llano un caserío menos apiñado, con casas más cómodas en calles más amplias. El tiempo y el abandono fueron dando en tierra poco a poco con los barrios antiguos, viniéndose a tierra siglo tras siglo las primitivas viviendas solariegas; eso explica que en Haro no perduren construcciones del estilo ojival, siendo escasas las catalogables en el plateresco, alguna de las cuales luce en la zona más baja de la villa antigua primorosos antepechos de piedra esculpida con grotescos y flámeros.

De muy buena gana trataría aquí del medio social, de las costumbres y aun de algunos tipos pintorescos por mí conocidos; buenas personas, de excelente humor y graciosas «salidas», que en Haro y sus contornos gozaron gran popularidad, como, por ejemplo, el famoso Terete, tragaldabas inconmensurable, buena-zo y socarrón, cuyo anecdotario basta para hacer corta y gozosa la más larga velada; este artículo resulta sobrado extenso contra mi primer propósito, ello me obliga a terminarlo, y aunque cuanto llevo dicho sobre Haro es sólo una mínima parte de lo que merece, entiendo que bastan esas toscas pinceladas históricodescriptivas para darse cuenta el lector de cuán múltiples son los atractivos de la antigua villa condal, cabeza de la Rioja Alta.

DR. F. LAYNA SERRANO

El palacio de Hinojosa de la Sierra (Soria)

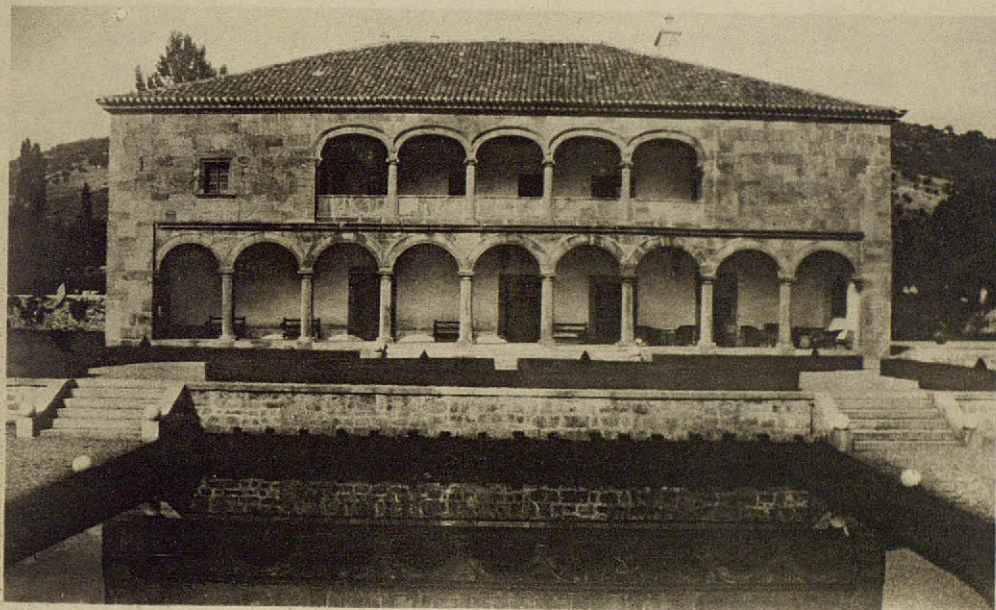
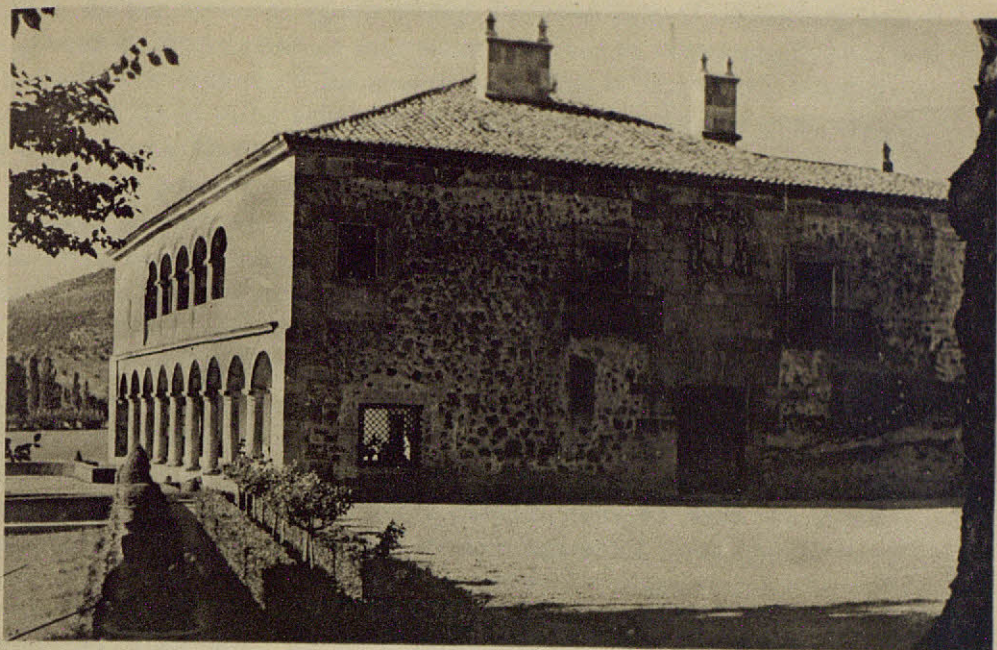
Al margen de las grandes rutas, recostados en los repliegues de una sierra, señoreando un valle o dominando un altozano, se encuentran castillos o palacios de interés histórico y artístico. A veces son sólo unas ruinas, cuyo atractivo poético supera al más ordenado y bien concertado caserío. Con razón afirmó alguien tener encanto las ruinas, pero no seducción un plano. Eso ocurre con algunos rincones sorianos, alejados de las grandes arterias de comunicación, aunque de fácil acceso por las vías provinciales bien entretenidas, que los relacionan con las carreteras generales, cuyo trazado corresponde a la parte más árida y despoblada. En la carretera general de Burgos a Soria, en el kilómetro 133, arranca un camino vecinal que sigue el curso del Duero en su margen izquierda, bordeando las estribaciones de la Sierra Carcaña, en el cual, después de atravesado el río, en pleno valle, con un pequeño cerro, dominado por un castillo, aparece la villa de Hinojosa de la Sierra.

Pueblo de señorío, como pregona el castillo en ruinas, desmantelado y abierto, del cual, como signo de su pasada grandeza, sólo permanece enhiesto el esquimal de la torre del homenaje, con su garitón de piedra en el extremo. Pero esas ruinas en el montículo rocoso y árido contrastan con unas praderas lozanas y grupos de esbeltos chopos que se extienden a sus pies. A través de los árboles sobresale la masa de un palacio, conservado gracias al amor a su tierra de un prócer soriano, que lo restauró cuando amenazaba desaparecer y convertirse en nuevas ruinas. *Sunt lacrimæ rerum!*

Allí puede seguirse el proceso histórico de la nobleza española: cuando el castillo pierde su razón de ser y las necesidades bélicas desaparecen, surge el palacio con finalidad propia de la nueva vida; es más, aquí está comprobado, con piedras del castillo se construye la mansión palaciana; como evidente confirmación de haber cambiado las condiciones de la vida, la época guerrera queda reemplazada por la cortesana, aunque en España fué siempre fiel trasunto del texto evangélico la vida: «Milicia es la vida del hombre sobre la tierra.»

La aldea de Hinojosa formaba parte de la ciudad de Soria y estaba incluida en su jurisdicción; quien fuera señor de Soria, lo era de todas las aldeas que comprendía aquélla. La Reina Doña María de Aragón, Señora de Soria, mujer del Rey Don Juan II de Castilla, hizo merced al Aposentador del Rey Rodrigo de Vera, «en enmienda y rememoración de los muchos y leales servicios que nos avedes fecho y facedes de cada día a el Rey mi Señor y a mi del lugar que dicen Finoxosa de la Sierra, aldea de la mi ciudad de Soria que es en el Obispado de Osma y parte término con los lugares que dicen el Langosto y Vilviestre y Oteruelos y Pedrajas y Santervás y las Dombellas y Villar del Ala, de el qual dicho lugar Finoxosa, vos fago merced donación con todos los vasallos que en el son y viven y serán y vivirán de aquí adelante para siempre jamás.»

La carta de donación se otorgó en Valladolid el 10 de mayo de 1440, refrendada de Pedro Ruiz de Villaflores, escribano de Cámara de la Reina. La confirmó el Monarca en 28 del mismo en Valladolid por su albalá suscrito por el doctor Fernando Díaz de Toledo. El Concejo de Soria sintió la desmembración que suponía esa merced e influyó tanto con la Reina, que consiguió la anulara por una carta real dada en Tordesillas el 15 de febrero de 1444. Rodrigo de Vera protestó ante el rey y consiguió revocar la carta anterior, en circunstancias favorables para ello, pues estaba Don Juan II en su Real sobre Olmedo, el 24 de abril de 1445, y necesitaba atraerse a cuantos elementos podían serle útiles para la lucha. No estuvieron los de Soria dispuestos a obedecerla llanamente, «alegando algunas razones y escusaciones porque non debades fazer ni cumplir y poniendo a ella vuestras escusas y dilaciones por embargar e impedir la dicha merced por mi fecha al dicho Rodrigo de Vera». Pasaron de las excusas a los hechos y fueron a Hinojosa, derrocaron la horca que como signo de la jurisdicción había levantado el nuevo señor y le hicieron otros atro-



Palacio de Hinojosa de la Sierra (Soria).

pellos, de los cuales se quejó al rey. Proveyó éste al remedio y le confirmó de nuevo cuantas mercedes relativas al señorío le habían otorgado, condenando a los vasallos a recibirlo, acatarlo y tenerlo por dueño de la villa, según se contiene en la carta que para ello le concedió en Matilla a 25 de junio de 1445.

Tomada posesión del señorío y para reprimir posibles alteraciones, levantó el castillo en la eminencia rocosa del pueblo, con torre del homenaje, plaza de armas con aljibe y piezas de habitación con ventanas ajimezadas, cuyos restos aún vemos, desde las cuales otearía la vega del Duero, que discurre a sus pies, doña María de Contreras, mujer del Aposentador. Fué esta señora sobrina del Arzobispo de Toledo don Juan de Contreras, el cual, por su testamento de 16 de septiembre de 1434, le dejó cuatro mil florines de oro que trajo de dote cuando casó con Rodrigo de Vera, quien los empleó en levantar el castillo. Muerto Vera sin hijos legítimos, instituyó heredero a su hijo bastardo, «nascido de dañado ayuntamiento», de su mismo nombre, y para el caso de no poder heredar por esa circunstancia, lo sustituyó con su sobrino Diego de Vera, hijo de su hermano Hernando, ya difunto. Al desaparecer el señor de Hinojosa, ocuparon sus bienes varias personas. Nos interesa sólo lo relativo a Hinojosa, de que tomó posesión doña Elvira de Gotor, sobrina y heredera de la mujer de Vera. Había ésta casado con el Adelantado de Galicia Fernando de Pareja y, viuda, pasado a nuevas nupcias, en 1481, con don Diego Hurtado de Mendoza, señor de Villasayas, hijo segundo del IV Señor de Almazán y hermano del primer Conde de Monteaugudo. Se inició el pleito en 1502, pues alegaba la heredera y sobrina de doña María de Contreras, que le correspondía de derecho el señorío, por la dote y arras de ésta, de las cuales era deudor Rodrigo de Vera, unido al acrecentamiento de bienes durante el matrimonio, de que le tocaba la otra mitad. La Chancillería de Valladolid, ante la cual se ventiló el pleito, falló en su favor por sentencias de vista y revista, y mandó despachar ejecutoria en ese sentido el 24 de diciembre de 1549 (1). No tuvieron hijos don Diego de Mendoza y doña Elvira, pero ésta los había tenido en su primer matrimonio, según hemos visto antes: don Diego era viudo de doña Catalina de Montoya, y fruto del mismo fué don Pedro Hurtado de Mendoza, marido de doña

(1) Archivo de Hinojosa. Leg. 19. Doc. 43.

María de Zúñiga, hija de su madrastra, tercer señor de Hinojosa y tronco de los sucesivos de su apellido, extinguidos en doña María de los Angeles Hurtado de Mendoza y Esquivel, que murió el 28 de julio de 1796, XII Señora de Hinojosa de la Sierra, casada con su primo hermano don Bernardo Esquivel y Peralta, cuyo apellido conservó el señorío hasta la supresión de las jurisdicciones, el 30 de agosto de 1836.

El VI Señor de Hinojosa, don Cristóbal Hurtado de Mendoza Zúñiga y Beltrán de Ribera, biznieto de don Pedro, construyó el palacio actual. En la fachada principal, en el arranque de los dos primeros arcos de la galería superior, está la fecha de terminación: 1583. Es un rectángulo, de piedra de sillería en su parte meridional, que decora doble galería porticada de arcos con columnas de los dos órdenes, siendo la mitad de éstos en el piso segundo, para conservar la armonía en el reparto de los vanos. La galería inferior tenía balaustres de piedra, hoy desaparecidos, pues fué tabicada y cerrada para destinarla a usos rústicos y ganaderos; la superior tiene antepecho de piedra unida. La fachada occidental, como el resto, es de cantería, pero la puerta y parte central de la misma es de sillería, con recuadros en la portada y un escudo finamente tallado sostenido por *putti* con adornos y lambrequines. En él no hay el menor recuerdo para los blasones de doña María de Zúñiga, que trajo el señorío a los Mendozas, y sólo el de éstos, con la alianza de Cárdenas, peculiar de la Casa de Almazán, campean en el mismo. Dos balcones de hermosa labor de hierro, que pudo labrarlos Rodrigo de Garay, debajo del escudo; completan la fachada dos ventanas gemelas de recuadros y alféizar en la parte superior, y dos en la inferior, con rejas de barrotes entrelazados, y dos aspilleras a ambos lados de la puerta. No acabaron los Mendozas la obra completamente, y por eso cabe al Conde de la Puebla de Valverde grande parte en ella, pues además de devolverle a su peculiar destino, completó la parte noreste de la fachada, hecha de adobes y en inminente ruina. Surge siempre la cuestión, cuando se trata de construcciones de esta clase, sobre su posible autor, y las conjeturas y las posibilidades, cuando no la imaginación, reemplazan a la exactitud. Enemigo de aquéllas, como partidario decidido de ésta, puedo aportar un dato de relativo interés, que resuelve la cuestión. En el protocolo de Miguel de la Peña, notario de Soria en el siglo XVI, hay una escritura que dice así: «En la ciudad de Soria, a cuatro días del mes de Febrero de 1581 años en presencia de mi Miguel de la

Peña escribano de S. M. y público del número de Soria y testigos y uso escritos, parecieron presentes de la una parte el Muy Ilustre Señor Don Cristobal Hurtado de Mendoza Señor de la villa de Hinojosa de la Sierra y de la otra, Domingo de Beunza vecino al presente de la dicha ciudad de Soria, maestro de carpintería y albañilería y dijeron que se han concertado en esta manera: Que el dicho maese Domingo ha de servir al dicho Sr. Dn. Cristobal ansi en cosas de su oficio como en las demás cosas que le mandare ansi en la villa como en otras partes por tiempo de un año cumplido que comienza a correr y corre desde el lunes primero que viene seis de este presente mes y año. Y por razón del servicio y de lo demás que el dicho maestro hiciere el dicho señor Dn. Cristobal le ha de dar por ración y quitación y salario cien ducados, que valen treinta y siete mil y cuatrocientos maravedís.»

La cuantía, grande para aquella época, que se estipula en la escritura, de cien ducados por salario anual de Beunza, indica que tuvo a su cargo la obra y de ella se ocupó, pues también se consigna entre las condiciones que, cuando le mande de camino, le ha de dar cabalgadura y se le pagará la costa de la misma y la posada. Si se relaciona la fecha de la misma con la que hemos visto figura en la fachada principal, todo hace pensar en la posible atribución al maestro navarro de la casa señorial que levantó en su villa la rama soriana de los Mendozas, cuyo apellido va unido a tantas obras maestras de la arquitectura española.

MARQUÉS DEL SALTILLO

De la Real Academia de la Historia

Merecidos galardones

Por Orden fecha 13 de marzo último, el excelentísimo señor ministro de Educación Nacional otorgó el ingreso en la Orden civil de Alfonso X el Sabio, dándole la Encomienda con placa, a nuestro querido consocio y asiduo colaborador en este BOLETÍN don Francisco Layna Serrano, quien, a más de ocupar un puesto destacado en la Laringología española, goza sólido prestigio en el mundo de las Letras gracias a numerosas y meritísimas obras sobre Historia y Arte, en las cuales sabe hermanar la amenidad y la erudición.

En el presente mes de mayo, la Real Academia Española ha otorgado el premio Fastenrath a la *Historia de Guadalajara y sus Mendozas*, voluminosa obra en cuatro grandes tomos, unánimemente elogiada por la crítica, escrita por el doctor Leyna Serrano y editada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Antes de lograr nuestro ilustre consocio premios tan merecidos, y que representan el reconocimiento oficial de los méritos contraídos por el escritor-médico, al que se deben libros interesantes en alto grado, como *El monasterio de Avila*, *Castillos de Guadalajara*, *La arquitectura románica en la misma provincia*, *Los castillos de Buitrago y Real de Manzanares*, *El Palacio del Infantado* y *Los conventos antiguos de Guadalajara*, esta región, de la que es nativo, había decidido rendirle un efusivo homenaje de admiración y afecto, comenzando la Diputación por nombrarle «hijo predilecto» de la provincia de Guadalajara; homenaje que se celebrará probablemente antes de que este número del BOLETÍN vea la luz pública, sumándose a aquél numerosos Ayuntamientos e hijos de la provincia, Corporaciones oficiales de la misma y muchas personas y personalidades, así de Madrid como de otras regiones de España. Consistirá en la solemne imposición de las insignias de la Orden de Alfonso el Sabio, la entrega de un pergamino con el nombramiento de hijo predilecto de la provincia de Guadalajara y un banquete con que quieren obsequiar al doctor Layna sus paisanos y amigos. Además la revista arriacense *Reconquista* va a publicar un número extraordinario, en el que varios escri-

tores notables estudiarán la personalidad del cronista alcarreño en sus múltiples e interesantes aspectos. La Sociedad Española de Excursiones, que goza como si fueran propios estos galardones otorgados a uno de sus miembros, se honra al enumerar los obtenidos por el señor Leyna Serrano, como se ha honrado y sentido satisfecha al adherirse y contribuir por medio de la Dirección y Administración de su *Boletín* al homenaje merecidísimo que a aquél se tributará en breve.

A. C.

Bibliografía

HISTORIA DEL ARTE HISPÁNICO, por *D. Juan de Contreras, marqués de Lozoya*; tomo IV, 642 páginas de texto, 42 de bibliografía e índices, 58 láminas y varios centenares de ilustraciones. (Ediciones Salvat; Barcelona, 1945.)

La personalidad del marqués de Lozoya, actual director general de Bellas Artes, es tan conocida que me parece innecesario delinearla aquí. La vasta cultura del catedrático de Historia del Arte en la Universidad de Valencia, así como sus admirables dotes de escritor, fina sensibilidad, claridad y amenidad expositivas; juicio certero y facultad para abarcar amplísimas perspectivas, condensándolas de manera que cuanto ofrecen de interés pueda ser captado por quienes están en condiciones y desean aprender, se muestran patentes en todos los libros de don Juan de Contreras y López de Ayala, impregnados, no ya de la sabiduría, sino también de la modestia, llaneza y efusividad del autor. Esas características y todos esos méritos se reflejan en los tres primeros tomos, consagrados por el marqués de Lozoya a la *Historia del Arte Hispánico*; es natural que informen también al cuarto, y de ahí que estime impropio un juicio crítico sobre el mismo, toda vez que ya lo expresaron respecto a los anteriores, y por tanto a la obra en general, plumas mejor cortadas que la mía e infinitamente más autorizadas. Así, pues, me limitaré a una breve reseña de su contenido.

En este volumen se ocupa el marqués de Lozoya de la génesis, evolución y diversas modalidades del estilo barroco en España y países que constituyeron su imperio, consagrando amplios estudios a cada una de las ramas del Arte, a las particularidades de cada región, cada época y cada escuela. Si consideramos la enorme profusión de obras meritorias correspondientes a ese estilo que existen repartidas en ambos mundos, se comprenderá la dificultad de esta empresa, acometida valientemente por el marqués de Lozoya, y de la que ha salido vencedor; entre esas dificultades no es la más grande el cono-

cimiento de todo lo destacable producido por el gusto barroco en España, América y Oceanía, sino la de resignarse a espigar en tan espeso campo de mies, apartando la tentación de lanzar al público una obra exhaustiva (especie de catálogo enciclopédico) y la de mostrar una visión amplísima y completa del barroco hispánico constriñéndose al estudio de las escuelas fundamentales, de las obras más interesantes y de los artistas más famosos en cada una de las ramas del Arte; el salir airoso de tan difícil empeño sin incurrir en la monotonía, truncar aquellos estudios por temor de hacerlos sobrado extensos o dejarse arrastrar por el impetuoso torrente del tema, frondoso hasta lo inconcebible, constituye un mérito incalculable y un destacado triunfo. El marqués de Lozoya puede estar bien seguro de que en este caso los consiguió plenos.

Comienza el libro por una clara y bien orientada teoría del barroco; trata luego sobre el barroquismo español de 1600, exponiendo lo más importante de esa época en cuanto atañe a la arquitectura, y en los tres capítulos siguientes estudia al Greco y el realismo barroco en nuestra pintura, aludiendo a algunos artistas como Tristán, Orrente, Mayno, Ribalta, Bartolomé Velázquez, Rodrigo de Villandrando y otros; a la imaginería barroca en Castilla, Andalucía y Levante, con amplísimas referencias a Gregorio Hernández, Cristóbal Velázquez, Juan Bautista Vázquez, Miguel de Anchieta, Juan Martínez Montañés, Juan de Mesa y bastantes más; al gran Velázquez dedica bastantes y jugosas páginas seguidas de noticias sobre Juan de Pareja y Martínez del Mazo, y el último de esta serie de capítulos lo consagra a la influencia del manierismo italiano en la pintura española, deteniéndose particularmente a estudiar las escuelas castellana, andaluza y levantina de la época velazqueña, con indicaciones acerca de la vida, obra y tendencias de numerosos artistas, entre los que descuellan Ricci, Zurbarán y Ribera.

A continuación vuelve Lozoya a tratar de la arquitectura barroca española en sus últimas fases, deteniéndose especialmente sobre el «churriguerismo», Alonso Cano, Antonio de Herrera, Barnuevo, Donoso, Pedro de Ribera y Narciso Tomé; del barroco en Portugal (asunto muy sugestivo y hasta ahora poco divulgado en nuestra patria), del barroco en el norte de España y la zona levantina, con profusión de notas sobre obras arquitectónicas y sus autores, y de la arquitectura barroca hispanoamericana y filipina. A los últimos temas dedica el autor dos magníficos capítulos, precedidos de un estudio por demás interesante acerca de la arquitectura canaria, en la que perduraron mucho tiempo las influencias del plateresco y el mudéjar; la arquitectura ultramarina del barroco español, exuberante, rica hasta lo inconcebible, tan impregnada del arte peninsular como del indígena, muéstrase en este libro con su deslumbrador conjunto; el capítulo que le dedica el marqués de Lozoya constituye un gran acierto, y lo mismo cabe decir del consagrado a la pintura y escultura coloniales.

Sigue un estudio de la influencia neerlandesa en la pintura española, con magistrales apuntes sobre Alonso Cano, Valdés Leal, Carreño de Miranda, Cabezalero, Mateo Cerezo, Claudio Coello, Palomino, Juan de Arellano y otros artistas, con un apartado referente a la pintura seiscentista en Portugal. Continúa Lozoya con un capítulo sobre las postrimerías de la escultura barroca en España, tratando ampliamente de los famosos Alonso Cano, Pedro de Mena, Pedro Roldán y su hija Luisa, Manuel Pereira, Francisco Grau, Luis Bonifás, Ignacio Vergara y Francisco Salzillo; sigue un estudio acerca de las influencias extranjeras en el arte español durante el siglo XVIII (palacio real de Madrid, iglesia de las Salesas Reales, etc.), otros dos relativos a la Academia en el mundo hispánico y la reacción neoclásica en la arquitectura tanto en España como en sus colonias ultramarinas, más el desarrollo y evolución de la pintura y escultura hispánicas durante esa época, y concluye este hermoso tomo con sendos e interesantísimos capítulos que tratan de las artes industriales en el mundo hispánico durante el período barroco, especialmente de las artes de la madera y el metal, la cerámica, vidrios y cueros. Por lo enumerado apresuradamente puede juzgar el lector cuán grandes son el mérito y sugestiva atracción de este cuarto tomo que el marqués de Lozoya dedica a la Historia del Arte hispánico, tan profusamente ilustrado como los tres primeros, y cuya lectura nos lleva a sentir viva impaciencia por que aparezca sin tardanza el quinto. Este deseo constituye, a mi juicio, su mejor elogio.

Dr. F. LAYNA SERRANO